NIKKI ST. CROWE



# LA SOMBRA DE LA MUERTE

SIREN BOOKS

# LA SOMBRA DE LA MUERTE

NIKKI ST. CROWE

Traducción de
Patricia Garcia Trapero

SIREN BOOKS

Primera edición: octubre 2025

*The Dark One* (Vicious Lost Boys: Book 2) – © 2022 by Nikki St. Crowe
Published by arrangement with New Leaf Literary & Media, Inc. through International Editors & Yáñez' Co.

© de la traducción: Patricia Garcia Trapero, 2025
© de la corrección de estilo: Ligia Boga
© diseño de cubierta: Tyler Evelyn Rood
© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2025

info@sirenbooks.es
https://sirenbooks.es/

ISBN: 979-13-87864-08-8
IBIC: FMR

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos; www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Antes de leer

La tetralogía Crueles Niños Perdidos es una reimaginación de *Peter y Wendy*, aunque todos los personajes aquí son mayores de dieciocho años. Este libro no es para niños, y tampoco lo son sus personajes. Puede que parte de su contenido resulte sensible para algunos lectores.

En estos libros te encontrarás: enfermedad mental, sexo duro, sexo en público, sexo en grupo, sexo con consentimiento dudoso, violencia gráfica, relación captor/cautiva, sexo no consentido consensuado (CNC), lenguaje malsonante, degradación, sumisión, *bondage*, uso de cuerdas para el sexo, azotes, juegos sexuales con sangre, asfixia, mención de agresión sexual, agujas.

*Para todas las chicas rotas*
*que han acabado sanando.*

«… en sus ojos tenía una mirada codiciosa que debería haberla alarmado, pero no lo hizo».
—J. M. Barrie, *Peter y Wendy*



# 1

# Peter Pan

Dos sombras surgen de la caja que tengo en la mano.

Dos sombras.

Me pillan tan desprevenido que ambas se escapan de inmediato. Una va hacia la izquierda, desapareciendo entre las ramas del Árbol de Nunca Jamás, y la otra hacia la derecha.

—Me cago en la puta. ¡Atrapadlas!

La de mi derecha derriba varias botellas. Caen al suelo con un estruendo y el líquido se derrama por todas partes. Las hojas del Árbol de Nunca Jamás se agitan y varios duendecillos titilan con una energía frenética.

Los gemelos van hacia la izquierda, y Vane y yo corremos hacia la derecha. Sigo la sombra —*mi* sombra, porque la reconocería en cualquier parte— hasta las puertas abiertas del balcón, y la veo desaparecer tras la balaustrada de piedra.

Pongo una mano sobre ella y salto, cayendo dos pisos más abajo con un golpe seco. El suelo tiembla y los Niños Perdidos, que están de juerga, alzan la vista cuando la sombra pasa sobre la hoguera, haciendo que las brasas chispeen en la noche.

Vane se coloca rápidamente a mi lado.

—Ahí —dice, señalando hacia la sombra que se mueve cerca de los arbustos de crossandras.

Chasqueo los dedos en dirección a los Niños Perdidos.

—¡Quietos todos!

Siento un hormigueo en la piel y se me forma un nudo en el estómago. Llevo décadas esperando este momento. La Sombra de la vida es mía por derecho. Tengo que reclamarla. No sé qué pasará si no lo hago.

Vane y yo salimos tras ella e intentamos acorralarla. Al acercarnos, sentimos cómo la oscuridad vibra. A nuestras espaldas, los Niños Perdidos observan en silencio y, en algún lugar a lo lejos, un lobo aúlla.

La isla sabe que la sombra ha regresado.

—Si no lo consigo, prepárate para atraparla —le digo a Vane.

—Sé cómo controlar una sombra —dice él.

—Tu ojo negro dice lo contrario.

Me lanza una mirada furiosa.

Nos acercamos.

Más. Cada vez más.

Se me eriza el vello de la nuca y de los brazos. Estoy a menos de medio metro. Estoy muy cerca de conseguir lo que es legítimamente mío. El corazón me retumba en las sienes y me quedo quieto, esperando el momento para atacar.

La sombra es mía. Será mía. Solo tengo que…

Me abalanzo sobre ella.

La sombra me esquiva y se aleja.

—¡Mierda! —grito, y Vane y yo salimos corriendo tras ella.

El bosque se abre para dejar pasar a la maldita sombra, mientras que a mí las hojas y las ramas me tiran del pelo y me rasgan la camisa. La seguimos hasta la laguna, luego a lo largo de la orilla y volvemos al bosque por la senda que lleva al camino.

Al correr, se me oprime el pecho. El sudor me resbala por la frente y la espalda.

Tengo que atraparla. No puedo fallar.

Salimos de la senda al camino de tierra, unos kilómetros más y…

—¡Vane! —grito—. Estamos a punto de cruzar el límite de nuestro territorio.

—¡Lo sé! —me grita—. Puedo verlo.

Aumentamos el ritmo. La sombra debe de sentirnos, porque vuela por la noche como si hubiera nacido de las pesadillas. Y tal vez sea así. Es mi propia pesadilla. Porque nada importa si no la tengo.

Me cago en la puta, ya no tenemos margen. Lo que queda de mi territorio es cada vez menos.

—¡Vane!

Él intenta atraparla. La sombra gira en dirección contraria y salta sobre el tronco de un árbol. Araño el aire, tratando de anticipar sus movimientos, sentirlos.

Pero llego demasiado tarde.

He estado tan cerca, y a la vez tan lejos.

La sombra se escabulle.

Y desaparece en la oscuridad del territorio del Capitán Garfio.



# 2

## Kas

Las hojas del Árbol de Nunca Jamás se sacuden cuando la sombra revolotea entre las ramas. Los duendecillos titilan y se apagan.

—¿La ves? —pregunta Bash.

—Por aquí —respondo.

La sombra se oculta en una grieta del tronco.

Si aún tuviera mis alas, la atraparía sin esfuerzo. Sin ellas, todo es más difícil. A veces me duele el lugar donde solían estar, como si acabara de volver de una larga tarde volando entre las nubes.

Bash rodea el tronco, con la mirada fija en la copa.

—¿Cómo quieres hacerlo?

—No tengo ni puta idea.

—¿Qué sombra crees que es?

—Si tuviera que adivinar, diría que la tenebrosa. Seguro que Pan se ha sentido atraído por su sombra sin darse cuenta.

Bash cambia a nuestro idioma fae, ese que solo nosotros entendemos.

«Si la atrapamos…», dice, y deja la frase en el aire.

«Lo sé», respondo.

«¿Crees que Pan querrá que alguno de nosotros tenga la Sombra de la muerte?».

«Es difícil saber qué quiere. ¿Y tú? ¿Qué quieres?».

Mi gemelo me lanza una mirada mordaz.

Si Bash o yo reclamáramos la sombra tenebrosa, Tilly, nuestra hermana pequeña, nos odiaría por tener aún más poder. Pero ella eligió su camino. Y pagaría por ver su cara cuando uno de nosotros

aparezca convertido en el Tenebroso de Nunca Jamás…

Sonrío para mí mismo, y la voz de mi gemelo resuena en mi mente.

«Primero tenemos que atraparla. Luego planeamos nuestra venganza».

Nos acercamos.

—¿Y si uno sube y la obliga a bajar? —sugiero.

—Lo decidimos con piedra, papel o tijera. El que pierda, sube.

Seguimos mirando las ramas. Las hojas se agitan otra vez y la sombra se mueve.

—Rápido —le digo.

—Estoy listo. Te estoy esperando.

Resoplo y golpeo el puño contra la palma de la otra mano.

—Piedra, papel, tijera —decimos al unísono.

Apartamos la vista del árbol un segundo para ver quién ha ganado.

—¿Piedra? ¿En serio, Bash? —digo, riéndome. Yo he sacado papel. Bash siempre elige piedra porque es así de predecible—. Te toca subir, hermano.

—Sí, ya sé cómo funciona el juego, imbécil.

Se recoloca bajo una de las ramas más bajas y la agarra despacio con las manos, listo para impulsarse. De niños, nos pasábamos horas entre los árboles escarpados y torcidos del bosque fae. Volábamos de rama en rama, subíamos, bajábamos… y volvíamos a empezar.

—¿Preparado para atraparla? —susurra Bash.

Tengo las rodillas flexionadas y las manos extendidas.

—Estoy más que listo. Siempre lo estoy.

Bash se impulsa. La rama cede con su peso. La sombra se desliza, extendiéndose a lo largo del árbol.

—Despacio —le digo, siguiendo cada uno de sus movimientos.

—Sé lo que hago.

La sombra tiembla. La rama se sacude. Sobre nuestras cabezas, los periquitos pían con fuerza, como si nos advirtieran del peligro.

Bash se pone de pie sobre la rama, se agacha para mantener el equilibrio y avanza unos centímetros. La corteza del árbol le raspa las botas con fuerza.

La sombra se contrae y gruñe.

—¡Cuidado!

—¡Estoy teniendo cuidado! —susurra.

La sombra salta a otra rama. Bash se recoloca y yo me adelanto, posicionándome justo debajo. Si alguno de los dos logra atrapar la Sombra de la muerte, todo cambiará. Desde que nuestra hermana nos expulsó de la corte, lo perdimos casi todo. Y tan solo la idea de recuperar ese poder…

Bash acorrala a la sombra entre dos ramas que forman una uve cerrada.

La sombra tiembla. ¿Tiene miedo? O tal vez sea…

Entonces ataca. Un rugido gutural y profundo retumba desde el interior de la sombra y una nube de duendecillos sale disparada del árbol, iluminando el aire como una explosión de luz. Los periquitos se quedan en un siniestro silencio y Bash emite un gemido ronco y ahogado.

En ese momento huelo la sangre.

La sombra se aleja volando del árbol y Bash cae de espaldas.

—¡Bash!

Intento atraparlo, pero no llego a tiempo. Golpea el suelo con un ruido seco. De su garganta brota una respiración agónica.

Hay sangre por todas partes. Por *todas* putas partes.

—¿Dónde te ha herido? —digo, y me inclino sobre él.

Tiene la mano presionada contra el cuello, y la sangre le brota entre los dedos mientras intenta respirar.

—¡Darling! —grito—. ¡Winnie!

Ella entra corriendo a la habitación y se detiene en seco cuando ve el reguero de sangre en el suelo.

—Ve a por trapos —le digo—. ¡Rápido!

Bash tiene los ojos muy abiertos y la sangre le tiñe los labios. Está intentando decir algo, pero no puede pronunciar las palabras.

—Somos príncipes fae —le digo—. Los fae no mueren. ¿Me oyes?

Los ojos se le llenan de lágrimas al jadear.
Es mi mitad.
Si muere, yo moriré con él.
De eso estoy seguro.



# 3

## Winnie

«Ve a por trapos».

¿Trapos?

No tengo ni idea de dónde están las cosas en esta casa.

Voy a la cocina porque me parece un buen sitio para buscarlos, y empiezo a abrir los armarios. Siento el corazón latirme en los tímpanos y me tiemblan las manos.

Había tanta sangre…

Bash… *Dios*.

Se me revuelve el estómago.

¿Cuánta sangre puede perder un príncipe fae? No sé lo suficiente sobre Nunca Jamás o la magia de aquí. No sé nada de nada.

Abro el último armario y se me escapa un grito de alivio al ver una pila de trapos. Cojo unos cuantos y salgo corriendo hacia el ático.

Kas sostiene a Bash medio recostado sobre su regazo. Se ha arrancado la camisa para presionar la tela en el cuello de su hermano. La sangre sobre el suelo de madera parece un cuadro abstracto violento; una mancha que no para de crecer.

Hay demasiada.

Y Bash está demasiado pálido.

—Date prisa, Darling —dice Kas, con la voz titubeante.

Corro hasta llegar a su lado y caigo al suelo, entre la sangre. Me enderezo y juntos presionamos unos trapos contra el cuello de Bash.

¿Dónde está Pan? ¿Y Vane? Si Pan ha conseguido su sombra, a lo mejor podrá hacer algo. Se supone que será todopoderoso, ¿no?

Bash tiene los ojos vidriosos y ausentes.

—¿Qué hacemos? —pregunto.

—No lo sé, Darling. —Kas está a punto de echarse a llorar—. No tengo ni puta idea.

Tiene a su hermano en brazos, acurrucado contra el pecho.

—¿Los faes pueden…? Quiero decir… ¿no os curáis solos?

—Sí, pero la pérdida de sangre… —Aprieta los dientes y cierra los ojos con fuerza—. Demasiada, es demasiada —dice cuando vuelve a mirarme.

Trago el nudo que tengo en la garganta y cojo la mano de Bash. Tiene los dedos fríos e inertes.

Antes de llegar a Nunca Jamás, antes de conocer a los gemelos, ni siquiera creía en las hadas.

Por Dios, casi mato a Kas cuando le dije que no…

Un momento.

—Kas.

A duras penas, me mira.

—¿Recuerdas cuando me dijiste que si decía que no creía en *lo-que-tú-ya-sabes* os mataba?

Se lame los labios. Tiene el rostro manchado de sangre.

—Sí, lo recuerdo.

Le tiembla la voz. Veo cómo la esperanza se esfuma de sus ojos. Me duele el pecho y se me contrae el estómago.

—Es algo tan simple, pero a la vez un arma muy poderosa, ¿verdad?

—¿A dónde quieres llegar, Darling?

—¿Es por la magia?

—Supongo.

—Entonces, ¿qué pasa si dices lo contrario? ¿Qué pasa si dices «yo creo en las hadas»?

Bash da una sacudida y deja escapar un gemido ahogado. Kas mira a su hermano y luego a mí, con los ojos abiertos de par en par.

—Dilo otra vez.

—Yo creo en las hadas. —Aprieto la mano de Bash—. Yo creo en las hadas.

Bash jadea.

—Otra vez, Darling.

—*¡Yo creo en las hadas!*

Bash se incorpora de golpe, a cuatro patas, escapando de los brazos de su hermano, y da una bocanada.

—Hostia puta —dice Kas—. Ha funcionado, joder.

—¿Estás bien? —le pregunto a Bash, conteniéndome para no lanzarme a abrazarlo.

Se gira y se deja caer de espaldas, mirando fijamente las vigas del techo.

—Joder —dice—. Eso ha sido…

—*Una puta mierda* —dice Kas.

—Terrorífico —añado.

—Una aventura horrible —termina Bash.

—¡Cabronazo, pensaba que estabas muerto! —le dice Kas mientras le golpea en el brazo.

Bash parpadea y se toca el cuello. El trapo y la camisa, empapados de sangre, yacen hechos un ovillo a su lado.

—Yo también lo pensé. Pero venga ya, hermano, morir sería una gran aventura.

—Te odio, príncipe de los imbéciles.

—Necesito un trago. —Bash se pone de pie.

Estos chicos van a volverme loca.

Yo sigo temblando, con frío, medio delirando todavía por el terror de haber visto cómo la vida casi se le escapaba de los ojos. Él sigue empapado de sangre, pero ya casi ha superado que haya estado a punto de morir.

—¿Dónde está Pan? —pregunta.

—Aún no lo he visto —responde Kas, que sigue sentado en el suelo, rodeado por una piscina de sangre. Todavía parece conmocionado y distante.

La sangre chapotea bajo las botas de Bash mientras camina hacia la barra. Alzo las manos. También las tengo manchadas de carmesí.

Sí. Yo también necesito un trago.

—Vamos, Darling —dice Kas, poniéndose en pie mientras se limpia con uno de los trapos.

Me tiende la mano, aún manchada de rojo.

Se la acepto y me levanta con facilidad.

Mientras cruzamos el ático, Pan y Vane suben por la escalera de caracol. La energía cambia rápidamente.

Pan observa la sangre en el suelo, luego nos mira a los gemelos y a mí, cubiertos hasta los codos. No dice nada. Camina hacia las botellas de alcohol, coge una al azar y le quita el tapón con un *pop*.

Algo no va bien. No tiene pinta de ser alguien que acaba de ganar una batalla.

Bebe como un poseso. La nuez de Adán sube y baja a cada trago. Cuando por fin se detiene para coger aire, los músculos y tendones de los brazos están tensos, marcados por su rabia apenas contenida. Una vena se le hincha en la frente.

—¿Has encontrado tu sombra? —se atreve a preguntar Bash.

Vane sacude la cabeza con rapidez, más como una advertencia que una respuesta.

Pan se balancea sobre los pies.

Se me eriza el vello de la nuca.

Pan agarra la botella con la mano y la lanza contra la pared. Se hace añicos; el ron salpica por todas partes y el cristal cae al suelo. Coge otra botella y la estrella también. Luego pasa el antebrazo por la barra, rompiendo todo lo que encuentra a su paso.

—Largaos de aquí —dice Vane mientras va a por Pan.

—Vamos, Darling —susurra Kas, rodeándome con los brazos aún manchados de sangre.

Pan ruge. Rompe más botellas. Vuelve a rugir. Coge una mesa auxiliar y la lanza contra la pared. La madera estalla como una bomba.

Se me revuelve el estómago.

—No la ha encontrado —digo, mirando por encima del hombro de Kas mientras me aleja—. Ha perdido su sombra y la tenebrosa ha desaparecido, y Bash casi muere y…

—Todo saldrá bien —dice Kas.

Me lleva hasta mi habitación y cierra la puerta tras nosotros.

—¿Cómo puedes decir eso? Tu hermano casi muere. Se suponía que esta vez era la buena. Pan encontró su sombra. Se suponía que iba a recuperarla y todo…

—Winnie. —Kas me acuna la cara con las manos. Estamos cubiertos de sangre. Detrás de la puerta, Pan sigue destrozando y rompiendo cosas, enfurecido—. Escúchame, Darling. Todo saldrá bien.

—¿Siempre es así?

—¿Que si el rey de Nunca Jamás tiene mal genio? —Resopla—. Sí, y mucho.

—Da miedo.

—Se calmará.

—Pero no ha conseguido su sombra.

—Parece que no.

—Todo es por mi culpa.

—¿Qué? No. —Frunce el ceño y las finas líneas alrededor de sus ojos se acentúan—. ¿Cómo puedes decir eso?

—Mis antepasadas se la arrebataron. Él la perdió dos veces por culpa de las Darling.

—No. —Kas niega con la cabeza—. Fue mi madre quien conspiró para robársela. La Darling solo fue un medio, una herramienta, para llevar a cabo su cometido.

Lo miro.

Estoy a punto de llorar. Y odio llorar.

Kas me aparta el pelo de la cara, deslizándolo detrás de la oreja con una caricia. El contacto me hace estremecer.

—Tu madre era Campanilla, ¿no? —pregunto. Asiente—. ¿Cómo puedes seguir aquí, con Pan, sabiendo que fue él quien la mató?

Kas me guía hacia el baño con las manos en mis hombros.

—Nuestra madre era una hija de puta. —Enciende la luz—. Se ponía celosa de cualquier mujer que se acercara a Pan. Quería ser su reina y de Nunca Jamás. Pero Pan la rechazó, así que fue a por la siguiente mejor opción: nuestro padre, el rey fae. Ella solo era una fae común, pero lo quería todo. —Abre el grifo de la bañera y

prueba el agua—. Aunque tenía algo a su favor: era preciosa y tan fría que quemaba. Mi padre quiso ablandarla, pero nunca lo consiguió.

Cuando el agua alcanza la temperatura perfecta, coloca el tapón y la bañera comienza a llenarse. Se acerca a mí, agarra el dobladillo de mi vestido y me hace levantar los brazos.

—¿Por qué lo mataste? —pregunto.

Me quita el vestido con un movimiento sencillo.

—Porque él también ansiaba algo.

—¿El qué?

—Poder.

—Todo el mundo en esta isla ansía poder.

—Sí, entre otras cosas.

Su mirada me recorre el cuerpo desnudo y lleno de sangre. Noto el bulto en su entrepierna y me entran ganas de agarrarlo.

¿Es retorcido que la tragedia me haga querer sumergirme en el placer? ¿Que la sangre y la masacre me den ganas de tocarlo para así dejar de pensar y sentir? Tal vez sea así. Tal vez todos aquí seamos un poco retorcidos y viles. Tal vez por eso siento que pertenezco a este lugar.

Mis ojos recorren el cuerpo de Kas, que tiene el torso desnudo y solo lleva unos pantalones negros. Las líneas de su tatuaje ondulan sobre sus abdominales. Alargo la mano y toco una. La sigo, por todo su pecho. Bajo mi tacto, sus músculos se tensan aún más y de repente siento una gran necesidad.

—Lo que hiciste fue inteligente. —Su voz es tranquila y controlada—. Le has salvado la vida a mi hermano. No lo olvidaré.

—Solo eran palabras.

—Era magia. —Me da un golpecito justo encima del pecho, sobre el corazón. Ante su cercanía mis pezones se ponen duros y no puedo evitar arquear la espalda, acercándome más a él—. La magia y la determinación de salvarlo.

—Yo tomé la decisión de regresar aquí, con vosotros. Con *todos* vosotros.

Deslizo el dedo por su tatuaje, pasando por su ombligo y luego desaparece dentro de la cintura de sus pantalones.

Pero cuando estoy lista para acercarlo a mí, me agarra la muñeca.

—Métete en la bañera, Darling. Límpiate. —Deja caer mi brazo —. No salgas hasta que te lo digamos.

—¿Vas a dejarme aquí?

Intento alcanzarlo, pero ya se ha alejado.

—Si me quedo aquí más tiempo, Darling, te inclinaré sobre el borde de la bañera y te follaré hasta que te salgan moratones en las costillas.

Enderezo los hombros.

—A lo mejor es lo que quiero.

—Pues yo no —dice él—. Cuando por fin meta mi polla en ese apretado coño, no será por desesperación. Límpiate y descansa. — Se detiene justo en el umbral del baño y me mira por encima del hombro. Su pelo oscuro sigue recogido en un moño, pero algunos mechones le caen por la cara, empapados en sangre. Verlo es una maravilla. Una embriagadora, sangrienta y espectacular maravilla—. Sé una buena chica y haz lo que te digo.

Luego se va.

Kas es el más amable de todos. Motivo por el cual, cuando me da órdenes, me excita más que cuando lo hacen los demás. Es como ver a un lobo quitarse la piel de codero y enseñar los afilados dientes.



# 4

## Bash

Pan tarda una hora en calmarse. Y, en el proceso, ha desperdiciado casi todo el alcohol. Lo entiendo, está cabreado porque ha perdido su sombra —*otra vez*—, pero ¿por qué tiene que pagarlo con el ron? Es demasiado preciado. ¿No había otra manera de desahogarse?

Creo que la respuesta es no.

Al menos no dejó que la sombra tenebrosa le rajara el pescuezo.

No hay cosa más despiadada que esa sombra. Como nos crucemos con ella, estamos todos jodidos. Tal vez lo más inteligente sea dejarla en paz.

Creo que ahora empiezo a entender el humor de mierda de Vane. No me puedo ni imaginar lo que es tener una oscuridad así recorriéndote las venas. Solo de pensarlo, me recorre un escalofrío.

Me encojo de hombros y le doy un trago largo a la botella de ron que conseguí rescatar de la salvaje mano de Pan. El alcohol me ayuda a deshacerme de la sensación de frío. Me siento como si me hubieran arrancado el alma por el agujero del culo. Todo me duele y siento un martilleo en la cabeza.

¿Será seguro dejar salir a la Darling? Un poco de ese dulce coño no me vendría mal.

El cristal cruje bajo las botas de Vane mientras busca alguna botella. Encuentra una de *bourbon* y se la tiende a Pan. Este la acepta. Respira con dificultad y tiene la frente bañada en sudor.

Al rey de Nunca Jamás no le gusta perder.

—Bebe —le ordena Vane.

Pan obedece y bebe, asfixiando el cuello de la botella como si quisiera arrancarle la vida. Supongo que no puedo culparlo. Ha perdido su sombra, la Sombra de la muerte anda suelta y ahora Garfio podría hacerse con un poder que no se merece.

Tomo otro trago de mi botella y siento a mi hermano observándome.

«¿Qué?», le pregunto.

«¿Cómo te encuentras?».

«Estoy bien. Una Darling me ha curado. Podría decir que nunca he estado mejor».

Kas frunce el ceño.

Vane nos mira con cara de enfado.

—Dejad de hacer esa mierda. Si tenéis algo que decir, decidlo en voz alta.

Kas frunce aún más el ceño.

Pan se deja caer sobre uno de los sillones de cuero, apoya la botella sobre su rodilla y echa la cabeza hacia atrás.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

Acabemos con esto cuanto antes y vayamos a por mi Darling.

Pan tiene los ojos cerrados y ninguno dice nada.

La puerta principal de la planta de abajo se abre de golpe y una cacofonía de sonidos sube hacia el ático. Algunos de los Niños Perdidos han regresado de la ciudad con unos cuantos coños perdidos. Las risitas de las chicas suenan como el tintineo de las campanas de las hadas.

Pan abre los ojos.

No hace tanto tiempo, antes de Darling, bajaríamos y cogeríamos todo lo que quisiéramos. Ahora… ahora no estoy tan seguro de que cualquier coño mojado nos sirva.

Aunque parece que no tenemos elección, porque las chicas suben por voluntad propia. Ya han estado aquí antes. Se han follado nuestras pollas y se han tragado nuestro semen.

—Hola —dice la chica al frente mientras va hacia el rey.

Él la observa con los ojos entrecerrados.

No me acuerdo del nombre de la chica, pero sé que es la líder de este séquito. Creo que se llama Libby o algo así.

Se sienta sobre el regazo de Pan. Él la deja.

Algunas más se acomodan en el sofá y llenan el espacio entre mi hermano y yo. Puede que no seamos reyes, pero somos príncipes, y, aun estando desterrados, seguimos teniendo un valor innegable.

Tengo la tentación de tocar.

Dudo si hacerlo.

¿Qué coño me pasa? No soy un hombre que conozca la duda.

Libby rodea el cuello de Pan con los brazos y se inclina hacia él. Él vuelve a dar un largo trago de su *bourbon*.

—¿Me has echado de menos? —pregunta ella, batiendo las pestañas.

La que está a mi lado cruza las piernas y deja que su falda le suba por sus blanquecinos muslos.

—¿Cómo estás, Bash?

De esta sí que me acuerdo. Cora. Me la he follado unas cuantas veces. Y la he hecho llorar unas cuantas más. Tiene tantas ganas de polla como de llamar la atención. Pero yo no tengo ganas de darle lo que quiere.

—Eres un puto arrogante de mierda —me dijo la última vez que vino.

—Cora, cariño —le respondí—, como si me importara tu opinión.

Aunque en ese momento, por supuesto, ya tenía los huevos enterrados en otra chica. Al pensarlo, la polla se me pone dura y tengo que luchar contra el impulso de agarrarla y ponerla sobre mi regazo.

¿Qué me detiene? Saber que Darling está al final del pasillo.

Lo que ella piense de mí me importa, y no sé cómo me hace sentir eso.

—¿Por qué me miras así? —le dice Pan a Vane.

Vane es el único que no tiene a una chica a su lado. Si les dieran la oportunidad, todas dejarían que él les diera caza, pero saben que es mejor no intentarlo. Vane está tan interesado en ellas como en el arte de doblar servilletas.

—¿Qué crees que tu pequeña Darling hará si entra por esa puerta y te ve con *eso* en el regazo? —dice Vane.

Libby se queda con la boca abierta.

—¡Eh!

Vane le lanza una mirada asesina y ella cierra la boca de golpe. Pan se echa hacia delante y mira al Tenebroso por encima de los grandes pechos de Libby.

—Yo soy un rey —dice él, algo borracho— y haré lo que me plazca.

—Pues sigue diciéndote eso.

—Como si no pudiera follarme *a otras* —dice Pan, con un deje de asco en la voz.

—¿Estás intentando convencerme? —responde Vane.

—¿Qué cojones va a hacer ella? —dice Pan.

Vane se acomoda en su silla y abre un libro. Siempre lleva un libro con él.

—Va a hacerte jaque mate antes de que te des cuenta de que estás jugando sobre el tablero.

«¿Cuándo crees que Vane admitirá que no odia a la Darling?», me pregunta Kas.

Resoplo.

«¿Y arruinar su reputación? Jamás».

«Aunque tiene razón», dice Kas. «Si a la Darling le da por salir aquí, se va a cabrear».

«Pan está demasiado borracho y enfadado como para pensar con dos dedos de frente. Así que cuando todo eso ocurra, yo voy a disfrutarlo».

Una chica de pelo moreno, una que no reconozco, se acerca a mi gemelo.

—Me llamo…

—No me importa cómo te llames —responde Kas sin apenas mirarla.

«¿Quién está siendo el gilipollas esta noche?», pregunto.

«Vete a la mierda».

«La Darling te tiene comiendo de su mano».

Kas me mira.

«Todos estamos comiendo de su mano».

Suelto una carcajada. Las chicas nos miran con mala cara, molestas por estar excluidas de la conversación.

Vane se concentra en su libro y Pan sigue con Libby, como si lo estuviera retando a decir algo. Pero no le ha quitado la ropa. No la ha besado. No se la ha follado.

Sus acciones lo delatan.

Peter Pan es igual de reacio que yo.



# 5

## Winnie

Cuando termino de bañarme, me tiro sobre el sillón que hay frente a las ventanas abiertas y me echo una manta sobre los hombros. A lo lejos, oigo el océano. La habitación está a oscuras, salvo por la luz de la luna. El aire fresco me acaricia las piernas y apoyo los pies sobre el alféizar.

En algún momento debí de quedarme dormida, porque me despierto con un sobresalto. El océano se ha calmado, convirtiéndose en un suave chapoteo contra la playa de guijarros.

Más allá de la habitación, escucho a chicas reírse, y algo oscuro me revuelve por dentro.

Tiro la manta a un lado, me dirijo hacia la puerta cerrada y pongo la oreja sobre la madera fría. Definitivamente, ahí fuera hay chicas.

Oigo el inconfundible sonido de las voces de Kas y Bash.

¿En serio me han abandonado en la habitación para luego montar una fiesta en mi ausencia?

Una gran rabia me sube por la garganta.

¿Qué fue lo que dijo Peter Pan la otra noche? Nadie tiene permitido tocarme. ¿De verdad cree que me ha reclamado como si fuera una posesión? ¿Que puede hacer lo que quiera conmigo sin enfrentarse a las consecuencias?

Por supuesto que el rey de Nunca Jamás cree que las normas no se aplican a él.

Kas me dijo que me quedara en la habitación hasta que me permitieran salir, pero no soy su puta prisionera. Ya no.

Abro la puerta de golpe y sigo el rastro de luz dorada del pasillo hasta el ático.

En el aire hay volutas de humo. Unos duendecillos brillan en las ramas del Árbol de Nunca Jamás, entre los periquitos gorjeantes que duermen. Y, repartidas por la habitación y sobre el regazo de Peter Pan, hay un puñado de chicas guapas.

Si tuviera que adivinar, diría que casi todas tienen mi edad, aunque, como están en la isla, es difícil decir si son mortales o inmortales. Aún no sé cómo funciona todo esto. Quién crece y quién no. Puede que nadie lo haga. Puede que todos estén atrapados en el tiempo como un bicho en una gota de savia vieja.

Cuando me detengo al otro lado del sofá, la habitación se queda en silencio. Los gemelos me miran. En el sofá, entre ellos, hay varias chicas, pero ninguno las está tocando. Vane está en uno de los sillones de cuero con un libro abierto entre las manos. No me dedica su atención. De los labios le cuelga un cigarro.

Peter Pan está en el sillón al lado de Vane con una rubia en el regazo. La chica me mira como si fuera un trozo de mierda que el océano ha vomitado sobre la costa.

Pan y yo nos observamos fijamente. Su rostro se endurece mientras nos evaluamos el uno al otro. Entrecierro los ojos, intentando ralentizar mi respiración y el rápido latir de mi corazón.

Aún no tiene su sombra. No es todopoderoso, lo que significa que, si quiero plantarle cara, tiene que ser ahora. Y así, de repente, siento la necesidad de vengarme de él por hacer que el estómago se me revuelva como lo ha hecho, por hacerme sentir como una zorra territorial a pesar de que no tengo derecho sobre ninguno de ellos. Es posible que lo esté haciendo a propósito. Tal vez quiera ver qué soy capaz de hacer.

Al sentir el cambio en mi comportamiento, su expresión se tensa levemente y la comisura de sus labios se crispa.

Es ahora o nunca.

Echo a correr por las escaleras. Pan lanza a la chica de su regazo, y esta protesta soltando un grito agudo antes de caer al suelo con un golpe seco.

Lo siento acechándome a la espalda y se me eriza el vello de los brazos. Es más grande que yo —tiene las piernas más largas y definitivamente es más rápido—, pero he pasado demasiado tiempo en casas viejas como para saber cómo usarlas a mi favor.

Cuando llego a las escaleras, me aprieto el vestido contra el culo, me siento en la barandilla y me deslizo por ella.

Pan no consigue agarrarme por poco, y en cuestión de segundos estoy en la planta baja. Empieza a bajar por la escalera, pero rápidamente desecha esa idea: pone la mano sobre la barandilla y salta por encima de ella.

Ya he empezado a correr, pensando en mi venganza.

En la hoguera un fuego crepita, y a su alrededor hay una docena de Niños Perdidos. Escojo al primero que veo, salto a sus brazos, envuelvo las piernas alrededor de su cintura y aprieto los labios contra los suyos. Esto no va de placer, sino de demostrar algo, para la mala suerte del Niño Perdido.

Noto cómo se pone rígido. Pan no tarda mucho en alcanzarme y tira de mí con violencia. El Niño Perdido nos mira perplejo, con los ojos muy abiertos: está completamente pálido.

—Lo siento, rey de Nunca Jamás. Yo no quería tocarla. ¡Es ella quien ha venido a mí!

Pan me mira.

—¿Qué coño estás haciendo?

—¿Qué coño estás haciendo tú?

—No tienen permitido tocarte —dice, y señala vagamente a los Niños Perdidos—. Ellos lo saben. Tú lo sabes.

Cruzo los brazos sobre el pecho y pongo el peso sobre una cadera.

—No pueden tocarme —afirmo—, pero nunca dijiste nada acerca de si *yo* podía tocarlos *a ellos*. Si nos basamos en esto… yo puedo tocar todo lo que quiera. Y eso es lo que voy a hacer. Si tú tocas, yo toco.

Desde el balcón, Kas y Bash se ríen.

Pan está que echa humo.

—Hablémoslo arriba.

—No.

—¿No?

El único sonido audible es el crepitar del fuego y el temblor de las hojas de las palmeras que bailan con la ligera brisa marina.

—*¿No?* —repite.

El Niño Perdido al que me he lanzado da un paso atrás. Los otros no se han movido ni un milímetro.

Pan me mira como si fuera una niñata rebelde y, de repente, me alza sobre su hombro. Siento un *déjà vu*.

—¡No soy de tu propiedad! —grito, y lo golpeo en la espalda.

Obviamente no sirve de nada: Peter Pan es todo músculo y arrogancia.

Me lleva por las escaleras sin apenas notar mis puños contra su musculosa espalda.

Cuando pasamos por delante de los gemelos en el balcón, me enderezo.

—¿Me ayudáis?

—Lo siento, Darling —dice Bash con una sonrisa pícara—. Te lo has buscado tú solita.

Me rindo y dejo caer el cuerpo mientras Pan me lleva a la casa. Cuando entramos en el ático, chasquea los dedos con fuerza.

—Largaos de una puta vez —dice.

Las chicas abandonan el lugar rápidamente; los tacones suenan con fuerza por la escalera principal.

Pan me lanza sobre unos de los sillones de cuero y me señala; los anillos de plata relucen bajo el brillo dorado de la habitación.

—Estoy de mala hostia.

—Mira por dónde, a mí también me ha puesto de mala hostia salir de la habitación y verte con una zorra de Nunca Jamás en el regazo.

Cuando se sienta en el sillón a mi lado, frunce el ceño y estira sus largas piernas. Se pone un cigarro en los labios y enciende el mechero con un chasquido. Cuando la llama está casi extinguida, el papel y el tabaco prenden, y Pan da una gran calada. El mechero se cierra de golpe.

El humo se enrosca como las franjas de una ágata. Tras soltar el humo, apoya el codo sobre el brazo del sillón, sosteniendo el cigarro entre los nudillos. Me mira; sus ojos azules resplandecen bajo la luz.

Tengo calor y frío a la vez.

Quería su atención, y ya la tengo.

—Soy un hombre directo —dice él—. No me gustan los juegos. Si tienes algo que decirme, Darling, dímelo a la cara.

Respiro hondo.

¿Qué quiero decirle? ¿Y cómo cojones lo digo? Lo admito: más allá de hacerle arrepentirse de tocar a otra chica, no tenía ningún otro plan, pero supongo que ese es el problema, ¿no? Así que será mejor decirlo.

—No quiero compartir.

Entrecierra los ojos.

—Si yo no puedo tocar a nadie más, tú tampoco —añado.

Pan se pasa la lengua por dentro del labio inferior. Sus ojos no abandonan mi rostro y el peso de su mirada hace que tenga que apretar los muslos para contener el zumbido entre mis piernas.

—Somos cuatro hombres muy hambrientos. ¿De verdad crees que eres capaz de saciarnos?

Ni siquiera tengo que pensármelo.

—Sí.

Su mirada se vuelve oscura y peligrosa. Tengo la sensación de que, desde el principio, él sabía a dónde llevaría esta conversación. Ha trazado un mapa y yo he seguido la X directa hacia su trampa.

—Entonces enséñamelo —dice él.

—¿Cómo?

—Nos quieres a los cuatro, así que ponte de rodillas y haz que esa boca trabaje. Muéstrame que puedes ser nuestra zorrita, Darling.

El zumbido se intensifica y mi clítoris arde, colmado de deseo.

Muy bien, entonces. ¿Quiere una demostración? Pues la tendrá.

Me pongo en pie. Da otra gran calada a su cigarro, deja que el humo se filtre entre sus labios en una densa nube y luego vuelve a tragárselo. Estoy tensa y más excitada de lo que debería.

Empiezo a arrodillarme frente a él, pero niega con la cabeza.

—Primero los gemelos. Quiero ver cómo te atragantas con ellos.

Pretende asustarme con sus duras palabras, pero si ese es su plan, es que no me conoce demasiado bien. Tengo el estómago lleno de mariposas y el coño me palpita. Sospecho que, si el rey de Nunca Jamás les ordena a los príncipes fae que me follen la boca hasta que llore, lo harán. Sospecho que, si lo hacen, me gustará.

Cuando me giro hacia los gemelos, Bash ya tiene la polla en la mano, como si llevara toda la noche esperando este momento. Cruzo la habitación y me hundo entre sus piernas, la rugosa alfombra arañándome las rodillas. Bash se está tocando, acariciándose lentamente. El líquido preseminal ya le brilla en el glande; se lo limpia con la yema del pulgar y me lo pasa por el labio inferior.

Cuando paso la lengua sobre su dulzura, mi coño se estremece de emoción.

—Ya he tenido ese coñito dos veces —dice—. Ahora me toca disfrutar también de tu boca.

—¿Y a qué estás esperando? —lo reto.

Un gemido le sale de lo más profundo del pecho, luego me agarra del pelo y me empuja hacia él. Sentir todo su tamaño en la boca me coge por sorpresa, y el aire se me atasca mientras intento adaptarme. Bash mueve las caderas hacia delante y se hunde más profundo en mí, hasta que la punta de la polla me llega a la garganta. Me da una arcada. Sale de mí y cojo aire con fuerza.

—No se lo pongas tan fácil, Bash. Es lo que quiere, así que dáselo —dice Pan detrás de mí.

—¿Quién soy yo para negar una orden del rey?

Bash me empuja y se levanta. Me da en la cara con la polla, y yo suelto un grito de sorpresa.

—No pares, Darling. Sigue. —Está sonriendo, sus ojos color ámbar brillan.

Me reposiciono y envuelvo los labios alrededor de él, moviéndome arriba y abajo. Hunde la mano en mi pelo y tira con fuerza, guiándome más profundamente.

—Qué buena chica —dice—. Mírame.

Alzo un poco la cabeza para poder mirarlo, y la satisfacción sombría que le brilla en los ojos me provoca mariposas en el estómago y hace que el clítoris me palpite.

Ojalá me estuviera tocando. Ojalá su hermano me estuviera follando. Ojalá… Ojalá…

—Sigue así, Darling. —Impulsa las caderas, hundiéndose en mí —. Joder, sí.

Empuja hasta llegar al fondo de la garganta; no consigo coger aire y las lágrimas me empañan los ojos. Respiro rápidamente por la nariz, intentando tomarlo todo, intentando no ahogarme.

—Joder, Darling.

Durante todo el rato puedo sentir la mirada de Pan clavada en mí, absorbente, fija. Hay algo profundamente excitante en ser el centro del espectáculo.

Bash empuja más rápido, follándome la boca más como un castigo que como placer. Y cuando finalmente se corre y su semen se acumula en mi lengua, inspiro profundamente e intento no romperme hasta que haya terminado. Estoy temblando, ardiendo, aturdida y muy cachonda.

Cuando sale de mí, Bash me alza la cara.

—¿Te lo has tragado? Déjame verlo, Darling.

Saco la lengua.

Por supuesto que me lo he tragado. No soy una floja.

—Buena chica —dice, y luego se inclina para darme un largo y profundo beso, su lengua deslizándose en la mía. Cuando se separa, apoya la frente contra la mía y dice—: No sabes cuánto necesitaba esto, joder.

—A lo mejor yo lo necesitaba más que tú.

Se ríe para sus adentros.

—Pues estás a punto de recibir más de lo que necesitas —dice, enderezándose—. Kas, dame una cuerda.

Escucho el ruido sordo de los pasos de Kas al alejarse y, cuando regresa, trae un trozo de cuerda en las manos. Bash tarda menos de dos segundos en atarme los brazos por la espalda y las muñecas. Se queda detrás de mí; sujeta la cuerda suelta con una mano y con la otra me agarra del cuello.

—Es tu turno, hermano —dice.

Kas ya está duro, pero duda si tomarme; estoy atada y perfectamente colocada solo para él. Tengo el estómago lleno de mariposas y los labios húmedos e hinchados. Aún puedo saborear a Bash en mi lengua, y si esto fuera un festín, no habría hecho más que empezar.

Bash tira de la cuerda hacia arriba, haciendo que me arquee y obligándome a sacar el pecho. Sigo llevando el vestido, pero tiene el escote bajo, y cuando Kas se acerca a mí, pasa un dedo por la costura. La piel del pecho se me eriza con el contacto y los pezones se me endurecen. Me los devora con la mirada a través de la tela.

—¿Te gusta que te utilicen, Darling? —pregunta, como si la respuesta importara.

Pero ¿importa? A nadie le ha importado nunca lo que yo he querido.

—Es una pregunta complicada —le digo.

—Quiero una respuesta.

—Sí.

—¿Por qué?

Cierro los ojos al sentir cómo una de sus manos desciende y sus dedos juegan con mi pezón a través de la tela. Siseo y un estremecimiento me recorre el coño.

—Porque me hace sentir bien.

—¿Y?

Se desplaza hacia el otro pecho, me pellizca el pezón con fuerza y siento las bragas aún más mojadas.

—Y hace que me sienta menos sola.

Las lágrimas me queman los ojos; me ha cogido desprevenida. Es más de lo que quería admitir. No estoy acostumbrada a ser tan sincera. Ya no quiero estar sola.

Kas se desabrocha el cinturón y la cremallera suena ruidosamente al abrirse poco a poco. Su polla está tensa contra el material oscuro de su ropa interior. Si pudiera usar las manos, lo ayudaría a liberarse.

Solo he estado con Kas una vez, y fue después de que Pan me echara sobre la mesa mientras su gemelo me follaba por detrás. No tuve tiempo de prestarle atención.

Kas es más grande que Bash. Y que Pan, o al menos eso creo. Aunque no puedo compararlo con Vane. No estoy segura de poder tomarlo todo entero en la boca.

Bash recoloca la mano con la que me rodea el cuello y me inclina, como si yo fuera el escenario, él el director y Kas nuestra estrella.

El corazón me retumba en los tímpanos. Tengo el estómago contraído.

Puedo hacerlo. Puedo con su tamaño. Lo *haré*.

Me roza los labios con la punta de la polla y saco la lengua, provocando que gima desde lo más profundo de su pecho. El sonido salvaje que emite me dispara la adrenalina por todo el cuerpo y hasta el coño.

Quiere ir poco a poco, pero no hay tiempo para ello. Me pasa el pulgar por el labio inferior y me lo mete en la boca para que pueda chuparlo.

—Puede que me esté haciendo ilusiones —dice con voz ronca—. Puede que contigo, Darling, solo haya desesperación.

Y me mete la polla en la boca.



# 6

## WINNIE

Kas me folla la boca tan rápido y fuerte que las lágrimas me caen por la cara. Me estoy ahogando. Con los brazos atados a la espalda, no puedo controlar el ritmo, y él es implacable.

Está desesperado. Y es demasiado grande para mi boca.

Cuando finalmente se corre, va directo a mi garganta, y al salir de mí, suelto un jadeo. Se aleja dando pasos torpes, se deja caer sobre el sofá y echa la cabeza hacia atrás, mirando hacia el techo, donde los duendecillos van de un lado para otro con gran frenesí.

Sé cómo se sienten.

Exhalo unas cuantas veces, mientras Bash me rodea y me enjuga las lágrimas.

—A que eres una buena chica, ¿eh, Darling?

—Desátame —digo—. Para que pueda ocuparme del rey.

Me sonríe.

—Como desees.

Una vez libre, me froto las muñecas para devolver la sensibilidad a las manos. Miro a Pan. Está estirado en el sillón con la mirada distante. Lleva unos vaqueros oscuros y una camiseta del mismo tono que se ajusta a sus bíceps como si fuera una segunda piel. Tinta oscura se arremolina por sus brazos, y varios tallos de sombras asoman por el cuello de la camisa.

Es un espectáculo impío. Y nunca dejaré de pecar por él.

Me levanto para ir a su encuentro, pero chasquea la lengua en desaprobación.

—¿Acaso te he dicho que te levantes? —dice—. Vas a *gatear* hasta mí, Darling.

Las mariposas se transforman en una maraña de deseo y vergüenza en mis entrañas.

¿Quiere que *gatee* hasta él? Cree que está demostrándome que no puedo seguirle el juego; aunque él jura que odia jugar. Todo es un juego. Especialmente esto.

Todos esperan en silencio, preguntándose qué haré. No voy a perder. Estoy decidida a convertirme en un festín para Peter Pan, a que se vuelva adicto a mí.

Apoyo las manos sobre la alfombra y gateo hacia él. El libro se cierra de golpe en las manos de Vane, y mi centro de gravedad se tambalea ante la idea de que me esté mirando. Tengo la espalda curvada como una serpiente y el culo en alto. Puede que, si doy un buen espectáculo, él también quiera jugar.

Yo solo quiero tomar y tomar de estos hombres, abastecer mi botín como una reina codiciosa.

Cuando llego hasta Pan, abre las piernas para que pueda gatear entre ellas. Tiene una mirada resplandeciente y satisfecha mientras le desabrocho la hebilla del cinturón y paso el cuero por el cierre. El metal rechina. Pan me observa.

Está tenso contra los pantalones mientras yo le desabrocho el botón. Ver el bulto de su erección enciende un fuego en mi pecho. Una vez la cremallera está abierta, tiro de su ropa y libero su polla.

Me enderezo y acerco la boca al hinchado glande, y su cuerpo se tensa, expectante. Lo tomo en mi mano y empiezo a moverla lentamente, memorizando cada cresta, cada vena hinchada.

Aprieta los dientes.

—No quiero compartir —le digo.

Se le dilatan las aletas de la nariz.

—No quiero encontrarte con una chica de la ciudad en tu regazo cuando yo estoy aquí mismo. Cuando puedo ser *yo* la que esté en tu regazo.

Me echo hacia delante, acerco los labios a escasos centímetros de él y dejo salir un suspiro, tentándolo. La punta de la polla palpita por la anticipación de que mi boca la envuelva.

—Dilo, rey de Nunca Jamás.

—Pon esa bonita boca en mi polla y a lo mejor lo haré.

Me inclino un poco más y deslizo la punta de la lengua por la resplandeciente raja de su glande.

—Dilo.

Gime y mueve las caderas hacia delante, intentando alcanzarme, así que bajo hasta la base de su miembro y le lamo la gruesa parte inferior.

Se le escapa una bocanada de aire.

Creo que tanto él como yo sabemos que podría metérmela en cualquier momento, pero el juego es el juego. Y yo tengo la intención de ganarlo. El rey de Nunca Jamás es mío y voy a hacer que lo admita.

Repito los movimientos, como si fuera a lamerlo otra vez desde la base hasta la punta, pero mantengo mi boca un poco separada, casi tocándolo.

El gemido que retumba en su pecho es casi bestial.

—Darling —dice.

—¿Sí?

Cierra los ojos y toma una gran bocanada de aire.

—El único coño que tendré es el tuyo. —Vuelve a abrir los ojos y se inclina hacia delante, me agarra por debajo de los brazos y me gira para que sea yo quien quede en el sillón y él de rodillas—. La única boca que se acercará a mi polla será la tuya. —Me sube el vestido hasta la cintura—. La única chica que se sentará en mi regazo como un pequeño trofeo eres tú. —Engancha un dedo en mis bragas y las aparta, dejando mi sexo al descubierto—. La única chica a la que trataré como mi zorra personal eres tú. —Se inclina aún más, acerca la boca a mi humedad y me devuelve mi propia medicina.

Tiemblo, impaciente.

—¿Ya tienes suficiente, Darling? —dice.

Asiento enérgicamente.

—Sí.

Me acaricia el clítoris con la lengua. Se aparta enseguida, más una provocación que otra cosa, y siento la necesidad de arrancarme la piel.

—Repítelo —ordena.

—Sí, es suficiente.

Desliza los dedos por la costura de mis bragas, arrastrando intencionadamente el dorso de los nudillos por mi coño y el clítoris. Tiemblo de placer.

—Sí, ¿qué?

Me hundo en el lujoso sillón de cuero.

—Sí… ¿Pan?

Escupe en mi coño y desliza dos dedos para encontrarse con mi hinchado sexo.

—Vuelve a intentarlo.

—Sí… —Inhalo bruscamente cuando vuelve a deslizarlos hacia abajo y me los mete hasta el fondo—. Sí, *mi rey*.

—Buena chica —dice, y finalmente me da lo que quiero y necesito: su boca en mi coño.

Me lame, me tienta, me folla con la lengua.

Me retuerzo en el sillón, pero me tiene enjaulada. Jadeo y gimo en dirección al techo. Es implacable con su boca. El placer se agolpa en mi clítoris y, cuando añade otro dedo, follándome ahora con tres, un agudo gemido se escapa de mi garganta.

Puedo sentir a todos observándome. Y no me importa. Pan ha conseguido cambiar el espectáculo: me ha transformado tanto en el público como en la artista.

Arqueo la espalda. Él me sujeta con fuerza y me pasa la lengua por mi húmeda hendidura.

—Córrete para mí, Darling —dice de entre mis muslos—. Córrete en mi boca.

Tengo la respiración tan agitada que la cabeza me da vueltas y el cuerpo me arde de necesidad y deseo. La ola de placer llega cuando Pan me succiona el clítoris con la lengua y sus dedos me llenan.

Me corro con tanta fuerza que despierto a los periquitos, que salen volando, batiendo las alas. Enredo la mano en el pelo de Pan y lo guío sobre mí mientras el orgasmo me sacude como un terremoto, haciendo que cada hueso de mi cuerpo se estremezca.

Lo único que siento es placer y calor.

Me relajo y me hundo aún más en el sillón. Peter Pan sigue entre mis piernas, con la boca empapada de mis jugos. Se levanta lentamente, y la línea de sus hombros tapa la luz, de forma que solo puedo verlo a él.

—Nos quieres, Darling, pues nos tienes. Pero vas a seguir *mis* normas. ¿Lo entiendes?

Intento controlar mi respiración.

—Dilo, Darling.

—Sí. De acuerdo. Seguiré tus normas.

—Si tienes sed de polla, tienes cuatro donde escoger. Cuatro y no más. —Me agarra de los muslos y arrastra mi culo hasta el borde del sillón—. Si te pillo tocando a alguien más, no voy a estar contento. —Con mis bragas aún a un lado, acerca su sexo a mi entrada—. Dime que lo entiendes.

—Lo entiendo.

Me llena y exhalo bruscamente. Sus embestidas se vuelven más rápidas, más fuertes. Me levanta las piernas y me vuelve a penetrar. Estoy tan mojada y él está tan empalmado que, cuando follamos, provocamos un ruido húmedo.

Se introduce aún más en mí, hundiéndome en el sillón. Me folla como si yo le perteneciera, y puede que, de alguna manera, lo haga. Tal vez sea de su propiedad. Tal vez esa idea no me parezca tan mala.

Pan es inagotable y mi coño acoge sus embestidas sin resistencia. Voy a tomar y tomar, porque siempre habrá poder en ello. Y, entre estos poderosos hombres, yo también quiero ser poderosa.

Cuando Pan finalmente se corre dentro de mí, estoy agotada, agarrotada y satisfecha.

Pero queda una. Una polla más que satisfacer. Si me deja, claro.

Pan sale de mí y se deja caer en el sillón a mi lado. Me siento y veo que Vane tiene sus disparejos ojos clavados en mí. Niega con la cabeza en un movimiento apenas perceptible.

Pero yo no me acobardo tan fácilmente.

Me levanto y cruzo la habitación con la corrida de Pan resbalándome por los muslos. El pecho de Vane se infla al respirar hondo. El corazón se me atasca en la garganta.

Cuando estoy delante de él, me arrodillo de nuevo. Pero esta vez las manos me tiemblan y estoy tan nerviosa que la boca se me seca. Estiro la mano para desabrocharle el botón de los pantalones, pero Vane me agarra la muñeca y su ojo violeta se vuelve negro.

El terror me sube por la columna y la frente me empieza a sudar. Intento respirar, apaciguar el miedo que me está poniendo la piel de gallina.

Puedo hacerlo. Puedo aguantar su oscuridad y demostrarle que soy fuerte.

Estiro la otra mano, decidida a tomarlo. Pero antes de que pueda darme cuenta, salgo disparada hacia la otra punta de la habitación. Me estampo contra una pared… y Vane me tiene agarrada del cuello.



# 7

## Winnie

Suelto un grito ahogado por el *shock*. Vane me aprieta del cuello con aún más fuerza, impidiéndome coger aire. Me levanta del suelo y yo intento patalear inútilmente para liberarme. La oscuridad de la Sombra de la muerte surge alrededor de sus ojos y su pelo se vuelve de un blanco reluciente.

—¡Vane! ¡Por el amor de Dios! —Pan y los gemelos corren hacia nosotros.

Puedo sentir cómo el rostro se me está poniendo de un rojo intenso mientras lucho por respirar.

—Suéltala —ordena Pan.

El terror vuelve a invadirme en la base del vientre y se arrastra como un ciempiés por mi cuerpo. El corazón me retumba en los oídos.

—La Darling quiere lo que quiere —dice Vane.

Su voz ha cambiado con su mirada. La Sombra de la muerte lo convierte más en un demonio que un hombre, y sus palabras resuenan a nuestro alrededor.

Las lágrimas empiezan a derramarse por mis ojos y me caen por las mejillas.

No estaba preparada para esto. No tenía ni idea de dónde me estaba metiendo.

—Shhh —canturrea—. Guárdate las lágrimas para cuando duela de verdad.

Se me salen los ojos de las órbitas.

—Por favor, suéltala —dice Pan, y los gemelos nos rodean.

—Cree que sabe lo que quiere —continúa Vane—. Déjame demostrarle por qué no debería.

Si tuviera aire en los pulmones, gritaría.

Agarro la muñeca de Vane con una mano y con la otra intento apartarlo. Necesito aire. Necesito aire. Necesito algún tipo de respiro.

Me cago en la puta. Tal vez sea una chica estúpida que no tiene ni idea de nada.

—Vane —vuelve a decir Pan, justo cuando los gemelos se lanzan hacia él.

Me suelta y caigo al suelo a cuatro patas.

Cojo aire.

Los gemelos sujetan a Vane, cada uno de un brazo, y tiran de él. Vane lucha contra ellos, estrangula a Bash y lo lanza como si no fuera nada. Kas es el siguiente: recibe una patada directa en el pecho, vuela por el aire hasta estrellarse contra el tronco del Árbol de Nunca Jamás. Las ramas se estremecen por el impacto.

A continuación, Vane se gira hacia Pan.

Pan levanta las manos.

—Recomponte —dice.

Vane acecha sobre él.

—Me cago en la puta, Vane.

Cojo aire y me apoyo contra la pared para ayudarme a levantarme.

—Vane —intento decir, pero mi voz sale áspera y hueca.

—Es nuestra, ¿no? —dice Vane. Su voz sigue siendo aterradoramente sombría.

—Tienes que aprender a controlar la sombra —dice Pan, que sigue retrocediendo—. O terminaremos todos muertos.

—Yo soy la sombra —replica Vane, estrechando la distancia entre él y Pan—. No necesito controlarla.

—Tienes que hacerlo, joder. Si no, te enviaré de vuelta a tu isla.

Vane se lanza hacia él. Pan lo esquiva. Vane vuelve a arremeter y le da en la mandíbula. Pan se tambalea, y Vane aprovecha para agarrarlo del brazo.

Cuando Vane lo toca, las tinieblas brotan de su cuerpo y se extienden por los tatuajes de Pan, filtrándose en su piel más profundo que la tinta.

¿Qué es eso?

Las tinieblas crecen, más y más, y consumen la pálida piel del cuello de Pan.

—¿Qué está pasando? —gruño—. ¿Kas? ¿Qué está pasando?

Kas sacude la cabeza, con los ojos muy abiertos.

—Si no se detiene, va a matarlo.

Los tallos de tinta se extienden por la curvatura de la mandíbula de Pan y le tiñen los labios de negro.

—¿Qué hacemos?

Bash frunce el ceño.

—No tengo ni puta idea. Nadie puede plantarle cara a Vane, solo Pan.

Pan aprieta los dientes mientras las tinieblas siguen consumiéndolo poco a poco.

—Vane… me cago en todo —jadea Pan, pero Vane no da señales de rendirse.

—Tenemos que hacer algo —digo.

Peter Pan no puede morir.

—¡Vane! —grito.

Se gira ligeramente; la línea de su mandíbula se encuentra con su hombro.

—Puedes tenerme de la manera que tú quieras.

—*Darling* —dice Kas con un siseo—. ¿Qué coño estás haciendo?

Me acerco con los brazos abiertos, intentando demostrar que no quiero hacerle daño.

Vane lo suelta y las tinieblas retroceden de inmediato. Pan se encorva y se lleva una mano al pecho.

La Sombra de la muerte se gira hacia mí, y vuelvo a sentir ese terror profundo.

Vane se acerca con pasos lentos y deliberados, acechándome como lo haría un depredador con su presa. Retrocedo contra la pared y piso un trozo de cristal con el pie desnudo. Suelto un quejido de dolor.

Ahora mismo es la menor de mis preocupaciones, puedo mirarme la herida más tarde. Pero la mirada de Vane se desvía al suelo, a la huella de sangre que he dejado.

Siento un gran e intenso dolor, pero no es nada que no haya soportado antes. A medida que la sangre se extiende y el dolor me atraviesa los nervios, me doy cuenta de algo más: con la sangre, el terror se ha desvanecido.

Vane frunce el ceño y el blanco desaparece de su pelo. Respiro a través del dolor sordo del pie. Sus ojos vuelven a ser disparejos, uno negro y otro violeta, pero por la tensión en su mandíbula sé que aún está furioso.

La energía en el ambiente ha cambiado. Es la calma después de la tormenta, como cuando el océano se aquieta y el cielo deja de rugir.

Vane echa los hombros hacia atrás y respira hondo.

—No vuelvas a hacerlo. Nunca más —dice, y luego baja las escaleras y sale de la casa.



# 8

## Peter Pan

Corro hacia la Darling, la tomo en brazos y la apoyo contra mi hombro mientras le sujeto el gemelo.

—Levántalo —le ordeno, y lo hace.

Tiene un terrible corte en el arco del pie.

—Kas —lo llamo.

—Voy.

Desaparece por el pasillo.

Bash abre uno de los armarios tras la barra y vuelve con un trapo. Me lo tiende.

—Agárrate a mí, Darling —le digo y, cuando la levanto, me rodea el cuello con el brazo.

La llevo hasta el sofá y la dejo en un rincón, colocando el pie herido sobre mi regazo. La sangre empieza a empaparme los pantalones.

Kas regresa con un botiquín, una aguja e hilo.

—¡No es para tanto! —protesta Darling, intentando apartar el pie.

La sujeto con firmeza.

—No te resistas —le digo—. Es una herida abierta. Se curará más rápido si la suturamos.

Se deja caer sobre el cojín.

—Puedo soportar las cuchillas. Pero las agujas… no tanto.

La miro y veo cómo el terror se apodera de sus bonitos ojos verdes. Creo que es más fuerte de lo que queremos creer, pero todos le tenemos miedo a algo.

No hace tanto tiempo, lo que más me aterraba era perder la isla. Pero con el olor de Darling aún en mí y su sangre empapando mi ropa, ese miedo está cambiando justo delante de mis narices.

Verla sangrar, ver los moratones que empiezan a aparecer en su cuello, justo por donde Vane la tenía agarrada contra la pared… Se me revuelven las tripas. No quiero dejarla ir. No quiero que desaparezca como mi sombra, que se escabulla en la noche y me abandone: un hombre vacío, con las tinieblas por compañía y una herida supurante donde antes estaba el corazón.

Por dentro siento frío. Y yo quiero calor.

Chasqueo los dedos en dirección a la botella de *bourbon* que hay en la mesa. Kas va a buscarla y me la da. Mojo el trapo con el licor y, cuando lo pongo sobre el pie de Darling, ella suelta un quejido y se sacude bajo mi agarre.

—Estate quieta.

—Duele.

—¿Ibas a dejar que Vane hiciera contigo lo que quisiera y te estás quejando por un poco de alcohol?

Vuelve a quejarse, pero sabe que tengo razón.

—Necesitamos hablar sobre el problema en el que se está convirtiendo el Tenebroso —dice Bash mientras pasa la aguja por la llama del mechero.

—Un problema a la vez.

Parece que ese es nuestro nuevo mantra.

Una vez he limpiado la sangre, puedo ver mejor el corte. Tiene unos siete centímetros y aún supura.

En el mundo de Darling, tienen anestesia. Aquí, tenemos a los príncipes fae.

—Dadle algo para el dolor —les digo, y Bash me da la aguja enhebrada.

—Túmbate, Darling —le ordena Kas.

Ella nos lanza una mirada escéptica.

—¿Dejas que te follemos hasta el olvido, pero no que te cuidemos cuando estás herida? —digo. No me gusta verla así, como una criatura salvaje herida: temblorosa y sudorosa—. Por favor, Darling —añado—. Déjame cuidarte.

Las lágrimas le invaden los ojos, y creo que es porque nunca la han tratado con tanta gentileza. Puedo ser despiadado, follármela y tratarla como mi zorra, pero cuando está herida, la cuido. Y, entonces, tiene que rendirse. Le demostraré que puede tener ambos lados de mí.

No la voy a traicionar cuando más me necesita.

Por fin se recoloca y se recuesta sobre los cojines. Le hago un gesto a Kas con la cabeza. En cuestión de segundos, Darling suspira aliviada. No necesito verlo para saber que la ha sometido a una ilusión. La magia de los fae puede ser tanto de sensaciones como de vista.

—¿Bien? —pregunto a Kas.

Asiente.

—Debería estar bien durante un rato.

Acerco la aguja a su piel y empiezo a cerrar la herida. Apenas lo nota.

—Casi te mata —dice Bash, sentándose al borde de la mesita frente a mí.

Me observa mientras coso.

—Sí, pero no lo ha hecho.

—Solo porque Darling lo ha distraído.

El corte está medio cerrado y cada vez es más pequeño. Cuando vives constantemente bajo la amenaza de los piratas, aprendes rápido a curar heridas.

—Necesita encontrar el equilibrio —digo, aunque ni yo mismo me creo esta mierda.

Vane lleva muchos años en Nunca Jamás. Y ha tenido a la Sombra de la muerte aún más tiempo. Si hubiera sido capaz de encontrar el equilibrio, ya lo habría hecho.

—Si recuperas tu sombra —empieza a decir Kas—, ¿crees que podrás controlarlo?

—Es difícil decirlo.

Lo dudo.

Tal vez.

Quizá soy un imbécil por siquiera contemplar esa idea.

Una vez cerrada la herida, anudo el hilo y le paso la aguja a Kas. Bash espera con una gasa, esparadrapo y una caja con bálsamo feérico que él mismo prepara con regularidad. La tapa está abierta e introduzco un dedo. El bálsamo huele a la tierra de Nunca Jamás.

Lo aplico suavemente sobre la herida antes de cubrirla con la gasa y sellarla con el esparadrapo.

—Mantened la ilusión un poco más —les digo—. Dejad que descanse.

Donde sea que esté ahora, está lejos de nosotros y del ático.

Mejor.

Mi polla se endurece al recordar a los gemelos follándole la boca. Dios, me encanta ver cómo la utilizan. Pero solo aquellos en los que más confío pueden tocarla. Jamás permitiría que el resto de esos cabrones se acercaran lo suficiente como para respirar el mismo aire que ella.

Vane tiene razón en una cosa: ella sabe cómo manipularme.

La sola idea de que otro le ponga una mano encima me da ganas de romper algunos huesos.

La miro tumbada en el sofá, con las piernas aún en mi regazo. Tiene la piel caliente, suave bajo mis manos. Ojalá pudiera tumbarme a su lado. Quiero poder aferrarla contra mí.

Esa necesidad me resulta extraña e irracional. No suelo ser territorial. Nunca alguien me ha importado lo suficiente como para preocuparme. Pero cada centímetro de su pálida piel es territorio que quiero conquistar y reclamar.

Necesito alejarme o voy a follármela de nuevo y usarla más de lo que debería.

Con cuidado, retiro sus piernas de mi regazo y me levanto. Cojo una manta del respaldo del sofá y la cubro con ella. Se encoge bajo el calor y gime suavemente cuando le aparto un mechón de pelo.

Se me revuelven las tripas, pero esta vez por un motivo muy distinto.

—Ahora vuelvo —les digo a los gemelos—. Cuidadla, por favor.

—Por supuesto —responde Kas.

—Es tan nuestra como tuya —añade Bash—. No tienes que decirnos que la cuidemos.

Los príncipes fae me están provocando más de lo normal.

*Un problema a la vez.*

Asiento rápidamente y salgo en busca del Tenebroso.

Encuentro a Vane caminando por la orilla de la laguna hacia la Roca de los Abandonados. Los espíritus del agua turquesa se asoman a la superficie: manos, caras y colas ondulantes. Tratan de acercarse a él. Puede que su sombra no sea de Nunca Jamás, pero la magia llama a la magia, sin importar de dónde venga.

—No empieces —gruñe, aunque estoy detrás de él y no he hecho ni un ruido.

—No he dicho nada.

—Puedo oírte pensar.

—No, no puedes.

—Pues entonces puedo sentir tus pensamientos.

El humo se arremolina sobre su hombro cuando le da una calada a un cigarro. Acelero para alcanzarlo. La arena cruje bajo mis pies desnudos. Siempre me siento mejor cuando toco la tierra de Nunca Jamás. Ella me reconoce, y yo a ella.

La magia llama a la magia.

Si tan solo tuviera toda la mía…

Nada ha salido como lo había previsto.

—Está empeorando —admite Vane cuando me pongo a su lado.

—¿Y cuál es la solución? —pregunto, porque siempre es mejor centrarse en la acción que en la emoción.

—No lo sé. —Niega con la cabeza. Vuelve a dar una calada y exhala el humo—. Reclamar la sombra era un medio para un fin. Mi único plan era la venganza. —Me mira con su ojo bueno—. Quiere regresar a su tierra. Lo siento.

No me gusta el rumbo que está tomando la conversación.

—¿Y vas a darle lo que quiere?

—No pienso volver a ese lugar.

Me siento aliviado. Campanilla fue una vez mi mejor amiga. Asesinarla dejó un vacío que Vane llenó, pero siempre he sentido esa amenaza silenciosa de que todo era pasajero. Siempre he sabido

que tarde o temprano tendría que marcharse. Una sombra pertenece a una tierra, no al hombre que la posee.

Solo esperaba que, cuando se fuera, ocurriera más tarde. Mucho, mucho más tarde.

—Podrías devolverla —le digo—. Entregársela a alguien de tu isla.

Vuelve a mirarme.

—No voy a reclamar la Sombra de la muerte de Nunca Jamás, si es lo que estás insinuando.

Bufo.

—No lo digas tan convencido.

—Gilipollas. Sabía que justo estabas pensando en eso.

—Vane…

—No. Si me deshago de *esta* sombra, me habré librado de una enfermedad que destruye y consume. —Se señala el ojo negro—. Ahora mismo puedo sentirla moviéndose bajo la superficie, como los espíritus de la laguna. Pero, al contrario que ellos, esta quiere ver cómo las chicas bonitas lloran mientras entierra su polla en sus coños húmedos.

Se estremece ante sus palabras. No está hablando de cualquier chica bonita.

Cuando apaga el cigarro, lo tira a la laguna y las ascuas se extinguen. La magia lo hace desaparecer, como si nunca hubiera existido.

—Muy bien, entonces —digo—. Deshazte de la sombra y vuelve a ser el de antes. Más allá de ella, debes tener poder; de lo contrario, no habrías podido reclamarla.

Frunce el ceño en mi dirección. Es un tema que nunca hemos abordado, pero siempre me ha rondado la cabeza. Un hombre común no puede reclamar una sombra.

Niega con la cabeza, marcando claramente dónde están sus límites. Sabía que no sería tan fácil sacarle sus secretos, pero valía la pena intentarlo.

—¿Cuánto tiempo crees que tienes? —pregunto al final.

—Supongo que lo suficiente para acabar con este maldito lío.

—Muy bien. Entonces necesito unos cuantos favores.

Me mira con recelo.

—¿Por qué tengo la sensación de que voy a odiar esos favores?

Lo ignoro.

—El primero es que vayas hasta Garfio y le pidas permiso para entrar en sus tierras.

—¿Y qué motivo se supone que tengo que darle?

—Dile que he perdido a un Niño Perdido. Eso nos dará algo de tiempo.

—¿Y el segundo?

Dudo, porque sé que este favor no va a gustarle. Ni siquiera yo estoy seguro de que me guste. Pero ¿qué es lo que dijo Vane? Es un medio para un fin.

—¿Cómo te sentirías si tuvieras que llamar a tu hermano para que viniera aquí? —pregunto.

—¿Para qué cojones tendría que venir? ¿Quieres que me meta en la puta boca del lobo?

—Vamos, Vane. Sabes que tu hermano solo te hace favores a ti.

Resopla.

—Hace años que no hablo con él. Desde la última vez que nos ayudó.

—Precisamente por eso vuelvo a necesitarlo. Piénsalo como una póliza. Un plan B.

—No vas a llamar a mi hermano por un plan B. Y, además, la última vez el precio fue justo. ¿Qué coño vas a ofrecerle ahora?

Intento mantener el rostro impasible, pero Vane me conoce mejor que nadie. Me mira a los ojos y los entrecierra.

—Ah, ya veo, cabronazo. Tienes un secreto. Escúpelo.

Llevo mucho tiempo ocultando algo. No era nada que me resultara útil, pero ahora creo que su valor se ha duplicado y que podría conseguirme lo que quiero.

—Wendy Darling nunca regresó a casa.

—¿Qué coño estás diciendo?

No respondo.

Da unos pasos hacia mí.

—¿A dónde fue?

—Tenía que devolverla. El viaje no salió como lo había planeado y, en algún momento del camino, tomé el rumbo equivocado.

Vane ladea la cabeza.

—¿Y?

—Y aparecimos en Siempre Jamás.

—*No.*

—*Sí.*

—¿Y la abandonaste?

—Más bien la liberé de mi posesión.

—Joder. —Gira sobre sí mismo y se frota la cara—. ¿Por qué lo hiciste?

—Ya no me era útil.

—¡Pan!

—No intentes hacerme sentir culpable, porque vas a quedarte con las ganas. El caso es que sé dónde está y sospecho que, en cuanto tu hermano descubra que está en nuestros reinos y no enterrada en suelo mortal, también querrá encontrarla.

—Te va a matar, joder. Lo sabes, ¿no?

Resoplo y enciendo un cigarro, dejando que el humo me queme los pulmones antes de expulsarlo.

—Tu hermano no me preocupa.

—Siempre serás un arrogante hijo de puta, ¿verdad?

Le sonrío.

—Sí.

Niega con la cabeza y empieza a caminar.

—¿Y qué motivo tengo que darle a mi hermano para que regrese a Nunca Jamás?

—Dile que necesitamos ayuda con el Capitán Garfio.

—Dándole un incentivo extra. Así juegas, ¿eh?

—Un rey siempre debería tener una baza guardada.

—Creo que es mala idea.

—La mayoría de las buenas ideas empiezan pareciendo malas.

Sigue caminando.

—Voy a advertirte sobre esta: espera, piénsalo bien. Estoy seguro de que, si lo necesitamos, puedo encontrarlo rápido.

—Vane…

—Por favor, *espera* —dice, deteniéndose—. Te lo suplico.

Hay muy pocas personas a las que no presionaría para conseguir lo que quiero. Vane es una de ellas.

—Está bien.

Satisfecho con mi respuesta, reanuda el paso y pronto llegamos a la base de la Roca de los Abandonados. Vane alza la mirada hacia el acantilado, iluminado por la luz de la luna.

Cuando salí a buscarlo, sabía dónde estaría. Cuando llega al límite, solo hay dos cosas que logran calmarlo: volar o nadar en la laguna.

Ahora está hundido en sus pensamientos, pero sé que quiere decir algo. No soy un hombre paciente, pero decido darle tiempo.

—Querías romperla —intento adivinar—. Pero no lo hiciste.

Suspira.

—Y, sin embargo, lo haré. Si me deja.

—No, no lo harás. Pero acabarás rindiéndote.

Me mira con rabia.

—¿Es una orden?

—Es una predicción.

—¿Ah, sí?

—Sí. Te rendirás porque no habrá otra opción… y porque lo deseas.

Sacude la cabeza y empieza a trepar por la parte plana de la Roca de los Abandonados.

—Me molesta y la odio.

Voy detrás de él.

—*Desearla* es lo que te molesta. Y odiar está a un suspiro de *amar*. La línea es peligrosamente fina.

Sube con dificultad a medida que la pendiente se hace más pronunciada.

—No sé qué coño quiere de mí.

—Entonces pregúntale.

—Como si tú le hubieras preguntado alguna vez lo que quiere.

—Yo soy un rey. No pregunto, ordeno. Y eso es lo que ella necesita de mí, así que es lo que le doy. Lo que necesita de ti es diferente, y debes descubrirlo antes de que intentes tomar algo que

ella no pueda darte.

Se queda callado, lo que me confirma que ha aceptado que tengo razón. Porque, por supuesto, tengo razón. Siempre la tengo.

—¿Y los gemelos? —dice por encima del hombro—. ¿Qué obtiene de ellos?

—Y yo qué coño sé qué obtiene ella de esos capullos.

Se detiene a medio camino; el viento lo despeina.

—Yo sé lo que es.

—Entonces dímelo.

—Los gemelos cuidan de ella como nunca nadie lo ha hecho.

Asiento y miro hacia abajo, a la laguna. Desde aquí, el agua parece una joya brillante engastada en el oscuro y sinuoso bosque. Pensaba que, a estas alturas, ya tendría mi sombra y que ya podría volver a sentir a los espíritus de la laguna, a los lobos en el bosque, la magia en el aire y el suelo rebosando vida.

Pero sigue habiendo un vacío… Me siento hueco.

Una semilla de duda empieza a germinar en mí, pero la arranco de inmediato.

—Hay otro problema del que debemos ocuparnos —dice Vane—. Los gemelos.

—Lo sé.

—Están destinados a ser reyes.

—Sí, también lo sé.

—Y ahora mismo hay dos sombras sueltas por la isla.

¿Confío en los príncipes fae? Siempre me escucharon, incluso antes de que los desterraran. Fui aliado de la corte fae una vez. Éramos un frente unido contra los piratas que desembarcaban en nuestras costas para robar lo que nos habíamos ganado. Pero luego Campanilla se volvió contra mí, y el rey fae fue tras ella. Tilly siempre ha fingido ser una aliada, y algunas veces hasta la creí. Claramente fui un idiota.

Los príncipes desean volver a casa y recuperar sus alas. Pero ¿están lo bastante desesperados como para volverse contra mí? No creo que sean unos traidores, pero ya me han engañado antes. Su propia madre, a quien quise como a una hermana, a quien le di todo… Y no fue suficiente.

*Un problema a la vez.*
Ojalá fueran menos.



# 9

## Winnie

Cuando vuelvo a la realidad, el aire fresco de la noche me eriza el vello fino de la sien. Me balanceo y las cuerdas crujen. A mi derecha, muy cerca, está el océano. Tan cerca que la humedad del rocío me cubre la piel desnuda y el sabor salado me roza la lengua.

—¿Estás con nosotros, Darling?

La voz de Kas retumba detrás de mí, y tardo un segundo en darme cuenta de que estamos en las hamacas de tela junto a la orilla y Kas está debajo de mí, aferrándome contra él.

Es cálido, sólido, real. Sube la mano y me acaricia, deslizando los dedos por mi pelo.

—Estoy aquí —murmuro, con la voz aún débil por el sueño.

¿Estaba durmiendo? No lo recuerdo, pero las últimas horas se entremezclan y desdibujan. Un dolor sordo en el pie me recuerda lo que pasó: Vane. El corte. Los gemelos dándome una ilusión para aliviar el dolor mientras Pan me cosía la herida.

—¿Por qué estamos en las hamacas? —pregunto mientras nos balanceamos.

—El aire fresco te vendrá bien —dice Bash desde la segunda hamaca—. En la casa nos estábamos asfixiando. Aquí hace más fresco.

Tal vez demasiado. Si no fuera porque Kas me está abrazando, ya tendría la piel de gallina. Tengo las piernas heladas, así que me recoloco y las enredo con las suyas. Lleva pantalones cortos, como siempre, y su calor me llega rápido, calmándome al instante.

Aquí, en sus brazos, me siento feliz. Plena.

—¿Pan y Vane? —pregunto, alzando la mirada hacia la luna.

—Pan ha ido a ver cómo está Vane —responde Bash—. Seguro que están bien.

Me viene a la cabeza la imagen de Vane dominándome, agarrándome del cuello, y siento todos los músculos de mis muslos tensarse. El pie me duele por el corte, pero la garganta me duele aún más. Seguro que tengo moratones.

Vane quería ceder a sus deseos; lo vi en sus profundos ojos negros.

Entonces, ¿por qué no lo hizo? ¿Y me alegro de que no lo hiciera o me siento decepcionada? Debería alegrarme. Tengo que alegrarme. ¿Verdad?

—¿Cómo te encuentras, Darling? —pregunta Kas, haciéndome cosquillas en el brazo.

Me estremezco bajo su toque.

La sensación que tengo ahora me recuerda a esas primeras mañanas de invierno, cuando el mundo está oscuro y frío, pero tú estás sentada junto a la chimenea, con una taza de chocolate en la mano y una manta sobre los hombros. Solo lo he vivido una vez, y es el recuerdo más vivo que conservo, porque dolía de lo bien que me hacía sentir.

—Estoy bien —respondo.

—Vane no debería haberte atacado así —dice Bash.

—No pasa nada. De verdad.

Kas suspira en mi pelo.

—No, sí que pasa.

Empiezo a notar las diferencias entre los chicos. Pan y Vane se parecen mucho: ambos son despiadados, implacables y tan crueles que hacen que te castañeen los dientes. Los gemelos son más compasivos, pero deliberadamente diabólicos, porque disfrutan de ello. Todos me atraen por motivos distintos y de diferentes maneras.

Y sí, incluso Vane. Incluso el Tenebroso, con toda su brutalidad.

Cuando por fin los tenga a todos para mí, sé que será algo que no olvidaré pronto.

Más allá de nuestra pequeña arboleda, oigo pasos que crujen sobre las ramitas del camino. Los gemelos parecen no preocuparse, así que yo tampoco.

Unos segundos después aparece Cherry.

—Hola —dice.

—¿Qué quieres? —pregunta Bash.

—Hace tiempo que no os veo. ¿Va todo bien?

Debajo de mí, Kas se tensa.

¿Está buscando información? En realidad no sé nada de la historia de Cherry, pero me pica la curiosidad. Tengo la impresión de que ninguno de ellos la quiere aquí, pero tampoco pueden deshacerse de ella… aunque no se molesten en cuidar a nadie de su entorno. ¿Por qué será?

—Antes he oído a Pan gritar —continúa—. Y luego he visto todo ese cristal roto. ¿Qué ha pasado?

—Pan ha perdido su… —empiezo, pero Bash me interrumpe.

—Ha perdido la cabeza. Ya sabes cómo se pone.

Cherry cruza los brazos sobre el pecho y me mira. Intento no parecer que sé más de lo que debería.

—¿Winnie?

—Yo solo me paseo de aquí para allá —murmuro.

Kas me rodea el bíceps con una mano y me da un apretón, en señal de agradecimiento. Así que no quieren que sepa ningún detalle de lo ocurrido.

—¿Dónde está Vane? —pregunta entonces, bajando la voz.

Bash levanta la mano y apunta hacia el cielo. Cherry da varios pasos hacia la playa y se detiene, mirando las nubes.

—¿Qué está…? —Y entonces lo veo, una silueta oscura que surca las nubes—. ¿Es Vane?

Me desenredo de Kas y la hamaca se tambalea.

—Dios —dice Kas, poniendo los pies rápidamente sobre la arena para estabilizarnos—. La próxima vez avísame, Darling.

—Lo siento.

Salgo de la hamaca y corro hacia la playa, colocándome al lado de Cherry.

—Es increíble, ¿verdad? —dice, sin apartar la vista de la figura que atraviesa el cielo.

—¿Es él de verdad? —pregunto.

—Mmm. Él, además de los príncipes fae, es de los pocos en esta isla que puede volar.

Me tiene fascinada: su vuelo ágil, cómo se zambulle, gira y desaparece entre una nube enorme y esponjosa… para reaparecer al otro lado.

—Cuando está enfadado, vuela —explica Cherry, con orgullo en la voz.

Sabe algo que yo no y le encanta restregármelo.

—Si yo pudiera volar, buscaría cualquier excusa para hacerlo.

Los gemelos se unen a nosotras en la playa y se colocan uno a cada lado. También observan a Vane, pero en los ojos de Bash hay otra cosa: *celos*.

Una vez tuvieron alas, como las de su hermana. No sé cómo las perdieron, pero sé que pagaron un precio por ello.

Ninguno de los dos lleva camiseta y sus tatuajes rectilíneos destacan sobre la oscura piel. Me echo hacia atrás para inspeccionar sus hombros: no hay rastro de alas, ni cicatrices, ni muñones. Nada que indique que alguna vez volaron como Vane.

Varias gaviotas gritan desde la orilla, pero nuestra atención sigue fija en él.

Pasa volando frente a la luna llena y luego se da la vuelta. De pronto, su cuerpo queda inerte y empieza a caer en picado.

—Eh —digo, dando un paso adelante—. ¿Eso es normal? ¿Debería estar haciendo eso?

Cae con los brazos y las piernas estirados, cada vez más rápido.

—¿Kas? ¿Bash? ¿No deberíamos hacer algo?

Kas me pasa el brazo por los hombros y me atrae hacia él.

—Tú solo mira, Darling.

El corazón se me acelera mientras veo a Vane caer y caer; el suelo parece dispuesto a tragárselo.

Contengo la respiración.

¿Qué cojones está haciendo? Si se estampa contra el suelo, se…

En el último segundo, gira en el aire y remonta como un cohete.

Suelto el aire de golpe.

—Puto estúpido.

—Sabía que estábamos mirando —dice Cherry con voz cantarina —. Solo estaba presumiendo.

Bash resopla.

—Tal vez para ti. El Tenebroso no me la pone dura.

Miro a Cherry, que está a mi lado, y es imposible ignorar el brillo en sus ojos. Tiene las manos pegadas al pecho mientras sigue cada movimiento de Vane. De repente me invade la envidia. Ella lo ha tenido. Yo, no.

Vane vuelve a lanzarse hacia el suelo, pero esta vez se nota que tiene el control. Aterriza con un ruido apenas audible, a unos diez metros de nosotros. Camina por la playa como una silueta oscura. Cherry está embobada.

Cuando Vane aparece a la luz de la luna, con las mejillas sonrojadas y el pelo despeinado por el viento, está más *sexy* que nunca. Tal vez sea porque parece relajado, incluso feliz. Pero luego abre la boca.

—¿Qué coño estáis mirando?

—Como si no lo supieras —dice Bash, girándose para volver a la hamaca.

—Ha sido increíble. —Cherry da saltitos—. Totalmente increíble.

Vane se pasa una mano por el pelo, echándoselo hacia atrás.

—Tengo un encargo para ti, Cherry.

—¡Vale! Claro. ¿Qué es?

Pasa por delante de nosotros sin ni siquiera mirarme y siento cómo se me cae el alma a los pies.

—Necesito hablar con tu hermano y quiero que tú estés conmigo.

Cherry se encoge, incómoda.

—La verdad es que preferiría no…

—No era una sugerencia —dice por encima del hombro—. Nos vamos en quince minutos.

—Espera… —Me acerco a Cherry—. ¿Quién es tu hermano?

Toda su emoción se ha desvanecido de su rostro al ver a Vane alejarse colina arriba hacia la casa.

—Garfio —me dice con voz mordaz—. El Capitán James Garfio.



# 10

## Cherry

No quiero regresar al lado de la isla de James, pero tampoco voy a desaprovechar la oportunidad de tener a Vane para mí sola. Me ha dado quince minutos para prepararme, así que voy a invertir cada segundo en asegurarme de que estoy guapa y seductora.

Cuando mi hermano me entregó a Pan y los Niños Perdidos, lloré durante días en la diminuta habitación donde me metieron, al final de uno de esos pasillos de la planta principal, muy, muy lejos del ático. De eso hace ya varios años, pero parece una eternidad. Como si siempre hubiera estado aquí, en la casa de Pan, la única chica entre los Niños Perdidos. Bueno… hasta que llegó Winnie.

No odio a esta Darling como pensaba que lo haría, pero tampoco me gusta. Todos los chicos se pelean por tenerla y no estoy segura de por qué: sus tetas no son tan grandes como las mías y está demasiado delgada. Eso sí, es simpática, se lo reconozco.

Simplemente no quiero competir con ella por Vane. Me he pasado los últimos años intentando llamar su atención; he hecho de todo menos postrarme a sus pies y venerar el suelo por el que camina. Y lo habría hecho si me lo hubiera permitido.

Pero luego… por fin cayó en la tentación.

Me estremezco al recordarlo. No me importa tener lo peor de Vane si eso significa que puedo tener cualquier parte de él.

El cuerpo aún me duele por cómo… me embistió. Es la única manera de decirlo, aunque suene inapropiado. Todavía tengo las piernas doloridas y la piel salpicada de moratones, que llevo con

orgullo, por supuesto. Tengo las marcas de sus manos grabadas en la piel. Winnie Darling, en cambio, solo tiene un moratón en el cuello de cuando lo hizo enfadar.

En mi habitación, me pongo mi mejor vestido, uno que compré con mi propio dinero en una tienda de ropa en Darlington: color añil profundo, escote pronunciado y falda plisada. Miro mi reflejo en el espejo sobre la cómoda y me aliso el pelo. ¿Cómo le gusta a Vane que lo lleve, recogido o suelto? Supongo que, si lo llevo recogido, podrá ver mejor mi cuello y estaría más que encantada de que me estrangule. El coño se me contrae al pensarlo.

Antes de salir, decido quitarme las bragas. Quién sabe cómo se sentirá Vane cuando nos vayamos de la casa de mi hermano; si Garfio no ha cambiado, conseguirá cabrearlo, y Vane necesitará gastar algo de esa energía.

Y yo estaré encantada de ayudarlo.

Vane guarda silencio mientras salimos de la casa a pie. Seguimos por el camino hasta la ciudad y bordeamos el perímetro, manteniéndonos alejados del bullicio de Darlington; si se deja ver, todos lo adularán, así que es más inteligente tomar senderos menos transitados.

—¿Por qué vamos a visitar a mi hermano? —me atrevo a preguntar al fin.

Sus piernas largas avanzan más rápido que las mías y tengo que acelerar para mantenerme a su lado.

—Pan necesita permiso para entrar en su territorio.

—¿Por qué?

—¿Por qué haces tantas preguntas?

—Solo han sido dos.

—Dos son demasiadas.

Seguimos caminando.

Las ranas croan en la tierra pantanosa a la izquierda del camino y la luz de la luna brilla sobre el agua salobre. Esta parte de Nunca Jamás huele mal, como a cerillas quemadas y flores enmohecidas.

Vane enciende un cigarro, y el aroma del tabaco disimula un poco el hedor.

—Así que… ¿Winnie va a quedarse en la isla un tiempo? —pregunto.

Vane suelta el humo.

—Y yo qué coño sé.

—¿Tú quieres que se quede?

Se detiene de golpe, y yo me resbalo sobre la grava al girarme bruscamente para volver a su lado.

—Cherry, escúchame con atención.

Asiento, intentando concentrarme, pero mirarlo es tan agradable que me resulta imposible pensar en otra cosa que no sea su boca sobre mí.

—Cherry. —Chasquea los dedos.

—Estoy escuchando.

—En este viaje no quiero hablar. No abras la boca. Ni una puta palabra. ¿Puedes hacerlo?

—Mmm… —No suena muy divertido—. Ni siquiera…

—Ni. Una. Palabra.

—Pero…

—Me cago en la puta —refunfuña, poniéndose otra vez por delante.

Lo sigo.

—¿Vane? —No responde—. ¿Vane? —vuelvo a decir.

—¿Qué? —espeta.

—¿Te gusta?

Por favor, di que no. Por favor, di que no.

Me mira, furioso, y yo me estremezco bajo su resplandeciente ojo negro.

—Cherry.

—¿Sí?

—Cállate la puta boca.



# 11

## Capitán James Garfio

La letra de la reina de los fae se inclina elegantemente sobre el arrugado papel de pergamino. Las palabras me dejan un gusto en la boca, sin saber si amargo o agradable.

*Unámonos contra Peter Pan.*
*Tal y como teníamos planeado.*

Esta simple sugerencia me hierve la sangre. En otro tiempo deberíamos haber unido fuerzas y librarnos de Peter Pan. Evocar la imagen del rey de Nunca Jamás hace que me arda el muñón. Cada vez que pienso en él, un temblor de rabia me recorre el cuerpo.

Vuelvo a centrar mi atención en la carta para distraerme y froto el grueso papel entre el pulgar y el índice. Es de buena calidad: firme y suave. El papel dice mucho de un hombre, igual que su letra, su ropa, su postura, su dicción… Supongo que todo en él habla tanto como sus palabras. Y lo mismo ocurre con una reina fae.

*Y si regresara a la isla, puedo ayudarte a defenderte del Cocodrilo.*

Si odio a Peter Pan, lo que siento por el Cocodrilo es diez veces peor. No estoy seguro de que exista una palabra capaz de describirlo. A veces, tumbado en la cama, lo veo en mi mente: las líneas duras de su cuerpo, los dientes afilados…

El aire frío llena la habitación, y no sé si es la brisa marina o mi propia rabia tomando forma.

Doblo la carta, la dejo cuidadosamente junto a la pluma y me acerco a la ventana. Contemplo la bahía, donde el Jolly Roger está amarrado; la luz de la luna ilumina sus mástiles y los hace brillar contra el cielo nocturno. El barco de un hombre y cómo lo amarra dice más que cualquier carta, y el mío proclama que soy alguien que merece respeto, incluso en una isla llena de magia y de hipócritas malnacidos.

Incluso…

En algún lugar, más allá de mi estudio, oigo el tictac de un reloj. Es patético cómo mi corazón se encoge y el estómago se me revuelve. Patético que solo ese sonido despierte en mí la imagen de una bestia y de su lengua lamiendo mi sangre.

Salgo de la habitación, recorro el pasillo y entro al salón. Mis hombres beben y hacen el imbécil. Hace meses que no salimos a la mar y se nota: están borrachos, alborotados y sucios. Varios juegan al póquer, las fichas esparcidas sobre la pegajosa mesa.

El tictac me retumba en la cabeza; juro sentirlo hasta en los huesos. Veo un reloj de bolsillo entre el montón de apuestas sobre el tapete verde y me dirijo hacia él. Algunos hombres se dan cuenta y se callan. El tictac se hace más fuerte; el ojo me tiembla y no es la mano lo que duele… es el garfio.

Cuando llego a la mesa, los jugadores alzan la mirada hacia mí y parpadean.

—Hola, mi capitán —dice el hombre a mi izquierda—. ¿Quiere unirse a la partida? Podríamos…

Echo el brazo hacia atrás y golpeo el reloj con el garfio; el cristal estalla y la pieza queda hecha añicos bajo la fuerza del golpe. El metal curvado atraviesa la mesa, y tengo que tirar varias veces para liberarlo, sacándolo con el reloj clavado en la púa.

Miro a los hombres sentados alrededor de la mesa.

—¡Esto es inaceptable! ¡Inaceptable!

—Lo siento, mi capitán. No pensamos que…

—Dije que nada de relojes. Ni uno. ¿Es que no sabéis qué significa «ni uno», idiotas? Cero. Un puto cero.

Me inclino hasta que mi cara queda sobre la suya y él retrocede. Apesta a cerveza ale barata y tabaco rancio. Le faltan varios dientes, y al ver los huecos en su boca me dan ganas de estamparle la puta cabeza contra la mesa.

¿Es que estos hombres no saben cuidarse?

—La próxima vez —le advierto, alzando el garfio con el reloj destrozado—, esto será tu puto ojo. ¿Lo entiendes?

—Sí, mi capitán. Lo siento, mi capitán.

—Jas. —Smee me pone una mano en el brazo—. Tenemos que hablar.

Me hierve la sangre y siento el calor subirme a la cara. Tal vez reclame su ojo ahora. Así les enseñaría a todos una puta lección.

—¡Jas!

Me giro hacia Smee.

—¿Qué?

—Tengo que hablar contigo. Ahora.

Me arranca el reloj de bolsillo del garfio y me empuja hacia el estudio.

No es hasta que estamos dentro y con la puerta cerrada que frunce el ceño.

—Esto es inaceptable —dice, repitiendo mi expresión favorita.

—¡Dije que nada de putos relojes, Smee!

Cruza los brazos sobre el pecho. Smee una vez fue Samira, hasta que Cherry, con cinco años, no supo pronunciarlo y el nombre quedó reducido a Smee. Y así se quedó.

Camina hacia mí; sus largas trenzas gruesas se deslizan pesadamente sobre su hombro.

—¿Por qué estás tan gruñón?

—No estoy gruñón, joder.

La línea de sus cejas se frunce sobre sus ojos marrones.

—Estás gritando e insultando. Eso es estar gruñón.

Suspiro y me dejo caer en la butaca de cuero tras el escritorio.

—La reina fae me ha escrito.

—¿Y?

—Algo ocurre. Puedo sentirlo. Me ofrece una alianza…

—Cherry está aquí.

La miro.

—*¿Qué?*

—Por eso quería hablar contigo. Claramente no es ninguna coincidencia, ahora que sé lo de la carta.

—¿Qué quiere Cherry?

Me he atrevido a cruzar la frontera dos veces para ver cómo estaba mi hermana, y ambas me arrepentí.

—Por lo visto, está en la puerta con el Tenebroso. Preguntan por ti.

—¿Y con qué motivo?

—No lo han dicho.

Tengo ganas de vomitar. No quiero ver a Cherry, y menos aún verla con el Tenebroso. He oído los rumores. A veces me arrepiento de haberla entregado; otras, me acuerdo de que me era poco útil… y sigue siéndolo.

Siempre había estado loca por Pan y los Niños Perdidos, y con el tiempo me habría acabado traicionando. Mi hermana pequeña es encantadora y amable, hasta que deja de serlo. Por eso, cuando Peter Pan capturó a Smee en una de sus interminables guerras, negocié intercambiarlas. Smee siempre ha tenido más valor que Cherry.

De algún modo, que Cherry quedara como rehén de Pan ayudó a sellar la paz. Nunca pondría en peligro la vida de mi hermana, y por eso la batalla terminó. En su mayor parte, claro. Hace apenas unos días, Pan mató a dos de mis hombres porque cruzaron la frontera.

En efecto, esto es inaceptable.

—¿Qué quieres hacer? —pregunta Smee.

Me rasco la rasposa barba mientras pienso. Presiento que algo se acerca, y quiero saber qué es.

—Hazles pasar —digo.

Varios moratones salpican la piel de mi hermana, y verlo me pone enfermo.

«¿Qué te han hecho?», quiero preguntarle, pero no estoy seguro de que me contestara.

¿Cómo podría exigirle algo ahora si se suponía que yo iba a protegerla?

Puede que tenga moratones, pero los ojos le brillan mientras está al lado del Tenebroso.

En Nunca Jamás nadie envejece; sin embargo, de alguna manera, Cherry parece mayor. Tiene el pelo grueso y rojizo como nuestra madre. Los dos heredamos sus pecas, pero ella las tiene más marcadas, mientras que las mías se han apagado con el sol.

Durante años he imaginado este momento, repasando en mi cabeza lo que le diría cuando por fin tuviéramos la oportunidad de hablar, pero ahora que está frente a mí, no encuentro palabras de consuelo que ofrecerle. La entregué al enemigo. Y aunque en nuestro mundo es una práctica habitual, nunca me sentó bien. Incluso si, a día de hoy, sigo creyendo que fue la decisión correcta.

—Sentaos —les digo cuando entran en mi estudio—. ¿Puedo ofreceros algo de beber?

—No —responde Vane, mientras toma la butaca de cuero frente a mi escritorio.

Cherry lo sigue y se sienta a su lado. Se me eriza la piel.

—Muy bien —digo, acomodándome—. ¿A qué debo el placer?

—Parece que hemos perdido a uno de nuestros Niños Perdidos —dice Vane—. Pan quiere tu permiso para entrar en tu territorio y buscarlo.

Mentira.

Me inclino hacia delante y apoyo un codo sobre el escritorio, dejando que mi garfio cobre protagonismo. Vane no le presta atención. Cherry, en cambio, no aparta la mirada de la puntiaguda púa.

Ella solo era una niña cuando el Cocodrilo me arrancó la mano. Es posible que recuerde los gritos. La sangre.

Trago con fuerza la bilis que me sube por la garganta. Odio ver mi propia sangre.

—Supongo que un Niño Perdido es propenso a perderse —digo.

—En efecto —responde Vane.

No me gusta tratar con el Tenebroso, incluso menos que con Pan. Cuanto antes pueda echarlo de mi casa, mejor. Su cara me despierta algo familiar… Un recuerdo que preferiría olvidar.

—Supongamos que dejo que Pan cruce la frontera —digo—. ¿Qué obtengo a cambio?

Vane ni siquiera se toma un segundo para pensarlo; él y Pan ya tenían preparada esta petición.

—Te devolveremos a tu hermana.

Cherry gira la cabeza hacia él de golpe y se queda boquiabierta.

¿No lo sabía? ¿Y por qué parece que quiera gritar?

Puede que me odie por haberla abandonado, pero estoy seguro de que, si tuviera la oportunidad, querría volver a casa.

Juro oír rechinar sus dientes.

Vane no reacciona.

—¿Y ya está? —pregunto—. ¿No hay más condiciones?

—No.

—¿Y si no quiero volver? —espeta Cherry.

Vane gira la cabeza hacia ella, lenta y deliberadamente.

—Tú no tienes voz en esto.

—Pero…

Cuando el Tenebroso le lanza una oscura mirada, ella cierra la boca al instante.

No la culpo. Yo también lo haría.

—Tengo que atender algunos asuntos —digo—. Le daré a Pan permiso para entrar en mi territorio dentro de dos noches. Démosle al Niño Perdido tiempo para que aparezca por su cuenta. ¿Qué opinas?

La sonrisa de Vane es tensa, más siniestra que la mía, y me eriza el vello de la nuca.

—Está bien —responde—. Dentro de dos noches.

Se levanta de la silla y se dirige a la puerta, chasqueando los dedos hacia Cherry al salir.

—¿Y mi hermana? —pregunto.

Cherry apenas me mira.

Vane echa un vistazo por encima del hombro.

—Pan te la traerá dentro de tres noches.

Cherry frunce el ceño aún más. No estoy seguro de que pueda convencerla de quedarse, pero lo intentaré con todas mis fuerzas.

—Muy bien.

Cuando se han ido, abro el último cajón de mi escritorio y saco mi botella de ron caribeño. También hay dos vasos; los coloco sobre la mesa, seguro de que Smee no tardará en aparecer.

Llega unos minutos después de que nos haya servido un vaso a cada uno.

—¿Y bien? —dice, tomando el vaso de ron.

—Creo que Peter Pan ha encontrado su sombra —respondo.

Smee enarca una ceja.

—Y creo que está aquí, en mi lado de la isla.

Smee se sienta en la butaca que Vane acaba de dejar vacía, estira sus largas piernas y las cruza por los tobillos.

—Eso explica la carta de la reina fae.

La señalo con el dedo.

—Exactamente.

Bebemos en silencio mientras repaso mis opciones. Cuando vacío el vaso, me pongo en movimiento.

—¿Tienes un plan? —pregunta Smee, siguiéndome de vuelta al salón.

—Sí. —Me planto frente a mis hombres—. En pie.

Smee se coloca a mi lado. Su piel oscura contrasta con el blanco cremoso de su camisa abotonada. Se ha quitado el chaleco de jacquard y lleva las mangas remangadas hasta los codos. Huele a lavanda y jabón de sebo. Le ruge el estómago; Smee podría comer todo el día y seguir hambrienta. No sé dónde lo mete todo. Siempre ha sido delgada y ágil.

—¿Qué estás haciendo? —me susurra.

—Caballeros, necesito que rastreéis mi territorio. Empezad por la frontera y seguid hasta la bahía.

—¿Qué estamos buscando? —pregunta uno de los hombres corpulentos.

—Excelente pregunta. —Coloco las manos a la espalda y camino hacia la barra—. Buscamos una sombra. —Giro sobre los talones y los miro—. La sombra de Peter Pan, para ser exactos.

Les ofrezco a los hombres una recompensa de veinte peniques si encuentran la sombra y, cuando hay dinero sobre la mesa, se atropellan entre ellos por ser el primero en salir por la puerta. Smee y yo observamos, desde las ventanas de cristal emplomado, cómo corren por la calle hacia la frontera.

—¿Qué estás haciendo, Jas? —pregunta Smee.

—Si consigo la sombra de Peter Pan, no tendré que preocuparme ni por el Cocodrilo ni por la reina fae. Dos pájaros de un tiro.

—¿Y qué pasará con Cherry si reclamas la sombra antes de que te la devuelvan?

La miro.

—Si consigo la sombra, no habrá nada que Peter Pan pueda hacer para detenerme.



# 12

## Winnie

Ya bien entrada la noche, los gemelos deciden salir a correr, algo que, por lo visto, hacen muy a menudo. Vane y Cherry han vuelto de su misión, pero él está de mal humor… y Cherry también, aunque sus enfados son tan distintos como el chocolate y un volcán.

Decido que es mejor dejarlos solos y deambular por los pasillos de la casa en busca de algo con lo que entretenerme. Pan tiene que andar por aquí.

Encuentro unas escaleras justo tras la entrada de su tumba y percibo un sonido proveniente de arriba, como si alguien estuviera revolviendo cosas. Subo. Cuando llego arriba, me encuentro a Peter Pan abriendo los cajones de un gran armario. Está de espaldas a mí, pero estoy completamente segura de que sabe que estoy aquí.

—¿Qué estás buscando? —pregunto.

—Algo que atraiga mi sombra hasta mí. —Busca dentro de otro cajón—. Necesito un ronzal o, si no, me pasaré toda la vida persiguiendo esa maldita cosa.

—¿Y ese ronzal está aquí?

—No estoy seguro. Es posible.

Cierra el cajón de golpe y abre otro.

La habitación está en lo alto de la torre y tiene una gran ventana circular, igual que la de la biblioteca. Esta, sin embargo, ocupa toda la altura de la pared y, cuando me acerco, siento como si mirara a través de un portal hacia otro mundo.

El océano está pintado con pinceladas plateadas de luz de luna. Hacia el norte se alza el escarpado acantilado de la Roca de los Abandonados y, desde aquí, puedo distinguir algunos de los resplandecientes remolinos de la laguna turquesa.

Otro cajón se cierra de golpe y me sobresalto.

—¿Vane está bien? —pregunto.

Miro por encima del hombro y veo que Pan me encara.

—¿La verdad? No estoy seguro.

Camina hacia una mesita auxiliar junto a un sillón orejero y abre el único cajón que tiene.

—¿He hecho algo mal? —insisto, bordeando la habitación—. Dime cómo debería comportarme con Vane.

Siempre me he enorgullecido de saber leer a la gente, pero Vane es la excepción y me frustra más de lo que debería.

Pan interrumpe su búsqueda.

—No creo que haya una manera correcta de comportarse con Vane.

Y vuelve a rebuscar.

—¿Siempre ha sido así?

—¿Despiadado? ¿Gruñón? Sí.

—¿Él es así por naturaleza o por la sombra?

—No lo sé. No lo conocía antes de que la reclamara.

—¿Y no es de esta isla?

—No.

Se dirige a un escritorio alto encajado bajo unas estanterías y saca una caja metálica. Varios papeles y baratijas caen al suelo, pero no parece ser lo que busca.

—¿De dónde viene?

—De otra isla.

—Sí, pero ¿de cuál? Cherry dijo que había siete.

—Cherry habla demasiado.

Saca un libro de la estantería, lo agarra por el lomo y lo sacude.

Pienso en cuando Vane me habló de su isla, en cómo rompen a chicas como yo solo por el placer de verlas quebrarse.

«Y estoy hasta los huevos», había dicho.

La forma en que me abrazó aquella noche… Solo recordarlo hace que todo mi cuerpo tiemble y el estómago se me llene de mariposas. No sé cómo volver a ese Vane; no parece el mismo que me dejó la garganta magullada y me acorraló contra la pared. Aunque tampoco me molesta que sea rudo conmigo.

Pero ¿hasta dónde va a llegar su sombra? ¿Dónde está el límite y qué pasará si lo cruza?

Pan lanza un libro al suelo y coge otro.

—¿Pan?

—¿Sí, Darling?

—¿Vane se está acostando con Cherry? —Intento mantener la voz ligera, pero los celos me la tiñen.

Deja de buscar su misterioso objeto mágico y me mira.

—La Sombra de la muerte necesita cazar algo, necesita ahogar su energía. Si no lo hace, empezará a matar.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Lo hacía —dice—. No estoy seguro de si sigue haciéndolo.

—Me reafirmo: no quiero compartir a ninguno de vosotros.

—No estoy seguro de que esa condición pueda aplicar a Vane.

Agarra un tercer libro, lo sacude y lo tira.

—¿Cómo llego hasta él?

Tira otro libro, y luego otro más.

—Pan…

Por fin se detiene.

—¿Quieres saber cómo llegar hasta el Tenebroso? Deja de intentarlo.

Reanuda su búsqueda.

No sé si Pan lo sabe o no, pero tengo la sensación de que acaba de darme el código secreto para acercarme a Vane. Ahora todo cobra sentido. Por supuesto que alguien como Vane odia que se esfuercen demasiado para llegar hasta él, y yo básicamente me he estado lanzando. Cherry ha hecho lo mismo, y Vane apenas la soporta.

Dios, he sido tan estúpida. A partir de ahora voy a ser fría con él. Tanto que acabará quemándose.

Pan coge un grueso libro encuadernado en cuero, lo hojea y se detiene en seco.

—¿Lo has encontrado? —pregunto, con una ligera curiosidad por saber qué busca.

Se acerca al escritorio y deja el libro abierto, revelando que han recortado las páginas para dejarlo hueco por dentro.

—No recuerdo haber puesto esto aquí, pero últimamente estoy muy olvidadizo.

En el escondite hay una caracola negra y lisa.

—¿Es eso?

—Así es.

Saca la caracola, cuyo cuerpo está enroscado sobre sí misma como una bola.

—No parece que tenga nada de especial.

—Es de la laguna.

—¿Oh?

—Tu madre me la dio.

Frunzo el ceño.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es que tenía una caracola mágica?

Me coge la mano, la abre y me la coloca en el hueco de la palma. Está más cálida de lo que esperaba, y sujetarla me provoca un cosquilleo en la piel.

—¿Cuántos años tenía tu madre cuando te tuvo? —pregunta.

Por su tono, no parece curiosidad: suena más a pregunta retórica.

—Diecinueve —respondo.

Asiente.

—¿Recuerdas cuando te dije que la llevé a la laguna después de que Tilly se metiera en su cabeza? ¿Que estaba dolorida y esperaba que la laguna la ayudara a calmarse?

Por supuesto que me acuerdo. Fue la primera vez que pensé que Peter Pan podía tener corazón.

—Sí —respondo.

—La llevé porque estaba preocupada.

—¿Por qué?

—Por el bebé que llevaba en el vientre. Por *ti*.



# 13

## Peter Pan

No fue hasta después del primer encuentro de Merry con la reina fae que admitió que estaba embarazada.

—Por favor, salva a mi bebé. No quiero morir aquí —había dicho, aferrándose a mí y sollozando.

Siempre había habido algo en Merry que nos hacía actuar de manera diferente. Desde el primer momento en que llegó a la isla había sido como una hermana pequeña. Odiábamos verla sufrir. Especialmente yo.

Se había metido en las aguas de la laguna y flotaba de espaldas sobre la superficie turquesa mientras remolinos de luz llenaban el aire a su alrededor.

—¿Mejor? —le había gritado.

—Mucho —había dicho ella.

Se había quedado ahí durante horas. Yo me había sentado en la orilla, observándola bajo aquella luz, preguntándome si estaba totalmente equivocado, si había llegado la hora de abandonar mi búsqueda.

Cuando Merry había salido del agua, llevaba una caracola en la mano.

—¿De dónde la has sacado? —había preguntado yo.

A pesar de los esfuerzos de varios hombres, la laguna nunca entregaba sus tesoros. Prueba de ello eran los piratas muertos que yacían en lo profundo del agua: hombres que se habían lanzado a la laguna para intentar llevarse lo que no se habían ganado.

Merry se había mirado la mano y fruncido el ceño.

—No lo sé. A lo mejor… *oh*. —Su mirada se había fijado en un punto lejano, como si oyera algo que escapaba a mi comprensión—. Tesoro —había dicho—. Para ti.

Y luego me la había dado y, en cuanto toqué la caracola, supe de inmediato que era mágica. Y ahora, dieciocho años más tarde, el oscuro objeto descansa sobre la mano de Darling.

—Mi madre… ¿estaba embarazada en la isla? —pregunta.

Me dejo caer en el sillón, sintiéndome agotado de repente. El sol se alza, demasiado rápido para mi gusto.

—En efecto, lo estaba —respondo.

—Nunca me lo había contado.

Frente a mí hay un sillón a juego, y Darling se sienta en el borde.

—Eso… de alguna manera significa que… ya he estado aquí antes.

—Supongo que tienes razón.

Tal vez ese sea el motivo por el que, cuando la tengo en mis brazos, siento que estoy en casa. Pero nunca se lo diré. Ni a ella ni a nadie. No tengo debilidades, y menos con pequeñas y bonitas Darling.

—Cuando llegué a la isla por primera vez, me resultó familiar de inmediato. ¿Es posible?

—Todo es posible en Nunca Jamás.

Vuelve a fijar su atención en la caracola y la examina de cerca.

—Parece que esté zumbando.

Que pueda sentir la magia de la caracola es preocupante, aunque no sorprendente.

—¿De verdad crees que esto te ayudará a recuperar tu sombra? —pregunta.

—Si yo soy el corazón latiente de esta isla, entonces la laguna es su alma —le digo—. No recuerdo nada de mi vida antes de llegar aquí. Mi primer recuerdo es de la laguna. Y sé con certeza que siempre que escupe algo, está lleno de magia. Así que sí, lo creo. —Me empieza a picar la piel—. Necesito ir bajo tierra, Darling.

—Ah, cierto.

Se levanta y me devuelve la caracola. No lleva sujetador y sus pezones se marcan como piedrecitas bajo la tela. La tenue luz dorada del farol detrás de ella baña su piel en oro.

La agarro de la muñeca y la siento sobre mi regazo. Deja escapar un gritito.

—Ven a la cama conmigo —le digo.

Se contonea encima de mí y mi polla despierta.

—Pídemelo bien.

Un gruñido me nace en el pecho. La agarro por la nuca y llevo su oreja hasta mi boca.

—Ven a la cama conmigo, mi pequeña zorra Darling, para que pueda meterte la polla en tu húmedo coño y hacerte rogar clemencia.

Exhala entre los húmedos labios y aprieta los muslos.

Subo la otra mano por su pierna desnuda, avanzo por el muslo y siento cómo su respiración se entrecorta. Emite un suave sonido, casi un hipo, y mis dedos se detienen a escasos centímetros de su coño. Puedo sentir su calor.

—¿Y si no estoy cansada? —me desafía.

Qué traviesa.

—Podríamos empezar con un baño. —Me acerco más a su centro y ella separa los muslos—. Después de todo, estás muy sucia.

Se ríe.

—Estoy llena de semen de Peter Pan.

—Mmm. Tal y como me gustas.

Y es cierto. Joder si lo es. La quiero llena de mi semen cada puto día.

El sol se acerca al horizonte, pero ya no tengo prisa.

Llevo mis dedos hasta sus bragas y avanzo sigilosamente por el tejido empapado. Ella jadea y se agita contra mí, pero aún mantengo la otra mano en su nuca. No va a irse a ninguna parte. Aún no.

—Ven a la cama conmigo —vuelvo a decirle—. Di que sí, Darling.

Me deslizo sobre su clítoris y hago la suficiente presión como para hacerla retorcerse.

—Vale.

Es todo lo que necesito oír.

La levanto y hago que ponga los pies en el suelo.

—Deprisa, Darling.

Sale corriendo delante de mí y empieza a bajar las escaleras.

Puede que el sol esté alzándose, pero si me mantengo en la oscuridad, puedo aguantar una hora más o incluso dos despierto. El tiempo suficiente para hacer que Darling grite mi nombre.



# 14

## Winnie

Tal y como ha prometido, Pan está preparando un baño mientras yo recorro su habitación en círculos.

Este espacio está hecho para él.

Las paredes están pintadas de un verde esmeralda oscuro que me recuerdan al del bosque de Nunca Jamás. La enorme cama con dosel está cubierta por una colcha de lino de color gris carbón que, al tacto, resulta ridículamente lujosa.

En una esquina hay un sillón, una mesa y una lámpara. Sobre la cómoda descansan varias baratijas: una pequeña hada tallada en madera flotante, un fósil y el delicado esqueleto de una hoja atrapada en un tarro de cristal.

Mientras el agua va llenando la bañera, examino los libros apilados por todo el perímetro de la habitación. Algunos están completamente lisos y sospecho que son diarios. De repente me invade la necesidad de abrir uno y leer los pensamientos más profundos y oscuros de Peter Pan.

Pero no lo hago. No me atrevo.

Entre los diarios hay libros viejos encuadernados en cuero, con los lomos que parecen costillas. *Un mundo feliz*, *El señor de las moscas*, *Crimen y castigo*, incluso *Orgullo y prejuicio*.

Me encanta que Vane y él lean tanto.

—Ven aquí, Darling —me llama desde el baño cuando el grifo ya se ha cerrado.

Cruzo la habitación y asomo la cabeza por la rendija de la puerta. El baño de Pan es grande y está tallado en piedra. Varios faroles forjados en hierro cuelgan de la pared, titilando con su luz. Pan está de pie, desnudo, junto a la ancha y profunda bañera, envuelto en vapor.

Jesucristo de mi vida.

Tiene la polla bien empalmada, con los huevos tensos contra su cuerpo. Al respirar, se le contraen los abdominales, acentuando las profundas líneas entre cada músculo.

Ya ha metido la mano en el agua y se ha pasado los dedos por el pelo, de tal forma que ahora parece aún más travieso. Hace dos minutos sentía la necesidad de hurgar en sus libros; ahora, siento la abrumadora urgencia de pasar mis manos por su cuerpo desnudo.

Se acerca a mí y su polla se presiona contra mi vientre. Siento un hormigueo en el coño ante la cruda obscenidad de la situación.

—Los brazos arriba —ordena, y obedezco.

Me levanta el vestido y, tan pronto como mis pechos quedan al aire, los pezones se me endurecen. Sus ojos azules brillan mientras me recorre con la mirada y un escalofrío me sube lentamente por la columna.

—Fuera —dice.

Solo me queda una prenda, así que no hace falta que diga más. Engancho los dedos en la cinturilla de mis bragas, me las bajo y me las quito.

Me tiende la mano y, cuando la cojo, me ayuda a pasar el borde de la bañera. El agua está caliente y huele como Pan: a noches de verano y secretos oscuros. Nada más entrar, una punzada aguda de dolor me atraviesa el corte del pie, pero desaparece enseguida.

Pan se mete por el otro lado y el agua sube, envolviendo su cuerpo. Apoya los brazos en las rodillas; las gotas resbalan por su bíceps, siguiendo la curva del músculo.

No creo que nunca sacie mi sed de Peter Pan.

Se inclina hacia mí, me agarra de la muñeca y me atrae hacia él con suavidad. Se me escapa un suspiro mientras me acomoda de espaldas contra su pecho, encajándome entre sus piernas. Su

dureza presiona contra mí y el hormigueo en el clítoris se vuelve insoportable.

—¿Te bañas con todas las chicas de la isla? —digo bromeando.

De pronto, la excitación y el nerviosismo me golpean al mismo tiempo.

Sé cómo conseguir lo que quiero de los hombres, pero Peter Pan no es cualquier hombre. No es como nadie que haya conocido. Es un espejismo al que persigo sin cesar, y estoy aterrorizada tanto por alcanzarlo como por no lograrlo nunca.

Bajo la superficie del agua, me rodea la cintura con los brazos.

—Solo con las sucias. —Su voz en mi oído suena áspera, irregular.

Desliza las manos hacia arriba, su pulgar rozando la zona más sensible bajo mi pecho.

A pesar del calor del agua, mis pezones siguen duros, desesperados por su toque.

Su otra mano avanza en dirección opuesta y se detiene al llegar a la parte interior de mi muslo. Respiro, excitada. Sus dedos avanzan con sigilo y me estremezco, ansiosa.

Abandona mi pecho y me quejo por la pérdida, pero luego me rodea el cuello con una mano y me obliga a alzar la barbilla.

—¿Te ha gustado que esta noche te utilizaran, Darling?

—Sí. Tal vez más de lo que debería —respondo con un jadeo.

—Quiero que seas nuestra buena chica y que tomes nuestras pollas cuando nosotros queramos.

Mi clítoris palpita con el peso de sus palabras.

—Puedo hacerlo.

—¿Puedes?

—Sí.

—Te quiero siempre llena de nuestro semen, como una buena zorrita. ¿Lo entiendes, Darling?

Me aprieta el cuello con más fuerza y se me escapa un gemido.

—Sí.

—Esa es mi buena chica.

Termina la tortura e introduce los dedos en mi hendidura. Gimo y me sacudo, pero él me sujeta con firmeza. El clítoris me palpita y, sin entender cómo, me ha llevado casi al límite sin apenas tocarme.

—Pan —susurro, con la respiración entrecortada.

—¿Sí, Darling?

—Fóllame.

Sin previo aviso, me gira en el agua y me alza sobre la piedra que rodea la bañera. Un escalofrío me recorre al sentir el frío repentino en el culo.

Estira un brazo hacia atrás y me estremezco. Cuando lo retira, tiene un paño en la mano. Lo moja, lo impregna de jabón y lleva la suave tela hasta mi pecho. El jabón se desliza por mi pezón.

El corazón me late con fuerza en la garganta y trago saliva.

—¿Estás sucia, Darling? —me pregunta.

Me apoyo sobre los codos, echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos.

—Sí.

Se dirige hacia el otro pecho, lo provoca con el roce y luego lo pellizca con los dedos, arrancándome un gemido de dolor.

Las piernas me tiemblan. Estoy más que preparada para que me tome.

¿Cuándo va a terminar esta tortura?

El paño desciende entre mis pechos hasta la parte plana de mi vientre.

—Abre las piernas para mí —ordena, y obedezco.

Estruja el paño en la mano y el agua enjabonada resbala sobre mi coño.

—Oh, Dios —murmuro, mirando al techo.

Un cosquilleo se extiende por todo mi cuerpo y temo correrme ante el mínimo contacto.

—Cuando estés bajo mis órdenes, yo seré tu dios —dice.

El paño acaricia mi clítoris y el placer florece en mi interior.

—Sí. Pan. Joder.

Me roza levemente con la tela en mi entrada y luego desliza el paño hasta mi clítoris. Es como el roce de una pluma, pero basta para hacerme temblar y suplicar por más.

Alzo la mano sin pensarlo, desesperada por liberarme, pero me la aparta.

—No tienes permitido tocar —dice.

El agua chapotea cuando se alza sobre las rodillas. Abro los ojos y observo cómo músculo y tendones se tensan en sus hombros mientras se mueve hacia mí.

Al emerger del agua, su polla está dura como una piedra.

Se inclina hacia delante y me levanta las piernas, apoyando la parte trasera contra su pecho. Su polla se desliza por mi húmeda hendidura, el glande contra mi clítoris. Se mueve hacia delante y hacia atrás varias veces; su calor, su roce, me enloquece.

—No pares —gimo.

—Como si pudieras decirme lo que tengo que hacer.

Pasa un brazo por mis muslos, cerrándolos contra él y creado la fricción perfecta entre nosotros.

Vuelve a moverse; la sangre me hierve y una llama se prende en mi centro.

—Por favor, Pan. Por favor, no pares.

Acelera el ritmo, follándome el clítoris.

La tensión crece.

El sudor le brilla en la frente y el agua le resbala por el cuerpo.

—Estás tan mojada, Darling —dice.

—Sí —jadeo, apretando aún más los muslos, atrapándolo contra mi clítoris.

—¿Dónde quieres que me corra?

—¿Puedo escoger?

—Solo esta vez.

—Dentro de mí.

Suelta una carcajada.

—Respuesta incorrecta.

Embiste más fuerte, más rápido. Lo quiero dentro, pero sé que no me lo dará. Con Pan, todo es un baile entre lo que deseo y lo que él está dispuesto a darme. Y cada maldita parte de ese baile me encanta.

—Estoy cerca —confieso, porque no quiero correrme sola.

—Aún no —responde, la voz rota por el esfuerzo.

La presión aumenta y todo mi cuerpo se tensa, pero Pan me mantiene atrapada, marcando el ritmo.

—Oh, joder. Sí —gimo—. Así. —Cada segundo está más duro y puedo sentir cada rugosidad contra mi piel húmeda—. No puedo aguantar más.

—Mírame, Darling —ordena—. Quiero ver tu cara cuando te corras sobre mi polla.

Jadeo con fuerza y abro los ojos para él.

Cuando me embiste, su mirada arde con un hambre voraz.

—Venga —ordena—. Córrete para mí.

Ni aunque lo intentara podría aguantar un segundo más. La ola me arrasa y grito, con los músculos y los nervios palpitando.

Instintivamente quiero encogerme, hacerme un ovillo, pero Pan me sujeta con fuerza mientras persigue su propio placer, apretando los dientes en un gemido gutural.

El fuego me recorre los nervios y tiemblo bajo él mientras se corre, derramando su ardiente semilla sobre mi clítoris y dejándola descender por mi cuerpo. Cuando se desploma a un lado y mi temblor cede, finalmente se aparta y me contempla. Tengo las piernas abiertas para el rey.

—Mi sucia zorrita Darling —susurra con voz ronca, recuperando el aliento—. Justo como me gustas.



# 15

## Kas

A Bash y a mí nos gusta correr por el perímetro del territorio de Pan. Lo hacemos casi a diario e, inevitablemente, cuando bordeamos el territorio fae, bajamos el ritmo y lo observamos. Desde nuestro camino favorito no podemos ver el palacio, pero lo sentimos a través del bosque.

Hoy nos detenemos, jadeando, con el sudor resbalándonos por la espalda. El día empieza a alzarse en el cielo y los animales nocturnos del bosque de Nunca Jamás se han ido a dormir. Todos excepto nosotros.

—Tengo que preguntarte algo —dice Bash, con las manos en las caderas.

Se pasea de un lado a otro por el sendero que une la parte de la isla de Pan con la de nuestra hermana.

—Te escucho —respondo, echándome hacia delante para recogerme el pelo con una goma.

Algunos días pienso en cortármelo como mi gemelo para que podamos volver a ser idénticos. Él se lo cortó tan pronto nos desterraron.

—Si nuestra familia ya no me quiere, quiero deshacerme de esa costumbre —había dicho.

Para la familia real, el pelo largo es un símbolo de varias cosas: fuerza, virilidad, poder, estatus. Pero para nuestra Nani, era el símbolo infinito de la isla y de la tierra, como la hierba dulce que crece en el palacio.

—Tocamos la hierba —me había dicho Nani cuando era niño, mientras pasaba los dedos por las cabezas emplumadas de los tallos en flor—, y ella recuerda. Si la cortamos, olvidará quiénes somos, y no queremos que la isla olvide. —Se había girado hacia mí y me había dado una palmadita en la cabeza—. Lo mismo ocurre con nuestro cabello. Es una manifestación física de nuestros recuerdos y experiencias. Si nos lo tocamos con los dedos, recordaremos quiénes somos.

Murió cuando Bash y yo solo teníamos siete años. A veces me pregunto cómo habría sido nuestra vida si ella hubiera vivido más tiempo.

Por supuesto, Nani también odiaba a nuestra madre. Si Pan no hubiera matado a Campanilla, tal vez con el tiempo Nani lo habría hecho. A ella no le había gustado que nuestro padre se casara con una fae común.

—Cuando nuestra hermana vino al ático —dice Bash ahora—, ¿tuviste la sensación de que estaba tramando algo? No la parte en la que intentó despedazar el cerebro de nuestra Darling, sino otra cosa. Algo más.

Me enderezo y el sudor me corre por la frente. Me lo limpio con el dorso de la mano.

—Es posible —admito—. Parecía demasiado ansiosa por meter sus garras en la cabeza de la Darling.

—Es precisamente eso. —Bash sigue con las manos en las caderas mientras da vueltas en círculo, pensativo—. ¿Cuánto quieres apostar a que ya sabe que la sombra de Pan ha regresado a la isla?

—Solo apuesto cuando sé que voy a ganar.

Bash asiente.

Últimamente he estado pensando mucho en nuestra hermana: en sus mentiras y en nuestras verdades. ¿Sabe por qué Bash y yo matamos a nuestro padre? ¿Podrá perdonarnos algún día y dejarnos regresar a casa?

Es difícil no aferrarme a la esperanza de que algún día cambie de opinión. La esperanza es lo que me mantiene a flote, y he estado demasiado tiempo en el agua, dejando que el mar me ralentice. No puedo abandonar la esperanza. No lo haré.

Pero Darling ha hecho que las cosas cambien.

Para empezar, nuestra hermana iba a despedazar su mente tal y como hizo con Merry. Sabía lo que hacía y lo hizo de todas maneras. Y, por último, si abandonamos a Peter Pan y la casa del árbol, también tendríamos que abandonar a la Darling. Pan nunca permitiría que nos la lleváramos.

Ese pensamiento me tensa los hombros y me revuelve el estómago.

Más allá de eso… Hace mucho que no siento a Tilly como mi hermana y no sé cómo lidiar con ese sentimiento. Cuando la miro, es como mirar a una extraña. ¿Es porque nosotros hemos cambiado y ella no? ¿Porque nos hemos convertido en algo tenebroso e indefendible? ¿O es por la distancia que nos separa? Si regresáramos a casa, ¿esta sensación cambiaría? ¿La cercanía traería de nuevo la familiaridad y todo volvería a estar bien?

Me detengo al inicio del camino que lleva a casa. El sendero está muy descuidado; no hay mucha gente que viaje entre el territorio de Pan y el de Tilly. No desde que él mató a Campanilla y nos desterraron.

—Tengo una idea —digo.

—¿Buena o mala? —pregunta mi gemelo.

—Quizá las dos.

—Esas son mis favoritas. ¿Qué es?

—Vayamos a visitar a nuestra querida hermana.

Bash enarca una ceja.

—No estoy de acuerdo contigo, hermano. Es, simple y llanamente, una mala idea. Pero me gusta.

Caminamos hacia el palacio con el sudor aún deslizándose por la espalda y empapando nuestras camisetas. Tal vez, si hubiéramos querido romper las normas y volver a mostrar nuestras caras en el palacio fae, habríamos tenido que prepararnos mejor y vestirnos para la ocasión. Pero supongo que somos quienes somos, sin importar la ropa. Si la hierba recuerda, el palacio también lo hará.

Al final del sendero, el sol ya está alto y el cielo se tiñe de tonos resplandecientes: amarillo, naranja y rosa. Una bandada de pájaros cruza en formación de uve más allá del palacio, y de inmediato echo de menos mis alas. Hace demasiado tiempo que no surco el cielo.

—¿Crees que nos dispararán en cuanto nos vean? —pregunta Bash.

No hay frivolidad en su voz; sé que habla en serio, y a mí tampoco me sorprendería que así fuera.

El camino se abre en la cima de un montículo cubierto de hierba y, al fondo, emerge el palacio.

Bash y yo guardamos silencio mientras lo contemplamos.

Hecho de piedra blanca extraída del subsuelo por un ejército de Brownies, se alza sobre una ladera: la mitad del edificio queda sobre tierra y la otra oculta bajo ella. De sus torres brotan chapiteles en espiral que se elevan hacia el cielo, como la concha retorcida de un caracol marino. La piedra brilla bajo las primeras luces del día, y ver nuestro hogar, el palacio real, me duele a la vista.

—Esto… —Bash se aclara la garganta—. No estaba listo para verlo —termina.

—Yo tampoco —admito.

—Podríamos irnos ahora —dice, con la mirada fija en el palacio —. Nadie lo sabría.

—Nosotros lo sabríamos.

—Supongo que sí. —Echa a caminar hacia delante—. Entonces, cuando entremos, hagámoslo con la cabeza bien alta. Después de todo, somos los príncipes fae, desterrados o no.

Cuando llegamos, no nos disparan.

—Pequeñas victorias, ¿eh? —dice Bash, alzando las cejas hacia mí.

—Que no nos disparen en el culo… ¿Es eso lo que estamos celebrando?

Se ríe mientras nos acercamos a la puerta. Allí nos encontramos con dos guardias portando espadas de batalla cruzadas a la espalda. Están relajados y parecen inmensamente aburridos.

Hasta que nos ven.

—Sus Altezas Reales —dice el más alto, inclinándose en una profunda reverencia—. Es un placer.

—Nos gustaría ver a nuestra hermana —dice Bash—. ¿Seríais tan amables de dejarnos pasar?

Los guardias intercambian una mirada.

—Si necesitáis pedir permiso para cumplir vuestras obligaciones —digo—, entonces id. No tenemos todo el día.

Murmuran, se pisan las palabras y mascullan entre dientes.

—Por supuesto que no, señor. Dejad que os abramos la puerta.

Desbloquean la puerta, la palanca chirría con fuerza. Cada hombre se coloca a un lado y la abren haciendo fuerza. Si recuerdo bien, la puerta fue obra del Brownie al que matamos, el mismo que conspiró contra Peter Pan. Al parecer, era un excelente artesano, pero no valía una mierda para planear una venganza.

Una vez cruzamos la puerta, seguimos el camino adoquinado hasta llegar a unas puertas dobles arqueadas que conducen a la sala de recepción y, más allá, en el subsuelo, se encuentra la sala del trono.

Cuando empujamos las puertas, estas chirrían por las viejas bisagras de hierro. Tal y como recuerdo, los salones están llenos de vida: faes con alas, faes con cuernos y faes con la piel verde, camuflados entre las paredes cubiertas de enredaderas.

Todos nos miran al entrar, y vuelven a mirarnos, incrédulos.

Todo está igual, pero, al mismo tiempo, todo ha cambiado.

Es la primera vez que estamos aquí bajo el reinado de nuestra hermana. Nos desterraron y nos expulsaron del palacio tan solo unas horas después de la muerte de nuestro padre; a la noche siguiente, coronaron a nuestra hermana.

—¿Quién ha entrado en mi palacio y ha provocado este revuelo? —La voz de nuestra hermana retumba por los pasillos.

Bash y yo nos miramos, sorprendidos.

—Son tus preciosos hermanos mayores —responde Bash.

La multitud guarda silencio.

Hay unos cuantos guardias más apostados en la entrada de la sala del trono, pero ellos también parecen débiles y relajados. Están demasiado distraídos por nuestra llegada como para reaccionar a tiempo y desenvainar sus espadas.

¿Qué ha estado haciendo nuestra hermana durante estos últimos años? Ninguno de sus guerreros parece listo para la batalla. Bash y yo nunca hubiéramos permitido que estuvieran tan faltos de entrenamiento. Ni en un millón de lunas.

Tilly se levanta de su trono y camina hacia nosotros. Sus alas brillan bajo los resplandecientes orbes de luz que cuelgan del techo cubierto de enredaderas. Las agita mientras se acerca, como si se burlara de nosotros. Incluso de joven, nuestra hermana era manipuladora y cruel. Al final, aprendió de la mejor: nuestra madre, la reina de la crueldad.

—Dejadnos —les dice a los cortesanos, y todos salen volando como moscas.

El salón y la sala del trono quedan vacíos en cuestión de segundos. Tengo que admirar el control que mi hermana ejerce sobre ellos. Puede que sean unos vagos, pero al menos obedecen.

—Venid aquí —dice—, y cerrad la puerta.

Como si estuviéramos obligados a obedecer sus órdenes. Pero Bash y yo estamos aquí por una misión, y quizá sea mejor representar nuestro papel… por ahora.

Entramos en la sala del trono y cerramos las puertas interiores con un fuerte golpe. Es un sonido que me devuelve a mi niñez, cuando Bash y yo nos colábamos en la sala del trono y nos escondíamos bajo las mesas mientras nuestro padre hacía negocios. A veces nos encontraba y nos echaba; otras, pienso que siempre supo que estábamos allí, pero nos dejaba quedarnos.

Tilly va hasta la barra y llena tres cálices con vino feérico, pero no nos los sirve: los deja ahí.

—No deberíais estar aquí.

Bash camina en círculos por la sala del trono, con las manos colgando a los lados, dejando claro que no quiere hacerle daño.

—¿Qué estás tramando, querida hermana?

—¿Qué quieres decir?

—Tu Brownie está muerto —digo, avanzando hacia ella con pasos lentos y decididos.

Ella se tensa y, al apretar la copa con fuerza, los nudillos se le vuelven blancos.

—Me preguntaba a dónde habría ido —dice, fingiendo que no acabamos de abatirla.

Me imagino que, después de desterrarnos, necesitaría amigos. El Brownie era probablemente el único en quien podía confiar. Los fae siguen a sus líderes, hasta que dejan de hacerlo. Basta un paso en falso, una muestra accidental de debilidad, y alguien retará a nuestra hermana en duelo. Me sorprende que aún nadie lo haya hecho: es joven y carece de experiencia en comparación con nuestros antiguos líderes. Y no estaba destinada a reinar. Bash y yo íbamos a compartir el trono; nacimos para él. Ella nació para que la casaran.

—El Brownie nos contó tus planes —miente Bash.

Técnicamente, lo único que el Brownie nos dijo fue que Tilly quería lo mejor para la isla y, cuando lo confrontamos sobre que nuestra querida hermana destruía las mentes de las Darling a propósito, no lo negó.

Tilly nos observa tras el resplandor del cristal de su copa de vino.

Además de cruel, de joven nuestra hermana también era ridículamente competitiva. Más de una vez nos había ganado a Bash y a mí en un juego de huesos y espadas, aunque a veces la dejábamos ganar para que no montara una rabieta. Ahora tiene esa misma expresión, como si estuviera a punto de arrojar el tablero por la sala.

—¿Creéis que no sé lo que estáis haciendo?

Bebe de su copa y luego la deja a un lado. El vino era para nosotros, no para ella. En la corte siempre habíamos tenido fama de juerguistas, así que puede que esperara que nos lo bebiéramos todo y nos relajáramos.

—¿Y qué estamos haciendo? —pregunta Bash con fingida inocencia mientras camina hacia el trono.

Nuestro padre nos había prometido construir un segundo trono para que reináramos juntos, pero, a medida que pasaban los años y este no aparecía, empezamos a preguntarnos si nuestro padre tendría otros planes. Resultó que sí los tenía, aunque es difícil decir cuán en serio se los tomó hasta que nuestra madre murió. Campanilla lo cambió todo.

—Estáis intentando que admita algo. El qué, no lo sé. Sea lo que sea lo que el Brownie os contara, no era cierto —dice Tilly—. Pero si hay algo en particular que queráis, solo tenéis que pedírmelo.

Da unos pasos hacia la izquierda, reduciendo la distancia entre ella y nosotros.

—Queremos recuperar nuestras alas —digo—. Pero eso ya lo sabes.

—No puedo hacerlo. No cuando habéis sido desterrados.

—Podrías anularlo.

Bash sube tres peldaños del estrado y pasa un brazo por el respaldo del trono. Sonríe.

Teniendo en cuenta lo feo que es este, no me molesta demasiado que nunca apareciera un segundo trono. Es enorme, abrumador y fundido en bronce. En el respaldo destaca un sol, cuyos rayos se proyectan en radiante bronce. Si solo fuera eso, habría apreciado más su simplicidad, pero quienquiera que lo diseñara miró al sol y dijo: «Más. Necesito más».

Enroscadas alrededor del sol, también en bronce, se retuercen enredaderas, ardillas, abejas, serpientes, ranas y escarabajos. Los pies del trono imitan las patas de un oso, y los brazos curvados fueron diseñados para semejar las garras de un pájaro. Es demasiado. Al igual que la corte fae: siempre es demasiado.

—No puedo anular vuestro castigo sin más —dice Tilly—. No sin una razón de peso.

Ahhh… Ahí está. El cebo.

Bash y yo cruzamos una mirada. Aquí no podemos usar nuestra lengua fae para hablar en secreto; Tilly también la domina. Pero mi gemelo y yo no siempre necesitamos palabras para comunicarnos.

—No tenemos nada que ofrecerte —digo.

Pero, en realidad, tenemos dos cosas valiosas: dos sombras a la fuga.

Nuestra hermana mataría por hacerse con una. Estoy seguro.

Se gira hacia Bash y su larga trenza resbala por la sedosa espalda de su vestido azul real.

—Habéis venido por un motivo. Si no es para negociar vuestro regreso con algo que yo pueda utilizar, entonces me temo que estáis perdiendo el tiempo.

—El Brownie dijo que querías a Peter Pan muerto —dice Bash.

Se queda helada.

Esto también es mentira: el Brownie no nos dijo tal cosa, pero sabemos que es cierto.

—Mató a nuestra madre —dice Tilly, como si necesitara defenderse—. Perdió su sombra. Hace mucho que Peter Pan debería haberse retirado.

—Y por «retirado» quieres decir… —dejo la frase inacabada.

—Muerto —termina Bash.

Tilly consigue aparentar vergüenza ante esa sugerencia.

—Y si ayudáramos con esta misión —prosigo.

—Entonces tú, nuestra querida hermana… —añade Bash.

—Os devolvería las alas —responde en voz baja.

No hay nada que quiera más que eso. Bueno… tal vez también reclamar mi legítimo puesto al timón de la corte fae. No porque quiera reinar, sino porque nací para ello, y yo me tomo el deber muy en serio. Es como un picor que no puedo rascarme.

Bash se aleja del trono.

—¿Y nuestro destierro?

—Puedo devolveros las alas, pero la corte nunca aceptaría que regresarais…

—Y una mierda —dice Bash.

—¿Al menos sabes por qué matamos a nuestro padre? —pregunto.

Bash me lanza una mirada. Esta pregunta roza lo personal, pero necesito que ella lo sepa. Necesito que entienda por qué tomamos esa decisión.

—Estabais enfadados con él —responde de la manera más vaga posible.

—Por supuesto que estábamos enfadados con él.

Bash arranca una ramita de las enredaderas que crecen en la pared y la anuda entre los dedos.

—Pero ¿por qué estábamos enfadados? —le insisto. Percibo su duda cuando traga.

—Estábamos enfadados —dice Bash—, porque nos contó que había planeado desheredarnos del trono.

Ambos esperamos su reacción. Puede que nuestra hermana sea astuta, pero nunca podrá ocultarse de nosotros. Me sorprende no ver ninguna.

Recurro al siguiente secreto para ponerla a prueba.

—Padre se estaba muriendo, ¿lo sabías?

Se queda boquiabierta. Por fin hemos conseguido sorprenderla.

—Quería vengarse de Peter Pan por matar a Campanilla, así que nadó en la laguna con la esperanza de obtener más poder. Pero, en cambio, salió moribundo.

—Así que se apresuró en trazar un plan —dice Bash—, pero su plan era que sus hijos nunca llegaran al poder.

«Simpatizáis con Peter Pan. No os merecéis reinar», nos había dicho.

—Así que urdió un plan a nuestras espaldas. Quería que la isla se uniera contra Peter Pan y sabía que a él se le acababa el tiempo. Así que ofreció *tu* mano en matrimonio al Capitán Garfio… y Garfio aceptó.

—Iba a venderte como si fueras ganado —dice Bash, con voz entrecortada.

—Y por eso lo matamos: para protegerte y proteger nuestro legítimo lugar en la corte —termino.

Nuestra hermana parpadea. Tiene los labios apretados y siento cómo toda la sangre desaparece de mi rostro.

Tengo todo el cuerpo entumecido, pero, de repente, me cubre un sudor frío.

Ella lo sabía.

Joder, ¿lo sabía?

Bash y yo intercambiamos una mirada y puedo ver mi propia rabia reflejada en sus ojos. Después de matar a nuestro padre, nos aislaron inmediatamente de nuestra hermana y nunca nos dieron la oportunidad de explicarnos. Culpamos a los otros fae nobles que nunca nos soportaron, aquellos que querían a una marioneta en el trono.

Tenía sentido.

Pero a lo mejor Tilly había estado detrás de todo eso.

«Voy a matarla», le digo a mi hermano.

«Te ayudaré», dice él.

Nos lanzamos hacia ella.

—¡Alto! —grita.

Extiende la mano y el suelo bajo nuestros pies se convierte en arenas movedizas.

Me tambaleo. Bash cae de rodillas y clava las manos en la arena. Es una ilusión. Conozco esta magia. Incluso puedo olerla en el aire: suave como madreselva mezclada con tierra, como la de la hierba dulce. Me sorprende lo mucho que me cuesta luchar contra ella.

Nuestra querida hermana se ha hecho más poderosa en nuestra ausencia.

Tily inspira larga y tendidamente.

—Sí, sabía lo que nuestro padre había planeado. —Se lleva las manos a la espalda y sus iridiscentes ojos brillan—. Primero acudió a mí porque sabía que yo haría lo correcto. Ninguno de vosotros teníais la voluntad de hacer los sacrificios que los faes necesitaban. Peter Pan mató a nuestra madre y vosotros apenas parpadeasteis.

—¿No tenía derecho a obtener su venganza? —escupe Bash—. Madre era una zorra con un corazón de hielo que lo traicionó. Di lo que quieras sobre Pan: puede que sea cruel y despiadado, pero nunca te clavará un puñal en la espalda.

Las alas de Tilly se agitan furiosamente y los bordes se tiñen de un carmesí brillante.

—Padre hizo lo correcto al desheredaros. Deshonráis a los fae. No me arrepiento de las decisiones que he tomado. Me habría casado con el Capitán Garfio y nos habríamos unido para derrotar a

Peter Pan.

—¿Y luego qué? ¿La reina fae tendría a un pirata por marido?

—¿No era nuestra madre una fae común? Se hizo un lugar en la corte, tal y como habría hecho Garfio.

Resoplo.

—No me lo trago.

Ella frunce la boca.

—Está bien. Hubiera sido como una espina. Los hombres de Nunca Jamás siempre han sentido que se merecían reinar, incluso cuando no es así. —Vuelve a girarse y sus alas se inmovilizan—. En su día, habría hecho lo que tengo pensado hacer ahora.

—¿Y qué es?

La sonrisa que se curva en sus labios es diabólica.

—Llamar a su mayor miedo para que se encargue de él y así poder reinar Nunca Jamás yo sola.

Nuestra querida hermanita es tan engreída y orgullosa. Ha cambiado mucho bajo el despiadado mundo de la corte fae.

—Sé que puedo hacerlo mejor —añade—. *Lo haré* mejor.

Oigo las palabras que no ha pronunciado.

—Tilly, ¿qué has hecho?

Tiro de las arenas movedizas, pero estas se aferran a mí y me hunden aún más.

—Dos pájaros de un tiro. ¿Recuerdas ese dicho? Solía ser el favorito de Nani.

—Escúpelo, querida hermana —dice Bash, avanzando y poniendo a prueba la fuerza de la arena.

—Hay un hombre que puede encargarse tanto de Garfio como de Peter Pan.

Se me hiela la sangre.

—No —dice Bash—. No me digas que…

—El Cocodrilo —dice ella.

—Mierda.

Tilly sonríe.

—Meterme dentro de la cabeza de las Darling durante todos estos años me ha permitido obtener algo valioso: los secretos de Peter Pan. Ha estado ocultándole algo al Cocodrilo y, cuando lo

descubra, no le hará ninguna gracia. Cuando todo haya terminado, el Cocodrilo habrá devorado tanto a Pan como a Garfio, y yo seré la única que quedará en pie.

Se da la vuelta y nos ofrece la espalda; las alas se pliegan contra ella. El suelo vuelve a ser de piedra y quedamos liberados.

—Sugiero que elijáis un bando —dice, alejándose—. Y si queréis vivir, sugiero que escojáis el mío.



# 16

## Winnie

Me despierto con la presión firme de la polla de Peter Pan en la parte baja de la espalda.

La habitación está a oscuras y en silencio; es imposible saber qué hora es. Todavía aturdida por el sueño pero descansada, sospecho que mi estado tiene algo que ver con el polvo de antes, la excitación, el agua caliente de la bañera y el cuerpo de Peter Pan acurrucado contra el mío cuando nos acostamos.

Mi corazón late satisfecho y feliz, y eso me aterroriza: temo que todo esto vaya a terminar pronto.

¿Cómo puedo aferrarme a esto? ¿Cómo lo hago mío? No quiero romper esta burbuja y volver a casa, a esa vida que no me llenaba ni quería. Si me aferro a esto… si de verdad pudiera…

Me estiro y despierto a Pan. Él empuja sus caderas hacia mí, restregando su polla. Inspira, hunde la nariz en mi nuca y me agarra más fuerte de la cintura.

Pan dice que no está seguro de dónde vino, pero yo a veces me pregunto si es un dios antiguo, porque lo único que quiero es postrarme ante él y adorarlo.

Cada segundo a su lado es un puto milagro.

—¿Estás despierta, Darling? —pregunta, con la voz aún adormilada.

—Más o menos.

Se estira, enredando sus piernas con las mías.

—¿Cómo has dormido?

—Hacía mucho que no dormía tan bien. Cada noche en Nunca Jamás es mejor que la anterior.

Vuelve a inspirar y consume mi aroma, luego me besa el hombro desnudo con cariño y…

Del fondo de su garganta sale un pequeño quejido.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Vane está viniendo.

«Tienes que ser fría. Fría», me recuerdo, aunque el cuerpo me arde de emoción y siento las entrañas tensarse como un muelle.

—Dile que se vaya —respondo.

—Intenta decirle al Tenebroso que se vaya, a ver qué pasa. —Se ríe y me atrae más contra él—. Algún día cambiará de opinión, Darling —me asegura—. Creo que, cuando todo esto termine, regresará a su isla y se deshará de su sombra.

Me giro hacia él.

—¿Que hará qué?

La puerta de la tumba se abre y una luz nebulosa se cuela dentro. Vane palpa la pared hasta dar con el interruptor y la lámpara se enciende. Me cubro los ojos con la mano; la luz me quema.

—¿Por qué no me sorprende encontrar a una puta en tu cama? —dice Vane.

Retiro la mano e intento lanzarle una mirada de odio, pero es imposible mantenerla cuando tiene esa apariencia.

Lleva una camisa negra que, por alguna maldita razón, está casi toda abierta y metida dentro de unos pantalones también negros. El broche metálico de su cinturón se asoma por encima de su ingle y de repente me siento sedienta por desabrocharlo y ver qué puede ofrecerme.

De la boca le cuelga un cigarro, y el humo se enrosca alrededor de su cara. La luz de las escaleras detrás de él lo pinta de oro, pero es su ojo negro y el otro morado, clavados en mí, lo que realmente me afecta.

Trago saliva con fuerza. Sé que él se da cuenta.

—Mejor una puta que no tener a nadie. —Intento igualar su insulto con algo inteligente, pero esto es lo único que me sale.

—Podrías unirte a nosotros —dice Pan detrás de mí, y mi cuerpo se pone rígido en su abrazo.

Aún me duele el cuello por lo de anoche y el terror sigue fresco. Quiero que Vane se rinda, pero a la vez no. Es como decidir si saltar o no de una avioneta: sabes que será una aventura de la que hablarás durante años, pero ¿y si el paracaídas falla? Entonces no se lo podrás contar a nadie, porque estarás en una puta tumba.

—Me conoces, Pan —dice Vane, apoyado de hombros en el marco de la puerta—. No pierdo el tiempo con coños fáciles.

Eso me cabrea.

Hijo de la grandísima puta…

Me levanto de la cama, completamente desnuda. Vane me recorre con la mirada las tetas, luego hasta la uve entre mis piernas, antes de volver a alzar los ojos hacia mí, como si de repente hubiera recordado que me odia.

—Si odias los coños fáciles, ¿entonces por qué te follas a Cherry?

—Porque ella no es tú —responde inmediatamente.

Eso me escuece más de lo que quisiera, y sé que se me nota en la cara, como si me hubieran abofeteado.

Durante un brevísimo instante, juro que la expresión de Vane titubea, como si quisiera retractarse de sus palabras. Pero entonces recuerdo el consejo de Pan: estoy esforzándome demasiado. Necesito relajarme.

—Entendible —digo—. Debería subir y ver si los gemelos han hecho café.

Pongo una rodilla sobre el borde de la cama, dejando mi culo al descubierto a propósito, y me inclino para besar a Pan en los labios. Alargo el beso, arqueo la espalda y separo las piernas, dándole a Vane una vista completa de mí.

Pan me sonríe; sabe perfectamente lo que estoy haciendo.

—Cuidado, Darling —ronronea.

—Por supuesto, mi rey. Seré una buena chica. Por ti.

Oigo a Vane refunfuñar detrás de mí.

Pan me vuelve a besar, es un beso largo y profundo, su lengua buscándome y encontrando la mía. Y así, sin más, de repente estoy mojada. No solo por el beso, sino porque Vane nos está mirando.

¿Por qué no se ha unido a nosotros? ¿Cuándo se rendirá? ¿Y Pan hablaba en serio cuando ha dicho que Vane iba a regresar a su isla para deshacerse de su sombra? Solo de pensarlo, un frío de hielo y ortigas me recorre.

Cuando Pan rompe el beso, estoy un poco mareada; al enderezarme sobre los pies, me tambaleo. Vane me atrapa. Tiene los dientes apretados, la mandíbula contraída y la mirada en mi cuello, donde estoy segura de que aún siguen los moratones que me provocó.

—Dile a los gemelos que te pongan un poco de bálsamo ahí —me ordena—. Ayudará con los moratones.

¿Por qué no puedo respirar con normalidad?

El corazón me retumba en los oídos. Vane sigue sujetándome, tan cerca que puedo sentir el calor de su respiración sobre mi piel. La carne se me eriza y estoy más tensa que un muelle.

¿Cómo puedo ser fría con él cuando actúa así? Soy una flor atrapada en la sombra, desesperada por la luz. Y quizá esa sea la parte más cruel de todo esto: que él pueda comportarse así conmigo e, inmediatamente después, volver a odiarme.

—Vete —dice—. Tengo que hablar con el rey.

Doy una bocanada de aire, asiento rápidamente y recojo mi ropa antes de salir corriendo por las escaleras.

Me encuentro a los gemelos en la cocina; ambos tienen cara de pocos amigos.

Ninguno lleva camiseta. Bash tiene el pelo mojado, como si acabara de ducharse, y a la luz le brilla como una mancha de aceite. Está en la isla central, mezclando ingredientes, mientras Kas se apoya en la encimera detrás de él con una taza de café en la mano.

Al otro lado de las ventanas, la oscuridad ya lo cubre todo; apenas puedo distinguir la extensión del océano.

Supongo que, cuando estás junto a un rey que no puede ver la luz del sol, los días dejan de existir.

—Hola —digo.

Los gemelos apenas han notado mi presencia. Bash vuelca una taza de harina en un cuenco y remueve con brusquedad, levantando una nube blanca en el aire.

—¿Va todo bien? —pregunto.

Kas parpadea, vuelve a la realidad y se gira hacia mí. Sonríe, pero la tensión en su boca se marca incluso entre sus blancos dientes.

—Todo va bien.

Paso por delante de él, tomo la cafetera de émbolo y me sirvo una taza.

Parecen angustiados. Yo también lo estoy después del encuentro con Vane y, de forma instintiva, quiero avivar el ambiente, ponerme de mejor humor.

Dejo el café y me planto frente a Kas. Me mira de arriba abajo, apenas inclinando la cabeza.

—¿Estás seguro de que estáis bien? —pregunto, mientras deslizo la mano hasta sus huevos a través de los pantalones cortos.

Deja escapar un gemido bajo. Detrás de mí, Bash para de remover.

—Tenemos muchas cosas en la cabeza, Darling —dice Kas.

—¿Como qué?

El tintineo de unas campanas llena el aire. Sé lo que significa: los gemelos están hablando en su lengua fae para dejarme al margen a propósito.

Acaricio a Kas y siento cómo se endurece bajo mi mano. Aprieta los dientes, aparta la mirada de su hermano y clava los ojos en mí.

—Ahora no es el momento de hacer esto, Darling.

—¿En serio?

—Darling —dice Bash detrás de mí—. Hemos tenido un día complicado.

¿Por qué de repente todos me rechazan?

Exhalo, molesta, y me acerco a Bash. Le meto una mano en los pantalones, provocando que se sobresalte. Gruñe y deja el cuenco a un lado.

—Muy bien —digo, apretándole la polla—. Supongo que tendré que buscar otro pasatiempo.

Su mirada me quema mientras lo acaricio, y rechina los dientes cuando lo pongo duro en un abrir y cerrar de ojos.

—Seguid con lo vuestro.

Sonrío dulcemente y me voy, con el sonido de las campanas siguiéndome fuera de la habitación.



# 17

## BASH

«¿Vamos a dejar que se libre de esta?», le pregunto a mi hermano.

Vemos cómo la Darling se aleja, satisfecha consigo misma, dejándonos a ambos duros y con ganas de más. Desde que nuestra hermana nos dejó salir del palacio fae, mi hermano y yo hemos estado dándole vueltas a sus amenazas. No hay una solución fácil, y eso me cabrea.

¿A quién le debemos más lealtad? Peter Pan nunca nos traicionaría. Pero podría matarnos si cruzamos la línea. Nuestra hermana nos traicionaría tan rápido como traicionaría a un mozo de cuadra, pero ¿matarnos? No estoy tan seguro. Creo que podríamos hacer las cosas más horribles y aun así nunca nos levantaría la mano.

¿Cuál es peor? No quiero formular la pregunta y definitivamente no quiero contestarla. Quiero olvidarme de todo esto.

Cuando la Darling dobla la esquina, puedo verle el culo. Siempre lleva esos putos vestidos: su coño siempre al alcance; sus tetas moviéndose bajo el suave material; los pezones duros, suplicando el roce de los dientes y la lengua… No me cuesta imaginar sus manos atadas a la espalda, y esa imagen se convierte en un escenario completo en mi cabeza hasta que lo único en lo que puedo pensar es en follar.

«No sé si mi deseo de hacerle entrar en razón es bueno o malo», dice Kas.

«¿Por qué no puede ser ambas cosas?», respondo.

Nos miramos.

«Ve a por la cuerda», dice Kas.

«No me lo tienes ni que decir dos veces».

Kas corre a detenerla y yo voy a nuestra habitación a por una cuerda.

Cuando regreso al ático, mi querido hermano tiene a Darling contra el tronco del Árbol de Nunca Jamás. Ella tiembla, ocupada con los labios de mi gemelo, así que, cuando le agarro la muñeca y le hago un doble nudo, la pillo desprevenida.

Un dulce suspiro le sale de los labios.

Tengo experiencia en hacer nudos y en menos de treinta segundos la tengo atada al árbol por los dos brazos.

Kas y yo damos un paso atrás para admirar mi trabajo. He hecho un nudo de presilla en cada muñeca y se las he atado a las ramas del Árbol de Nunca Jamás. Son unos nudos básicos pero eficaces: fáciles de deshacer, pero imposible soltarse sin ayuda.

—Mira a nuestra Darling —le digo a mi hermano—, amarrada como la traviesa chiquilla que es.

Forcejea contra las cuerdas. No podrá escabullirse. No, a menos que yo quiera.

Se pone de puntillas y el vestido se le desliza muslos arriba. Me acerco a ella. A mi lado, es diminuta, y esa fragilidad me revuelve las entrañas.

—¿Qué creías que pasaría, Darling? No puedes tocarnos la polla y luego esfumarte.

La sangre se le acumula en las mejillas.

—Tal vez quería acabar aquí desde el principio.

Me río. En verdad la creo. Y voy a hacer que se arrepienta.

Deja de forcejar con las cuerdas.

—Bueno, me tenéis cautiva, príncipes fae. Ahora, ¿qué planeáis hacer conmigo?

—¿Qué crees, hermano? —digo por encima del hombro.

Kas se coloca a mi lado con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Creo que tenemos que alargar la lección.

—Mmm. ¿Y qué tenías pensado?

Siento un oscuro y malicioso fuego ardiéndome en el pecho. Quiero ver a la Darling suplicar; quiero que gima, que se retuerza, que pierda la puta cabeza, igual que yo la pierdo cada vez que entra en la puta habitación.

Quiero que me distraiga de mi propio corazón afligido.

—Nos está ofreciendo su cuerpo —dice Kas, observando cómo el rostro de la Darling se enciende más y más—. Así que hagamos que se corra tanto que duela.

La polla me golpea contra los pantalones. No puedo esperar a estar dentro de ella. Pero cuanto antes entre en ese coño, antes me correré.

—Me gusta.

Me acerco y le paso un dedo por la mejilla. Ella suelta un jadeo de excitación.

—¿Cuántas veces crees que podemos hacer que se corra? ¿Tres? ¿Cinco? ¿Diez?

—Solo hay una manera de descubrirlo —dice Kas—. ¿Estás lista, Darling? Cuando terminemos contigo, estarás suplicando que paremos.



# 18

## Winnie

Atada al Árbol de Nunca Jamás, no puedo evitar sentirme como un insecto que se ha acercado demasiado a una telaraña.

Bash sabe perfectamente lo que hace con las cuerdas: ni forcejear, ni tirar, ni retorcerme sirve de nada. No voy a moverme de aquí en un rato, y los príncipes fae lo saben. Me rodean, y un hormigueo me prende en el clítoris.

Van a hacer que esto valga tanto la pena.

—¿Qué crees, hermano? —dice Bash, saliendo de mi campo de visión—. ¿Deberíamos darle una palabra de seguridad?

Kas arrastra un nudillo por mi mejilla.

—Que se corra una vez para nosotros y luego podrá tener la palabra que quiera.

Se inclina y me besa, apenas rozándome la comisura de la boca. Giro la cabeza para atraparlo, pero ya se ha apartado.

Bash apoya las manos en el dobladillo de mi vestido y lo levanta. Chasquea la lengua.

—Creo que no deberíamos permitirte llevar ropa interior.

—Estoy de acuerdo —dice Kas, y me la quita de un tirón.

—Tal vez no deberíamos permitirte llevar nada de ropa.

Bash deja caer la falda y desliza la mano delicadamente por la curva de mi cintura hasta mi pecho. Se aprieta contra mi culo, dejándome claro que la tiene dura.

—No puedo ir por ahí desnuda —digo.

—¿Por qué no? —me ronronea al oído—. Así podríamos admirarte a todas horas; día y noche. Haciendo que estés mojada siempre que queramos, sin nada entre nosotros. —Me frota el pezón hasta que se endurece.

La mano de Kas recorre mi muslo y se detiene peligrosamente cerca del hueco entre mis piernas.

Respiro hondo, ansiosa.

—¿Qué tan rápido podemos hacer que se corra? —dice Bash.

Kas sonríe y juguetea con mi clítoris con sus dedos hábiles. Me hundo en las cuerdas, desesperada por más.

—Tan solo unos minutos.

—¿Quieres tener el honor? —pregunta Bash.

—Con mucho gusto.

Kas cubre mi sexo con su gran mano. La sensación enciende mi clítoris y yo, instintivamente, me froto contra él.

—Esta es mi chica —dice Kas, con voz baja y gutural.

Extiende los dedos, los mueve, y la presión se agolpa en mi clítoris mientras Bash, por detrás, me pellizca un pezón.

Gimo para ellos.

Kas me introduce un dedo y presiona mi clítoris con la palma.

—Córrete sola —ordena.

—¿Q-qué?

—Restriégate contra mí —dice—. Y córrete sola. Hazlo ahora, Darling.

Cuando Kas me da órdenes, quiero obedecer. Quiero complacerlo. Porque sus órdenes son tan escasas que cada una me asfixia de deseo.

Tardo en encontrar el punto de apoyo y equilibrio, pero, cuando lo hago, giro las caderas y encuentro el ángulo ideal para frotarme contra su mano. Él me ayuda siguiendo mi ritmo, apretando la palma en el momento exacto, de la manera exacta.

—¿Oyes lo mojada que está, hermano? —dice Kas.

—Joder si lo hago.

La mano izquierda de Bash sube a mi garganta; con la otra, me aprieta un pecho y juega con mi pezón.

No tardo en llegar al precipicio. Me contoneo con fuerza contra la mano de Kas y el agarre de Bash en mi cuello se intensifica.

—Cada vez está más y más mojada —dice Kas.

Jadeo con fuerza, moviéndome rápidamente contra Kas, muy cerca del clímax.

—Vamos, Darling —dice Kas—. Toma lo que te has ganado como una buena zorrita.

Añade su grueso dedo corazón a mi hendidura y me llena, mientras sigue frotando la palma contra mí. Mis movimientos se vuelven más frenéticos y mi respiración se acelera.

—Joder, Darling —me susurra Bash al oído—. No puedo esperar a llenarte yo también. Voy a follarte el culo y abrirte con mi polla.

Gimo de sorpresa y su mano me aprieta aún más la garganta.

—Y luego mi hermano irá a por tu coño…

—Por fin —dice Kas.

—Y estarás llena de polla fae.

—Pero primero… —Kas me muerde el labio inferior—. Primero tienes que correrte para nosotros.

Me muevo contra su palma. Bash me pellizca el pezón con dos dedos y me arranca un grito de dolor. Kas frota mi clítoris y me arrastra hasta el orgasmo.

Me dejo caer sobre su mano y él se hunde aún más en mí. Me aferra con rapidez contra su pecho cuando las cuerdas crujen y las ataduras me muerden las muñecas. El orgasmo me inunda y un ardor recorre cada nervio de mi cuerpo. El placer nos empapa a mí y a Kas.

—Hostia puta. Joder, está tan apretada.

—A nuestra pequeña Darling le gusta que la utilicen. —Bash me inclina hacia un lado, acercando la boca a mi oreja—. ¿Lo oyes, Darling?

Kas me saca los dedos y luego los vuelve a meter, provocando un ruido húmedo.

—Este es el sonido de tu derrota.

Me dejan atada, pero se alejan para admirarme. Siento las piernas

débiles, aunque sigo palpitando por el orgasmo. Joder, cómo me gusta cuando los gemelos se ponen en plan perverso. Cuando no me están follando o jugando conmigo, son alegres y amables, pero se les da de maravilla ser retorcidos y depravados.

—¿Cuál debería ser su palabra de seguridad?

Bash cruza la habitación hacia la barra. Solo quedan tres botellas. Destapa una y sirve ron especiado en dos vasos, llenándolos hasta dos dedos.

—¿Tienes alguna preferencia, Darling? —pregunta Kas.

Está apoyado en el respaldo de un sillón de cuero, los brazos cruzados sobre el pecho. Varios oscuros mechones de pelo se han escapado de su moño, dándole un aire desaliñado y salvaje. Cada músculo parece más tenso hoy, como si no hubiera comido lo suficiente en las últimas veinticuatro horas, o como si algo lo preocupara.

Sea lo que sea, yo estoy disfrutando de las consecuencias.

El aire alrededor de ellos prácticamente…

—Crepitar —suelto.

Bash le pasa un vaso de ron a Kas y se pone a mi lado.

—¿Crepitar? De acuerdo.

—Crepitar, entonces. —Kas bebe un largo trago, vaciando la mitad, y luego se acerca a mí—. Bebe.

Me acerca el vaso a los labios y lo inclina lentamente. El alcohol me inunda la boca con un dulzor suave y me quema la garganta al tragarlo.

—¿Estás lista para volver a correrte? —me pregunta, sus ojos ámbar están hambrientos.

—No creo que pueda.

—¿Dudas de mí?

Aspiro su aroma, como una noche de verano fría y lluviosa en la playa: el olor a arena, el aire salado, el perfume embriagador de la oscuridad y el romper de las olas, con esa bruma que me salpica en la piel. Lo conozco desde hace poco, pero siento que podría enamorarme de él sin remedio.

Kas me acaricia la mandíbula y me alza el rostro.

—¿Darling? ¿Dudas de mí? —pregunta, y algo suave se desliza entre mis piernas.

Bajo la mirada; varias enredaderas se enroscan lentamente por mis pantorrillas. Un gemido ahogado intenta escaparse, pero él me obliga a mirarlo mientras los tallos avanzan hasta mi coño.

No sé si esto es real o una de sus astutas ilusiones, pero se siente tan auténtico que me estremezco cuando un zarcillo se restriega contra mi sexo.

Oh, Dios.

Vuelvo a arder, hambrienta de más.

—No —digo con un jadeo—. No dudo de ti.

—Bien.

Retrocede y se coloca junto a su hermano.

Las enredaderas me recorren entera: un tallo grueso asciende por mi húmedo centro y se enrosca en mi cintura, arrancándome cosquilleos a cada movimiento, mientras otros se cuelan bajo mi vestido para pellizcarme los pezones y apretar mis pechos.

En cuestión de segundos jadeo y tiemblo; los gemelos me observan, inmóviles.

—Oh, joder. —Gimo cuando una enredadera fría y rugosa me penetra—. Por Dios.

Cada nervio de mi cuerpo arde. Mis rodillas ceden y me dejo caer contra las cuerdas mientras el tallo me folla con fuerza y otros acarician mi excitado clítoris, hasta que la sobrecarga sensorial me roba cualquier control.

El orgasmo me sacude entera; echo la cabeza atrás y cierro los ojos. Las cuerdas crujen y el Árbol de Nunca Jamás se agita con mis espasmos y mi lucha por retener el dominio. Cuando el placer se desvanece, apenas logro mantenerme en pie, temblando tanto que los dientes me castañean.

Kas se acerca a mí.

—No —digo—. Por favor. No puedo más.

La mirada le arde.

—Sí, sí que puedes.

Bash se termina su vaso de un trago y lo deja golpeando la mesa con fuerza.

—No puedo. —Estoy empapada en mis propios jugos, con el clítoris latiendo como un cable de alta tensión—. No más.

—Afloja las cuerdas —dice Bash—. Hagamos que se siente en mi cara.

—¿Qué? No. No, no.

Me cago en la puta.

¿Uso la palabra de seguridad? ¿Quiero usarla?

Me excita llegar al límite con ellos, cruzarlo, sentir el filo del dolor mezclado con la caricia del placer. Pero ya no sé cuánto puedo soportar. Nunca he estado con hombres como los gemelos: no solo son despiadados, sino que rozar la perversión al dar placer es casi un arte para ellos. Jamás, en un millón de años, habría pensado que estaría suplicando no tener otro orgasmo.

Juntos, aflojan las cuerdas que me atan al árbol y, tan débil como estoy, caigo de rodillas al suelo. En cuanto me tienen en la posición que buscaban, vuelven a ajustarlas.

Kas se aparta y Bash se sienta en el suelo, frente a mí, dándome la espalda. Los tatuajes se tensan sobre su piel y me sonríe por encima del hombro.

—Levántate, Darling.

A regañadientes, reúno lo poco que me queda de fuerza en las piernas y me alzo lo justo para que pueda tumbarse entre ellas.

Respira hondo.

—Joder, hueles tan dulce, Darling.

Las cuerdas rechinan mientras mis muslos tiemblan. Me acomodo justo sobre su boca; siento el calor de su respiración en mi coño empapado. Me sube la falda y la amontona en mi cintura, dejándome expuesta, y pasa los brazos por encima de mis muslos, allí donde se encuentran con mis caderas.

—Para que mi hermano pueda mirar —dice Bash antes de devorarme.



# 19

## Kas

Darling se agita contra las cuerdas, retorciéndose mientras mi hermano la toma con la boca. Ver cómo el placer y el dolor se entrelazan en su rostro es un espectáculo que quiero grabarme en la memoria.

Dios, es una fantasía hecha realidad.

No quiero dejarla ir.

No puedo dejarla ir.

Es una arena movediza en la que estaría encantado de ahogarme; no hay escapatoria, y tampoco la deseo.

*Tira de mí, Darling.*

Cuando se corre por tercera vez, sé que está en el límite del dolor. Puedo imaginar su clítoris ardiendo, tan sensible que hasta el roce debe dolerle. Pero mi hermano y yo siempre cumplimos lo que prometemos. Y esta vez dijimos que la obligaríamos a correrse una y otra vez, y así ha sido. Descubro que verla quebrarse de placer es un regalo que no sabía que anhelaba.

Bash se aparta de entre sus piernas, con la boca y el rostro cubiertos de sus jugos; se los limpia con la lengua mientras ella respira agitadamente, el sudor perlándole la piel. Yo estoy tan duro como una piedra, listo para follarla y tomarlo todo.

Ella tiene la oportunidad de detenernos, pero espero que no lo haga.

Apenas reacciona cuando volvemos a tensar las cuerdas y la ponemos en pie. Los párpados le pesan, el cuerpo le tiembla y cede bajo su propio peso. Me planto frente a ella; sus pestañas aletean

contra las mejillas en un parpadeo lento, como si luchara por no cerrar los ojos.

—Darling —susurro, levantándole la barbilla. Ella abre los ojos de golpe—. ¿Sigues con nosotros?

Asiente con firmeza.

—Estoy aquí.

—Uno más —le digo.

—No —dice en un quejido.

—Sí.

Saca la lengua y se humedece los labios. Tiene su palabra de seguridad, pero no la pronuncia, y a la parte más depravada de mí le aterra que lo haga.

*No la digas, Darling. Escóndela tras los dientes.*

Bash se escupe en la mano y se agarra la polla. El coño de Darling está mojado para mí; no voy a necesitar ayuda.

«¿Listo?», pregunta Bash.

«Joder, ya ves».

Le rodea la cintura con un brazo y yo la sujeto por los muslos, alzándolos para encajarlos a los lados de mi cuerpo, quedando alineado con ella. Aún no he tenido su coño, y no hay nada que desee más.

Bash la penetra por el culo y ella gime fuerte, cerrando los ojos. No sé si alguna vez la han follado así, pero después de hoy, no será la última.

Lo dejo asentarse primero, porque cuando por fin esté dentro de su coño, no pienso ser amable.

—¿Cómo se siente? —pregunto a mi gemelo.

—La hostia de estrecha, hermano. *Muy* estrecha. —Sus ojos se ponen en blanco mientras la alza y retira su polla, para luego volver a meterla lentamente.

—¿Darling? —la llamo, y ella abre los ojos otra vez. A veces, cuando utilizamos magia de ilusión, un mortal puede perderse en ella; necesito saber que sigue aquí—. Uno más —repito.

Asiente, y mi hermano vuelve a llenarla.

—Fóllame, Kas. Quiero que te corras dentro de mí.

No voy a decirle que no a mi Darling.

Me hundo en ella de una sola embestida, y cuando se aprieta contra mí mientras la follamos los dos —duro, rápido e incansable—, la verdad me golpea como un puñal: la escogería antes que a Tilly y que a la corte fae.

Escogería a Darling antes que a mis propias alas, porque con ella ya estoy volando.

Ella es mía, y yo soy suyo.



# 20

## Winnie

Los gemelos me follan con tanta fuerza que los dientes me repiquetean. Si no fuera por las cuerdas, creo que saldría disparada hacia el techo.

Las enredaderas regresan, envolviendo mis muslos y rozando mi clítoris mientras los hermanos me llenan con sus pollas fae.

—Nos corremos juntos —dice Kas, con la respiración agitada—. ¿Me oyes, Darling?

Mi clítoris está tan sensible que el dolor se mezcla con el placer, pero asiento porque no puedo negárselo. No lo haré. Esta vez el placer llega lentamente, y está claro que los hermanos quieren arrancarme este orgasmo aunque sea lo último que hagan.

—Córrete para nosotros, Darling —me susurra Bash al oído, con su voz ronca y rasposa—. Una última vez.

—Oh, Dios —jadeo, intentando llenar mis pulmones—. Joder. *Sí.*

Cuando alcanzo la cresta de la ola, hay un instante en el que el tiempo parece ralentizarse. Soy un pájaro con las alas extendidas, atrapado en el viento. Y luego… y luego…

—¡Joder! ¡Joder! ¡Oh, Dios!

El impulso me lanza hacia arriba y luego me estrello. Pierdo la noción de todo lo que me rodea: solo existe una ola inmensa de placer y dolor, y me dejo arrastrar, me deleito en ella, dejo que me consuma mientras los hermanos embisten en mi coño y en mi culo.

—Oh, joder, Darling —gruñe Kas, y vuelve a embestirme.

Su corrida caliente me llena, mientras Bash me agarra con fuerza y descarga en mi interior, reclamando también su parte.

Permanecemos unidos lo que parece una eternidad; pegajosos, sudados y agotados.

Siento a Bash jadeando junto a mi oído, y Kas se desploma contra mí, apoya su frente en la mía y su polla late expulsando las últimas gotas de su placer. Luego me besa: un beso largo, profundo, que me roba el aliento.

—Eres una maravilla, Darling. Y tú eres nuestra —dice cuando termina el beso.

Asiento, porque es verdad y quiero que siempre sea así.

Cuando por fin salen de mí y se apartan, noto que ambos miran más allá del Árbol de Nunca Jamás, hacia las escaleras que desembocan en el ático. Se oyen pasos firmes acercándose, y Peter Pan entra en mi campo de visión. No quiero ni imaginar el aspecto que debo tener: desaliñada, usada, como una buena zorrita. Su mirada azul y radiante me vuelve loca.

—Un consejo, Darling —dice Pan—: nunca dejes que los gemelos te aten.

Reúno la última pizca de energía que me queda y le sonrío dulcemente.

—No sé qué decirte, la verdad es que lo he disfrutado.

Vane rompe los nudos de un tirón y la cuerda cae del Árbol de Nunca Jamás. Pan me agarra cuando me desplomo. Al soltar la segunda cuerda, Vane se acerca y me desata las muñecas.

—Te dije que les pidieras bálsamo —su voz resuena cargada de enfado—, no que te follaran así.

—Hago lo que quiero —respondo con una risa que roza la locura.

Frunce el ceño, pero sus dedos son cuidadosos al liberarme.

—Id a por el bálsamo —ordena.

Una vez desatada, Pan me toma en brazos y me lleva a su sillón. Se sienta, me acomoda sobre su regazo y me envuelve con su brazo.

—Prepárale una bebida —le dice a Vane, y por algún motivo el Tenebroso no protesta.

Regresa unos segundos después con un vaso de *bourbon* y me lo acerca a los labios.

—Bebe —ordena.

Si hubiera sabido que ser follada duramente por los gemelos haría que Vane me cuidara, lo habría hecho mucho antes.

Bebo y el calor del alcohol me alivia algunos de los nudos de mi cuerpo.

Kas regresa con su misterioso bálsamo feérico en un tarro circular de metal. Abre la tapa y deja al descubierto una sustancia viscosa, de un verde brillante que centellea bajo la luz. Me toma del brazo izquierdo y hunde dos dedos en el tarro. Cuando me unta el bálsamo sobre la sensible piel de mi muñeca, dejo escapar un gemido de dolor, pero Kas me sujeta con firmeza y, en cuestión de segundos, el bálsamo se vuelve cálido y reconfortante, provocándome un hormigueo por el brazo.

—¿Mejor? —pregunta Kas.

Asiento y me dejo caer de nuevo contra Pan, apoyando la cabeza en su hombro.

—Qué bien sienta.

—Sois unos imbéciles, no deberíais haber sido tan brutos con ella —dice Vane.

—Anoche casi la matas, así que cállate la puta boca —retumba la voz de Pan. Señala a los gemelos—. Y vosotros, capullos, sed más responsables cuando hagáis vuestra mierda de gemelos con ella.

—Oh, perdonadme, rey de Nunca Jamás —dice Bash—. «Vas a gatear hasta mí, Darling». Te gusta nuestra Darling sumisa, pero solo cuando te sirve a ti y…

—¡Parad! —digo.

Todos se callan. Pan se tensa debajo de mí.

—Dejemos algo claro. —Con el bálsamo feérico corriéndome por la sangre, me siento mucho mejor. Levanto la cabeza del hombro de Pan para mirarlos a todos—. Sois unos imbéciles, ¿vale? Pero sois *mis* imbéciles. No tenía por qué quedarme de rodillas para Pan, ni por qué llevar a Vane al límite y, definitivamente, no tenía por qué acabar atada a un árbol. Yo elegí cada una de esas cosas. Os escogí a todos vosotros. Incluso a ti, Vane. Así que dejad de tratarme como si fuera un juguete frágil. No lo soy. Soy una taza de porcelana que se ha roto tantas veces que nunca estoy segura de si sigo entera o si

alguien ha unido todas esas piezas resquebrajadas con pegamento y mucha determinación para hacerme parecer una taza. Sé cómo romperme y sé cómo curarme. Al menos, con vosotros sé que nunca me curaré sola.

Intercambian miradas entre ellos.

—Supongo que tiene razón —dice Bash—. La Darling sabe lo que quiere. Siempre lo ha sabido.

Me guiña un ojo. Fue el primero en follarme, el primero en romper filas, y se lo agradezco. Si no lo hubiera hecho, no estoy segura de que Pan o Kas hubieran cedido. Incluso Vane.

Vane se deja caer en uno de los sillones, se lleva un cigarro a la boca y enciende la punta con un mechero.

—No os olvidéis de su cuello. —Señala a Kas con la cabeza después de expulsar una bocanada de humo.

Pan me alza la barbilla, dejando al descubierto mi cuello para Kas, pero le aparto la mano y clavo la mirada directamente en Vane.

—Me quedaré con estas marcas, gracias.

Él me devuelve un ceño fruncido, el cigarro ardiendo como una mecha entre sus dedos. Cuando las muñecas están curadas, Kas cierra el tarro y se deja caer en el sofá junto a su hermano. Comparten un cigarro, pasándoselo entre ellos. Me doy cuenta de que lo comparten todo, incluyéndome a mí.

—Hablemos del plan —dice Pan, acomodándome en su regazo para que quede acurrucada contra su pecho. Me apoya una mano sobre el hombro—. Vane nos ha conseguido permiso para entrar en el territorio de Garfio mañana por la noche.

—¿A costa de qué? —pregunta Bash.

—Cherry.

Kas le tiende el cigarro a su hermano.

—¿Ella lo sabe?

—Pues claro que lo sabe —responde Vane.

—¿Y cómo se lo ha tomado? —pregunta Bash.

Vane da otra calada a su cigarro y se guarda el humo en los pulmones. No responde.

Bash se ríe.

—Así que muy bien, ¿eh?

Me hundo en la calidez de Pan mientras él juega con las puntas de mi pelo, y un cosquilleo me recorre los brazos.

—¿No quiere volver?

—Hace años le dijimos que era libre de volver —dice Bash—, y eligió quedarse.

—Quiere al Tenebroso —dice Kas—. Volver al territorio de su hermano significa que tendrá muchas menos oportunidades de tenerlo.

—No va a tenerme de todas maneras. —Vane aplasta el cigarro en un cenicero de cristal sobre la mesa de centro; las ascuas se quiebran en un arco brillante—. Así que no sé por qué coño importa.

—¿Dónde está? —pregunto.

A duras penas la he visto desde que volvimos a Nunca Jamás. Quería hacerme amiga suya, pero creo que poco a poco empezará a odiarme. Sobre todo si me salgo con la mía. *Yo* quiero a Vane. Él *se rendirá* a mí. Con el tiempo. Que Cherry regrese al territorio de los piratas puede que no sea tan malo.

—No la he visto desde que volvimos —responde Vane, pasándose una mano por su oscuro cabello—. Estaba de un humor de mierda.

—¿Debería hablar con ella? —pregunto.

Vane me lanza una mirada cortante.

—¿De qué serviría? Va a volver a casa. Y ya está.

—Hay algo más de lo que deberíamos hablar —dice Bash.

Kas extiende sus largos brazos sobre el respaldo del sofá.

—No os va a gustar a ninguno de los dos.

—Bueno, pues no me dejes con este suspense —dice Pan.

—Hemos visitado a nuestra querida hermana —responde Kas.

Siento el cuerpo de Pan tensarse aún más.

—¿Y?

—Y está conspirando contra ti —añade Bash.

Vane se levanta a por el *bourbon*; uno de los periquitos se aleja de la barra al verlo acercarse. Vuela hasta posarse en el brazo del sillón de Pan y me pía dulcemente. Intento no moverme para no

ahuyentarlo. Sus plumas del pecho son tan suaves como parecen, teñidas del color del amanecer con una franja amarilla que le cruza la cabeza.

Pan enrosca un mechón de mi pelo alrededor de su dedo índice.

—¿Qué es lo que no me estáis contando, príncipes fae? ¿Vosotros también estáis conspirando contra mí?

—Si lo hiciéramos, no estaríamos aquí, ¿verdad? —dice Bash.

—Tilly ha llamado a alguien a la isla —explica Kas—. Alguien que cree que la ayudará a dar este golpe contra Pan y Garfio.

Pan mira a Vane por encima del hombro. Entre ellos pasa una conversación muda que no alcanzo a entender. Tengo la sensación de que todos saben algo que yo ignoro.

—¿Qué pasa? —pregunto—. Contádmelo. ¿Quién es el enemigo?

Vane apoya las manos en el borde de la barra e inclina la cabeza hacia delante. El pájaro pía y se aleja.

—Decídmelo —insisto.

—Es el hermano de Vane —dice Kas—. El Cocodrilo.



# 21

## Peter Pan

Darling se mueve hacia delante en mi regazo y restriega el culo contra mi polla. Contengo un gemido e intento concentrarme en cualquier cosa que no sea cada centímetro de su cuerpo. Si se queda en la isla, no estoy seguro de que pueda hacer otra cosa que no sea perseguir su coño y buscar la sensación de hundirme en ella.

Pero ahora no hay tiempo para eso. No cuando el Cocodrilo está de camino a Nunca Jamás. Quería ser yo quien controlara su llegada a la isla. Pero ya es demasiado tarde.

—A ver, un momento —dice Darling—. ¿Garfio y Pan tienen un enemigo en común… y es el hermano de Vane? ¿Y es un… cocodrilo?

Su confusión es adorable. Supongo que en un lugar como Nunca Jamás, comparado con su mundo mortal, el hecho de que Vane tenga un hermano apodado como un reptil no es lo más extraño que se puede escuchar.

—Primero de todo, no es mi enemigo —la corrijo, tomándola del brazo y atrayéndola hacia mí para sentir su calor—. No exactamente. Y, segundo, es un hombre. «El Cocodrilo» es solo su apodo.

—Porque se come a hombres como nosotros para desayunar —responde Bash—. Después de todo, yo soy un tentempié muy rico.

La manía de Bash de bromear en momentos como este…

—*Aún* no es tu enemigo —señala Vane—. Pero lo será. Y me juego lo que quieras a que la reina fae sabe cómo hacerlo.

Bash señala a Vane con el dedo.

—Ahí le has dado. Nos dijo que tenía secretos que contar.

Se me oprime el pecho al pensar que Tilly pueda conocer mis secretos. Pero claro que lo sabe —durante siglos ha estado hurgando en la mente de las Darling—, y ahora va a usar esa información contra mí.

Darling se levanta de mi regazo y empieza a pasear por el salón. En cuanto se aleja, añoro su calor. Quiero atraerla de nuevo, abrazarla contra mi pecho. ¿Cuándo podré disfrutar de ella? Primero mi sombra, luego Tilly y ahora el hermano de Vane.

La guerra está a punto de estallar en Nunca Jamás.

Necesito mi puta sombra. Necesito sentir ese poder recorriéndome las venas. Cuando vuelva a estar completo, nadie podrá interponerse en mi camino. La isla y yo seremos uno, y no habrá fuerza mayor.

—Vale, a ver —dice Darling, girándose hacia nosotros—. ¿Vane tiene un hermano? —repite, como si todavía no hubiera asimilado la noticia.

Vane me pasa una bebida.

—No nos parecemos en nada.

Kas resopla.

—Son iguales. Pero Roc es más alto.

—Y más guapo —añade Bash.

Vane pone los ojos en blanco y vuelve a sentarse en su sillón.

—La cosa es, Darling, que mi querido hermano tendrá que ajustar cuentas con nuestro infame rey de Nunca Jamás cuando descubra los secretos que le ha estado ocultando.

Le lanzo a Vane una mirada que bien podría hacerlo estallar en llamas.

Capullo.

—¿Qué secretos? —pregunta Darling.

Cuando le dije a Vane que no sentía remordimientos por lo que le hice a Wendy, era verdad. Pero ahora, tener que decirle lo mismo a Darling, me pesa como una piedra. Nunca he pedido perdón, pero noto la súplica formándose en la punta de la lengua.

Joder.

Me encuentro con su mirada inquisitiva.

—Siempre hemos devuelto a las Darling —digo—. A todas, menos una.

Ladea la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Tu tatarabuela Wendy —respondo.

La sospecha le tiñe el rostro lentamente.

—No —dice.

—Sí.

—¿Cómo…? *¿Dónde?*

—Se equivocó de camino al regresar —dice Vane—. Y la abandonó en una isla conocida como Siempre Jamás.

Las mejillas de Darling se tornan de un rojo furioso.

—Dime que no es verdad.

—No puedo. No lo haré.

—*¡Pan!*

Suspiro y me rasco la nuca.

—Fue hace mucho tiempo, Darling. Yo era un hombre muy distinto entonces.

—¿¡La abandonaste!?

—Parece que esta noche vas a dormir en el sofá —dice Bash.

—Cuidado, príncipe. Estoy dispuesto a pagarle a Vane para que te lleve volando hasta el cielo y luego te deje caer entre las nubes.

—¡Tienes que ir a buscarla! —Darling grita cada vez más—. ¡Ahora mismo!

—Wendy Darling no es mi problema. —Me pongo en pie, molesto porque se me suba encima diciéndome lo que tengo que hacer. Las Darling bonitas no me dan órdenes—. Y, de todas maneras, que esté fuera de Nunca Jamás es mucho mejor para nosotros cuando llegue el Cocodrilo.

Cruza los brazos sobre el pecho.

—¿Y eso por qué?

—Porque utilizaré esa información para tener ventaja. Y cuando descubra dónde está, irá directo a buscarla.

—¿Por qué?

Lanzo una mirada rápida a Vane, intentando descifrar cómo se siente con todo esto. A veces me pregunto si su odio hacia las Darling tiene que ver con la historia de su hermano con una de ellas.

—Porque el Cocodrilo estaba enamorado de Wendy.

—Hasta que le arrancó el corazón —dice Vane.

Darling cierra la boca de golpe.

Vane apura su bebida y se levanta para marcharse.

—Vane, espera —empiezo a decir, pero ya ha salido y está bajando las escaleras.

—¿Realmente… le arrancó el corazón? —pregunta Darling con una mueca.

Kas se ríe.

—No. Esta vez es en sentido *figurado*.

—¿Así que mi tatarabuela estaba enamorada del hermano de Vane?

—Es difícil saber si sus sentimientos eran reales —responde Bash—. Era una cabroncita como tú. Te caería muy bien, ¿sabes?

Un destello sincero brilla en sus ojos. Creo que Darling ha buscado una familia durante mucho tiempo, y ahora podría conocer a una pariente que creía muerta. O tal vez solo estoy viendo lo que quiero ver para sentirme mejor.

—¿Y qué ocurrió? —pregunta, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Los gemelos me miran. Resoplo y vuelvo a sentarme.

—Garfio y yo siempre hemos estado en guerra. A veces era solo por fastidiarnos mutuamente. Cuando traje a Wendy a la isla, Roc estaba aquí visitando a Vane. Mi norma de no tocar a las Darling siempre se aplicaba a mí y a los Niños Perdidos. Roc no iba a seguir mis reglas y Wendy, como ya hemos dicho, era una mocosa igual que tú: decidida, feroz, fácil de caer en sus encantos. —Antes de que le cuente el resto, veo cómo sus facciones se suavizan—. Garfio me la arrebató. Obviamente, no quería que yo recuperara mi sombra y siempre intentaba liarla con las Darling para que yo no obtuviera la información. Fue entonces cuando Roc le cortó la mano a Garfio, y yo lo ayudé.

Darling abre mucho los ojos mientras asimila toda la historia.

—Recuperamos a Wendy, pero algo había cambiado. Algo entre ella y Roc. Él le pidió que se quedara y ella dijo que no, así que me la llevé. Pero, de vuelta al reino mortal, me equivoqué de rumbo y acabamos en Siempre Jamás. De repente, estábamos rodeados. Abandonarla fue una decisión fácil. No le debía ninguna lealtad. Y, para empezar, su familia me había arrebatado mi sombra. Quería vengarme de las Darling, y esa fue una forma sencilla, aunque cruel, de hacerlo.

Darling se deja caer en el sofá, entre Bash y Kas, y se cubre la cara con las manos.

—No puedo creerme que la abandonaras.

—¿Es que no lo conoces? —dice Bash con una risa.

—Ahora ya no importa —respondo—. Podemos usarlo a nuestro favor. Si la hubiera llevado de vuelta al reino mortal, ahora estaría muerta y no nos serviría de nada.

Darling me mira fijamente.

—¿Así que vas a utilizarla como moneda de cambio?

Hago una mueca.

—Sí. Exactamente.

Ella resopla y se recuesta contra el respaldo, medio apoyada en el brazo de Kas, que se ajusta para acogerla, y la punzada de envidia que me atraviesa es instantánea.

—Prométeme que la traeremos de vuelta —exige Darling.

—No tendremos que hacerlo. Roc lo hará por nosotros.

—Prométemelo, Pan —dice con los dientes apretados; cada palabra suena clara y afilada.

—Está bien, sí. Solo si Roc no va a por ella primero. Pero no hasta que recupere mi sombra.

—Por supuesto. —Asiente—. Y hablando de tu sombra…

Puedo sentirla merodeando por la isla, pero es solo una presencia difusa, como la vaga certeza de que hay un fantasma en la casa. Sé que está dentro de Nunca Jamás, pero no sé dónde exactamente.

Lo único de lo que estoy seguro es de que no está en mi territorio: si lo estuviera, la sentiría por completo, latiendo conmigo.

—Tendremos que esperar hasta mañana por la noche —le digo a Darling—, cuando Garfio nos haya dado permiso para entrar a su territorio.

—¿Por qué no ir ahora?

La miro directamente.

—Porque no puedo arriesgarme a una guerra con él.

Creo que percibe las palabras que no digo. Si me paso de la raya con Garfio, vendrá a por mi Darling. Por encima de mi cadáver. Por ahora, tengo que jugar con sus normas.

—¿No te preocupa que encuentre a tu sombra antes? —pregunta.

—Incluso si lo hace, dudo mucho que pueda reclamarla.

—¿Porque solo es un hombre mortal?

—Algo así. —Me levanto del sillón, tomo la caja de cigarros de la barra y enciendo uno. El humo me quema los pulmones y saboreo esa punzada familiar—. Mientras tanto, montemos una fiesta para olvidarme de todo esto.

Bash se levanta.

—Por fin.

—Nada de chicas —advierte Darling.

Los tres la miramos y asentimos.

Ahí está, dándome órdenes de nuevo.

Y yo soy el gilipollas que empieza a seguirlas.



# 22

## Cherry

Para ser hombres inmortales, Pan, los gemelos y Vane nunca se dan cuenta de cuándo estoy escuchando a escondidas. Solo parecen verme cuando les interesa. Ahora también puedo añadir a Winnie a esta lista. Pensaba que era mi amiga, pero supongo que no es así.

Cuando empiezan a bajar las escaleras, me escondo en el pasillo, pegada a la pared.

Quieren entregarme a mi hermano. Creen que puedo conseguirles lo que quieren.

Peter Pan y su estúpida sombra.

Pan es el único de la casa con el que no me he acostado. No es Vane, pero si me hubiera ordenado ponerme de rodillas, no lo habría rechazado. Y ahora Winnie lo tiene a él, a todos ellos. ¿Cuántos hombres puede acaparar una chica?

No es justo. Pero no voy a llorar. No mucho.

Tal vez pueda quedarme. Hace mucho que me dijeron que era libre de irme, y me quedé. Así que, ¿por qué irme ahora? No es como si Jas me quisiera de vuelta. Nadie parece quererme.

Corro hacia mi habitación, decidida a vestirme para la hoguera, pero en cuanto enciendo la luz, algo oscuro sale disparado por la estancia. Grito y me agacho justo cuando choca contra la puerta, haciendo chirriar las bisagras.

—Por Dios. ¿Eso es…? —Se abalanza sobre mí y, con un impulso, abro la puerta de golpe, salgo corriendo y la cierro tras de mí, tirando del pomo con fuerza mientras la madera tiembla—. Ay, mi madre —susurro, mirando por encima del hombro hacia el pasillo.

¿Alguien lo ha visto?

Era una sombra de Nunca Jamás. ¡Una sombra de Nunca Jamás!

La puerta vuelve a sacudirse y mi sonrisa nerviosa desaparece.

¿Puede salir de una habitación cerrada? ¿Puede filtrarse por grietas y rendijas? ¿Sabe abrir una puerta?

Cuando todo se calma, suelto el pomo y retrocedo un paso. El corazón me retumba en los oídos.

Levanto el brazo hacia la luz de los faroles y veo que del corte me sale sangre. Me limpio con el dedo y me lo restriego en los vaqueros azul oscuro.

Esa cosa es salvaje. Y es…

Tengo que contárselo a Vane. Si le digo que tengo a la sombra atrapada, verá que sí le soy útil. Incluso podría impresionarlo.

Me aseguro de que la puerta siga bien cerrada, echo a correr por el pasillo y salgo de la casa.



# 23

## GARFIO

¿Qué tan difícil puede ser encontrar una puta sombra?

Desde el balcón, contemplo los árboles susurrando y el parpadeo de las antorchas de los hombres que rastrean el bosque. Aún no han encontrado la sombra de Pan. En mi opinión son todos unos idiotas incompetentes.

Peter Pan llegará mañana por la noche, y para entonces necesito tener su sombra.

Miro hacia su territorio y distingo la silueta de la Roca de los Abandonados recortada contra el cielo iluminado por la luna.

Odio a Peter Pan. Es un odio que me retumba en el pecho como una pesadilla recurrente. A veces imagino, con deleite, cómo sería clavarle el garfio en las tripas. Detesto ver mi propia sangre, pero la de Peter Pan la contemplaría con gusto mientras brota.

Abandono el balcón y regreso a mi despacho. Empiezo a ordenar los objetos de mi escritorio, buscando distraerme de la frustración por la falta de resultados. Me gusta que mi pluma esté limpia, guardada en su estuche, y que el tintero que compré en una de las otras islas, cuando aún navegábamos, esté cerrado con su tapa de cristal.

Acomodo la pila de libros en el borde del escritorio alineando los lomos. Parte de la tensión se disipa.

Levanto la mirada y veo a Smee en la puerta. Tiene esa expresión de quien acaba de cometer un pecado y busca redención.

—¿Qué pasa? —pregunto, cruzando la habitación hacia la barra.

Detecto una mancha en uno de los vasos.

Smee entra y cierra la puerta. Sus botas resuenan con fuerza sobre la madera raída.

—Uno de mis espías del palacio fae acaba de enviarme un mensaje.

No me gusta por dónde va esto. Uno de los motivos por los que quise a Smee de vuelta cuando Pan se la llevó, cuando tuve que tomar la difícil decisión de intercambiar a mi hermana por ella, fue su capacidad de llegar a donde otros no pueden. Tiene espías por todo Nunca Jamás y las Siete Islas, pero solo hay una persona a la que no consigue echarle el guante. Supongo que, estadísticamente hablando, está bastante bien.

—Suéltalo, Smee.

Sale al balcón y se detiene justo donde la luz entra por la puerta abierta. Es un espacio privado, solo mío, y por eso aquí siempre estamos solos. Smee se apoya en la barandilla, enciende un cigarrillo y deja que el dulce humo se le escape de los carnosos labios, colgándole de la boca mientras apoya los codos en el metal. La brisa marina agita el extremo de su bandana, que le ondea sobre la coronilla.

El suspense me está matando. Y Smee lo sabe. Es su sabia y sutil forma de recordarme mi lugar. Supongo que por eso la respeto.

—Smee —digo, su nombre suena entre mis dientes mientras los aprieto.

—Tilly ha llamado al Cocodrilo.

Si un hombre pudiera vaciarse hasta la última gota de sangre solo por recibir malas noticias, yo estaría seco. No quedaría de mí más que una cáscara.

Tengo frío. Todo mi cuerpo se entumece. Un caballero como yo no debería tener debilidades, y sin embargo tengo tres. Al menos una está muerta. Ojalá las otras dos también lo estuvieran.

Me doy la vuelta y, de espaldas a Smee, reorganizo los vasos de la barra. Tomo el que está manchado y lo pulo con mi camisa.

—¿Qué hay de tus espías en las islas?

—Uno en el puerto de Isla Estival me informó de que el Cocodrilo llegó hace dos días y que se marchó poco después.

Cierro los ojos e inspiro hondo, tratando de calmar el ardor que me sube por la garganta. Vomitar en mi propia barra sería inaceptable.

Mi muñón palpita, igual que el hueco donde solía estar mi mano. El dolor es un fantasma que jamás podré exorcizar.

Puto Cocodrilo.

Han pasado muchos años desde que me enfrenté a él, pero aún lo veo como si lo tuviera grabado a fuego en las retinas. Está hecho de granito. Su pelo oscuro parece sacado de pesadillas. Sus ojos verdes son como los de una mamba, y muerde igual de rápido. Puedo oír su voz. Su risa. Resuena dentro de mi cabeza como sal restregada contra piedra.

Se me revuelve el estómago. Me sirvo un trago de ron y me lo bebo de golpe. Me aferro al ardor del alcohol, a la niebla que me adormece las venas.

El Cocodrilo es depravado e impío. No descansaré hasta matarlo. Si tan solo pudiera acercarme lo suficiente como para clavarle una daga en el corazón.

Me giro hacia Smee.

—Dobla la recompensa. Díselo a los hombres. Quien me traiga la sombra de Pan antes de mañana a esta hora será rico. Pero solo si la encuentran antes.



# 24

## Winnie

Pan, Bash y Kas están borrachos. *Muy* borrachos. Están lanzando rocas al océano con un tirachinas gigante. Creo que compiten por algún tipo de premio, aunque no tengo claro ni cuál es ni cómo se gana.

Los tres intentan olvidar sus problemas de la forma más humana posible. Mientras tanto, yo estoy sentada en la orilla, observándolos mientras ahogan sus penas y sintiéndome fuera de lugar, al margen de la juerga. Escabullirme me resulta fácil.

Sigo el sendero que va de la casa al bosque. No tengo un destino fijo, pero mis pies parecen saber a dónde ir, y no me sorprende acabar en la orilla de la resplandeciente laguna. Lo que sí me sorprende es ver a Vane flotando en el agua, mirando al cielo.

Y está desnudo.

Todo el aire se me escapa en un pequeño y molesto jadeo. Juro que mi respiración resuena en toda la laguna.

—¿Vas a quedarte ahí mirando o vas a entrar? —dice Vane, con los ojos aún cerrados y su cuerpo flotando en el agua.

Trago con fuerza.

¿Es algún tipo de truco? ¿Voy a meterme y él saldrá para demostrar algún punto retorcido?

Me quito los zapatos en la entrada del sendero y hundo los dedos en la arena fría. Tengo unas ganas tremendas de meterme al agua, tantas que me cosquillea la piel. Aunque no sé si es por el agua en sí, los espíritus y la magia que me llaman o por esta Sombra de la muerte, tenebrosa y taciturna, que flota delante de mí.

Tal vez no importe.

Me quito el vestido y la ropa interior con movimientos torpes y apresurados. Si Vane está desnudo, yo también.

Sigue con los ojos cerrados, sin molestarse en mirarme con deseo, como haría la mayoría de los hombres. Y eso me molesta más de lo que me gustaría admitir. No puedo evitar sentirme como una chica desesperada, ansiosa por una pizca de su atención.

—¿Muerden? —pregunto cuando mis pies tocan el agua y los espíritus de la laguna empiezan a girar a mi alrededor.

—No —responde—. No si les caes bien.

El corazón me retumba en los oídos.

En la orilla, el agua está caliente, pero cuanto más avanzo, más refrescante se vuelve. Los espíritus, sirenas o lo que sean, nadan de un lado a otro frente a mí; sus colas brillan y giran como las de un pez koi.

¿Hasta dónde debería avanzar? ¿Cuánto puedo acercarme a Vane? ¿Me lo permitirá siquiera?

El fondo arenoso se enfría a cada paso, y cuando el agua ya me llega hasta los hombros y me empapa las puntas del pelo, empiezo a nadar.

Cuando estoy a unos metros de Vane, me detengo. Chapoteo con los pies y muevo los brazos de un lado a otro, dejando que el agua me envuelva. Me recuerda a aquellas tardes perezosas en la playa, cuando mamá y yo vivíamos en una ciudad costera turística. Los días de playa eran mis mejores recuerdos, porque mamá siempre parecía relajada, tumbada en la arena, dejándose dorar por el sol mientras yo jugaba a enterrar sus pies, dejando caer puñados de arena grano a grano sobre sus dedos.

Sabiendo lo que sé ahora —que en Nunca Jamás estaba embarazada de mí y que encontraba consuelo en la laguna—, entiendo por qué se sentía tan tranquila cuando estábamos en el agua. Debía recordarle a este mágico lugar. Solo estar sumergida en este turquesa brillante basta para hacerme sentir mejor. Incluso el corte del pie ha dejado de dolerme. Tal vez mi madre y yo siempre estuvimos tratando de volver aquí, buscando alivio a un dolor que no sabíamos nombrar.

Vane flota en el centro de la laguna. Su polla emerge del agua y no puedo apartar la mirada. Me lo estoy comiendo con los ojos. Y él me deja hacerlo.

De los cuatro, es el más grande con diferencia. De alguna forma, ya lo sabía. Y sin querer, oigo a Starla en mi cabeza: «Ese tiene energía de polla grande». Casi me saca una risita, sobre todo porque estoy nerviosa.

Cuando el agua golpea contra Vane, se cuela entre las líneas profundas de sus abdominales y baja por la uve que se forma en sus caderas. Puede que no sea tan musculoso como los gemelos o Pan, pero lo compensa con creces: no tiene ni un gramo de grasa. Su cuerpo parece esculpido, más mito que hombre, como si hubiera nacido de los mismísimos dioses.

Finalmente se incorpora y gira la cabeza, sacudiéndose el agua del pelo. Varias gotas gruesas resbalan por las ondulaciones de sus cicatrices y se deslizan por sus prominentes pómulos. Cuando me mira, su ojo violeta refleja el turquesa de la laguna y parece iluminarse.

El agua sigue tibia, pero yo no dejo de temblar. Tengo los pezones tan duros que duelen. Llevo ansiando la atención de Vane desde que Pan me trajo a Nunca Jamás, pero ahora que la tengo, sin nadie a mi alrededor, no sé qué hacer con ella.

Es más grande que yo. Y no hablo de tamaño. Es presencia. Es poder. Es energía. Es difícil no sentirse intimidada, y quizá por eso, cuando estoy con él, empiezo a soltar cosas sin sentido.

—Es una noche muy bonita. Me gusta nadar. En el agua. En cualquier tipo de agua, en verdad.

Mierda. ¿Qué cojones estoy haciendo?

Más gotas le caen por el puente de la nariz y le resbalan hasta la punta. Me mira fijamente mientras el agua ondula suavemente entre nosotros. Bajo el ritmo de mis movimientos y dejo que mi cuerpo se hunda un poco más, como si pudiera esconderme en el agua. Me llega a la boca y, cuando entra un poco, noto que no está salada. Es pura y fresca.

—¿Por qué estás aquí, Darling? —pregunta. Su áspera voz retumba en toda la laguna.

—No lo sé —admito—. Me sentí atraída hasta aquí. O eso creo.

Se acerca y se pasa una mano por el pelo, empujándolo hacia atrás hasta que se le junta en la parte alta de la frente. Nunca lo he visto tan desaliñado, y eso me pone muchísimo.

Se me encoge el vientre.

—¿Por qué estás *tú* aquí? —contraataco.

—Para escapar de ti.

El bajón es rápido y agrio.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho para que me odies tanto?

—No logro entenderte —dice, entrecierra los ojos mientras se acerca un poco más—. Y no me gustan las cosas que no entiendo.

—No soy una cosa. Soy una persona.

—Una pequeña Darling muy traviesa.

Pero no lo dice como una provocación. Hay dolor en sus palabras, como si tuviera miedo de lo que yo pudiera hacer, de los líos en los que podría meterme. Y, de pronto, recuerdo lo que me dijo la noche en que Tilly se metió en mi cabeza y me llevó a un lugar seguro.

«De donde vengo, a las chiquillas como tú las rompen cada día por el puro placer de ver cómo se quiebran. Y estoy hasta los huevos».

—Háblame de tu isla.

De repente, se pone en guardia. Parpadea y retrocede.

—¿Por qué?

—Porque quiero saber de dónde vienes y por qué eres así.

Una forma resplandeciente se mueve tras él.

—Si estás buscando alguna cualidad redimible en mí, te vas a llevar un chasco.

—No. Solo quiero la verdad.

La forma se desvanece justo cuando Vane vuelve a hundirse en el agua por completo, mojándose el pelo de nuevo.

—Mi isla natal se llama Isla Tenebrosa y es exactamente como suena.

Una tierra tenebrosa para un Tenebroso.

—¿Por qué te fuiste?

—Porque ya no quedaba nada allí para mí.

—¿Ni familia?

Sobre nosotros, el cielo se oscurece con la llegada de unas densas nubes. De repente, el agua está más caliente que el aire.

—Una vez tuve una familia —admite—. Hasta que dejé de tenerla.

Oh, Dios. Tal vez había más pistas en lo que me dijo aquella noche en su cama.

«A las chiquillas como tú las rompen cada día…».

—¿Quién era ella?

Vuelve a callarse, dejando que el silencio entre nosotros sea vuelva más denso.

Intento adivinarlo.

—Una hermana. Tenías una hermana.

—La teníamos.

—¿Qué ocurrió?

—Unos hombres muy malos le hicieron cosas muy malas y luego murió —dice con un tono frío y distante, y no puedo evitar sentir una punzada de compasión por él.

Vane finge que no le afecta, pero creo que sufre más de lo que deja ver. Se me hace un nudo en la garganta y tengo que tragar dos veces para intentar deshacerlo.

—Es horrible. De verdad.

—Estar muerta es mejor para ella —dice.

—¿No podrías…? Quiero decir… Tienes la Sombra de la muerte…

—En ese momento no la tenía.

Frunce el ceño, tiene la mirada perdida. Pero sé qué está pensando: que no pudo protegerla.

—¿Cómo conseguiste la sombra?

—Fue fácil —dice—, me pasé tres años buscándola y, cuando la encontré, la reclamé. Luego destripé a cada uno de ellos.

*Ellos*. Los hombres que le hicieron daño a su hermana.

—Estupendo —digo, con más veneno del que pretendía—. ¿Cómo pudiste reclamar la sombra? ¿No eres humano?

Se ríe y niega con la cabeza.

Ahora tengo mucha curiosidad.

—¿Qué eres, entonces?

—¿Importa?

—Tal vez sí.

Se acerca nadando, con sus hombros musculados moviéndose con gracia en el agua.

—Si devuelvo mi sombra, entonces sí que importará. Y puede que te lo cuente.

La frustración me bulle en el interior. Está volviendo a repudiarme. Tal vez debería… Algo me roza las plantas de los pies, grito y retrocedo. Directa a los brazos de Vane. Siento que el corazón va a salírseme por la boca. Tengo los nervios a flor de piel.

Coloca las manos en mi cintura, sosteniéndome, y puedo sentir sus fuertes muslos luchando con el agua para mantenernos en la superficie.

Cada vez me está costando más respirar.

—¿Por qué me odias, Vane? —vuelvo a preguntar, esta vez más bajo.

Soy incapaz de ocultar la desesperación en mi voz. Necesito saberlo tanto como él necesita entenderme.

—No te odio —admite, y me alza hasta quedar a la altura de su ojo violeta—. No me gusta cómo me haces sentir.

—¿Y es…?

Su mirada se posa en mis labios cuando asoma mi lengua.

—Temerario. —Me acerca y nuestras piernas se enredan. Un escalofrío me recorre la espalda—. Peligroso —añade, frunciendo el ceño al ver los moratones que aún marcan mi garganta.

—Ya te lo dije una vez…

—Sí, lo sé, Darling. Eres más fuerte de lo que pareces.

—No necesito que me protejas —digo, sabiendo que estoy hurgando en la herida de la pérdida de su hermana.

—No quiero protegerte —gruñe—. Quiero follarte hasta que estés temblando debajo de mí.

Se rodea la cintura con mis piernas y mi coño queda alineada con su polla, ya dura.

Suelto un pequeño gemido de placer.

—¿Y por qué no lo haces? —pregunto.

—Porque esos moratones en tu cuello serían el menor de tus problemas.

—No me importa.

—Conmigo no tendrías palabra de seguridad.

—Vale. Lo entiendo.

—No, no entiendes una puta mierda.

Estoy respirando demasiado rápido. Creo que me falta oxígeno, porque no puedo pensar con claridad. La visión se me nubla.

—Fóllame de una vez por todas.

Estoy rompiendo mi norma. Y la de Pan. Estoy forzando la situación.

El glande de la polla de Vane roza mi hendidura y el corazón se me acelera.

—Vane —digo entrecortadamente—. Haz…

Me besa. No hay nada suave, amable o gentil en el beso. Sus labios se estrellan contra los míos, devorándome. Su lengua se hunde en mi boca, reclamando mi sabor, y en su pecho retumba un profundo gruñido. Me agarra el culo, forzando el contacto entre mi coño y su polla, que entra unos centímetros.

—Oh, Dios mío —digo contra sus labios, mi cerebro ni siquiera logra conectar con mi boca.

Esto es lo que quería. Cada parte de ello. No me importa lo peligroso que sea o cuánto vaya a doler o…

Me arquea la espalda y mis pechos emergen del agua. Chupa uno de mis pezones. Sus dos ojos son ahora completamente negros, y un escalofrío me recorre los hombros. Es violento. Me muerde y grito en dirección al cielo.

Cuando bajo la vista, veo sangre arremolinándose en el agua turquesa y goteando de la punta de mi pezón. Tiene fuego en la mirada. Vane desliza la lengua por mi cuerpo, limpiando el carmesí, y vuelve a morderme, abriéndome aún más la piel. El dolor me toma por sorpresa, y las lágrimas se amontonan en mis ojos. Una se me escapa, bajando por la mejilla.

Vane se detiene.

Muevo las caderas, buscando sentir su polla, pero me empuja bruscamente.

—¿Qué estás haciendo?

—Vete. —Me señala la orilla.

—¿Qué?

—Sal del agua. —Está visiblemente temblando—. Sal y aléjate. Despacio.

—No. Yo…

Su pelo negro se vuelve blanco y su voz adquiere un tono siniestro.

—Sal de una puta vez, Darling.

Me encojo.

—Vete —repite—. De inmediato, joder.

Con el corazón a punto de salírseme, me dirijo hacia la orilla y salgo lentamente del agua. Vane me sigue, y al sentirlo a mi espalda, se me eriza la piel de los brazos. La idea de que esté luchando contra sus demonios interiores para no reclamarme me pone cachonda.

Cojo el vestido, me lo paso por la cabeza y lo miro por encima del hombro. Se está acercando. Me dice que me vaya, pero no creo que su sombra quiera eso. Tal vez él tampoco lo quiera.

—Aléjate —me dice.

—¿Y si no quiero? Puedo tomar mis propias decisiones, ¿sabes?

—Darling, no volveré a repetírtelo.

Trago con fuerza y retrocedo. Él da tres pasos rápidos hacia mí, como si fuera a atraparme. Incluso poseído por su sombra, sigue preocupándose por mi seguridad.

Y, de repente, lo entiendo. El verdadero secreto para entender a Vane.

Estaba equivocada. Y Peter Pan también.

No se trata de esforzarme más o menos. Solo tengo que ser yo misma. Cada parte espantosa y rota de mí. Tengo que ser vulnerable. Y quizá eso es lo que más miedo me da: mostrarle todas mis grietas y dejar que él me haga las suyas en la piel.

Ya he soportado otras cosas. Puedo soportarlo a él si esa es la única forma de tenerlo.

Debe de haber leído algo en mi lenguaje corporal, porque niega lentamente con la cabeza y aprieta los dientes.

—Winnie. *No* —dice.
Pero no podría detenerme aunque lo intentara.
Me giro y echo a correr.



# 25

## Winnie

Las ramas del bosque de Nunca Jamás me tiran del pelo y me arañan la cara, pero sigo corriendo. Vane es más rápido de lo que pensaba; puedo sentir la tierra temblar bajo sus pies mientras me persigue y se acerca.

El terror se apodera de mí cuando rodeo una arboleda. Es un terror desgarrador que brota de mi garganta en forma de inútiles y temblorosos jadeos. Las lágrimas se me agolpan en los ojos y me nublan la vista.

Me golpeo el hombro contra el delgado tronco de un abedul.

Vane me acecha sin hacer el menor ruido. Mi corazón late con tanta fuerza por la anticipación que puedo sentirlo retumbar en los dientes.

Va a atraparme.

Va a atraparme.

¿Cuánto corro?

¿Hasta dónde?

Miro por encima del hombro y lo veo a escasos metros de mí. Ahora solo veo una sombra tenebrosa. O tal vez no haya distinción entre ellos, solo determinación. El terror me oprime el corazón y hace que se salte varios latidos. Luego me late con fuerza, como si fuera a explotar.

Se me eriza el vello de los brazos y un escalofrío me recorre la espalda. Tengo el pecho muy oprimido, mi respiración es demasiado temblorosa y…

Me agarra por la cintura y me estampa contra el tronco de un árbol. La corteza se me clava en la espalda y me roba el aliento.

Siento un cosquilleo entre las piernas, excitada por lo que pueda hacerme.

Me aprisiona el cuello con la mano, vuelca su peso sobre mí y me abre las piernas de una patada. Su polla encuentra el hueco entre mis muslos y se restriega contra mí, arrancándome un agudo gemido de los labios.

—¿Es esto lo que querías, Darling? —pregunta con esa voz hueca y vibrante que pertenece a la sombra, lo que hace que el vello de la nuca se me erice—. Te advertí que no corrieras.

Es difícil pensar con claridad con el terror invadiéndome. Solo existe el instinto básico de correr, llorar y suplicar. Pero lucho contra él. Rendirme es la única manera de tenerlo en la oscuridad.

Estoy temblando, sollozando, y enrosco las piernas alrededor de su cintura mientras el terror me nubla la visión.

—Esto es… exactamente… lo que quería.

Tengo que coger aire varias veces entre palabra y palabra.

—No tienes ni idea de qué coño estás pidiendo.

—Entonces enséñamelo.

Con un gruñido, me arranca el vestido y lo hace trizas. La oscuridad de la Sombra de la muerte invade sus ojos como una máscara de tinta tenebrosa, y el terror se multiplica en mis venas, robándome la euforia.

Joder, mierda. Concéntrate.

Tiene que haber una manera de luchar contra este efecto. No quiero estar aterrorizada. Quiero embriagarme con el placer de tenerlo.

Su polla se desliza por mi humedad y golpea mi excitado clítoris. Cierro los ojos con fuerza, intentado liberarme de las lágrimas que aún no han salido. Estoy tan aterrorizada que siento que la cabeza me va a explotar. Quiero salir de mi piel, escapar de mí misma. Quiero luchar y huir.

Vane es como una ola del océano, arrastrándome más y más hacia el fondo. Mueve las caderas hacia atrás, quitándome el calor de su sexo, y luego entra en mí con brusquedad, haciéndome gritar.

Es tan grande que el impacto me duele y me castañean los dientes.

—Voy a partir este mojado coño en dos —dice—. Acabarás suplicándome que pare.

—No, no lo…

Se hunde aún más en mí, llenándome, y luego me agarra del cuello con ambas manos y aprieta con fuerza.

Abro los ojos de golpe.

Empieza a follarme. Fuerte. Rápido. Salvaje. Sobre nosotros, el árbol se agita. No tengo aire, no puedo suplicar, y las lágrimas resbalan por mi rostro.

Es despiadado. Dominante.

Sigue follándome y follándome mientras sus dientes rechinan y sus negros ojos relucen con vida.

¿Cómo…? ¿Cómo salgo de esto…?

No puedo respirar. Mi visión se vuelve borrosa. Su agarre se hace más fuerte.

Joder.

Joder.

He ido demasiado lejos.

No sabía lo que estaba haciendo.

Él trató de advertirme.

No lo escuché.

Voy a morir aquí.

Mis manos luchan por agarrarse a algo, guiadas por el instinto más básico: escapar. Y entonces mis dedos encuentran una diminuta y puntiaguda rama justo encima.

Dolor.

Necesito dolor.

Rompo la rama con un chasquido y, con cada ápice de energía que me queda, me la clavo en la palma de la mano y la arrastro contra mi carne. El dolor es intenso y llega de inmediato. Los músculos se me contraen.

El terror se desvanece, superado por la intensa agonía que siento en la palma. Agarro una de las manos de Vane en mi garganta y tiro de un manotazo mientras mi visión se oscurece. De

repente, parpadea, observando cómo la sangre me cae por el pecho y tiñe la carne bajo sus uñas.

—Darling. —Su voz es ronca, y afloja su agarre en mi garganta, pero sus ojos siguen negros.

Retomo un poco de conciencia cuando el oxígeno vuelve a entrar en mis pulmones con una gran y temblorosa bocanada.

—Fóllame —le digo, y vuelvo a coger aire—. Fóllame, ahora.

Hunde sus manos en mi culo, me abre y vuelve a llenarme. Me penetra con cada centímetro de él, con cada rugosidad dura. Se retira y vuelve a embestirme con la suficiente fuerza como para que el árbol cruja.

—Oh, sí, joder —digo.

Le rodeo el cuello con los brazos, aferrándome con todas mis fuerzas.

No hay nada dulce en él. Sigue consumido por la oscuridad, pero la controla, me controla a mí, y está tomando lo que yo le doy libremente.

Y joder, qué bien se siente.

—Tócate el coño para mí, Darling —dice, y vuelve a estamparnos contra el árbol—. Estoy tan cerca de correrme dentro de ti.

—¿Sí?

—Sí —dice con un gemido.

Bajo una mano entre nosotros y empiezo a frotarme el clítoris. Siento que estoy llegando a mi límite.

—Oh, mierda. Aún no quiero correrme.

Quiero disfrutar. Saborearlo. Cada segundo. Vane es mío. Es mío y yo soy suya, y nunca voy a dejar que vuelva a alejarme.

Mantengo la presión contra mi clítoris, como si eso fuera a disminuir el placer que amenaza con invadirme. Cierro los ojos con fuerza y echo la cabeza contra el árbol mientras Vane me castiga con su polla.

—Winnie —dice—. Vas a hacer que ese mojado coño se corra para mí. Y vas a hacerlo ahora.

—No quiero —digo con un gemido.

—Mírame —ordena, y abro los ojos.

La oscuridad se ha esfumado de su mirada y su ojo violeta brilla con calor, deseo y hambre. Tiene hambre de mí, de esto, y se lo quiero dar más que nada en el mundo.

Vane siempre será la última persona en exigirme algo, y siempre será a quien más quiera complacer por ese mismo motivo.

—Vale —digo.

Me agarra la mano y se lleva dos de mis dedos a la boca. Me chupa con los labios, y luego recorre las yemas con la lengua, empapándome antes de volver a llevar mi mano a mi clítoris.

—Déjame poseerte, Win —dice—. Déjame llenar ese empapado coño mientras gritas mi nombre.

—Sí. *Sí* —gimo con fuerza, mientras mojo mi clítoris con su saliva.

Estoy tan mojada que mis jugos resbalan por sus huevos mientras él se hunde en mí hasta el fondo.

Lo poseo.

*Lo poseo.*

Apenas me toco y llego a mi límite. Mi voz retumba por todo el bosque.

—Oh, Dios mío. ¡Vane! ¡Joder! ¡Vane!

Embiste. Rápido. Despiadado. Dándole a mi coño el polvo que se merece.

Se pone aún más duro, sus movimientos se vuelven más frenéticos y entonces se corre dentro de mí.

—Joder, Win —dice con un gruñido, su polla palpitando contra mis apretadas paredes internas.

Un trueno retumba en lo alto. Gruñe entre dientes y vuelve a embestirme, sus dedos magullándome los muslos.

Jadeo durante varias respiraciones mientras mi alma vuelve a mi cuerpo.

—Oh, Dios mío —vuelvo a decir—. Eso ha sido…

No tengo palabras. No sé ni si existe una palabra que pueda resumir todo esto.

Vane se mueve hacia dentro y fuera en embestidas lentas y lánguidas, como si se deleitara con la sensación de tenerme alrededor de su polla.

—No tenías que salir corriendo —dice.

Se inclina y apoya la frente contra la mía. Nuestras respiraciones se mezclan.

—Me alegro de haberlo hecho.

—Podría haberte matado.

Vuelve a deslizarse dentro de mí. Para haberse corrido, sigue increíblemente duro.

—Pero no lo has hecho.

—Crees que has ganado algo.

—No —digo, y presiono mis labios contra los suyos. Su boca permanece inmóvil un segundo y luego me devuelve el beso—. He reclamado algo. Te he reclamado a ti.

Ruge contra mi boca y siento su polla presionándome.

—Sigue pensando eso.

—Pero es la verdad. Ahora eres mío. Y no hay vuelta atrás.

Lleva las caderas hacia delante y juro que siento cómo el glande se hunde hasta mi útero.

—Puede que, después de todo, te hayas vuelto loca.

Vuelvo a besarlo, esta vez más profundamente, y su lengua se desliza en la mía. Enredo los dedos en su pelo aún húmedo y vuelve a tronar.

—No vuelvas a rechazarme —le digo cuando termino el beso.

—La pequeña Darling está necesitada.

—Joder si lo estoy.

Me presiona contra él.

—Prométeme una cosa.

—Lo que sea.

—Eres tan impaciente que me cabrea.

—Cállate y dímelo.

Su boca recorre mi mandíbula, luego mis moratones y termina en mi cuello, que está en carne viva.

—Si alguna vez pierdo el control, prométeme que me darás un rodillazo en los huevos o me apuñalarás en la cara.

—Nunca haría…

—Prométemelo —dice con un gruñido, y arrastra los dientes por mi sensible carne justo debajo de la oreja. Dejo escapar un gritito de sorpresa y me estremezco—. Prométemelo, Darling. Es la única manera de tenerme.

Suspiro.

—Vale. Prometo apuñalarte en la cara.

Finalmente, sale de mí y lo miro con una mueca mientras mis pies tocan el suelo del bosque. Ambos estamos desnudos y no tenemos nada de ropa.

—En la playa tengo una camisa que puedes ponerte —me dice, y me doy la vuelta hacia la laguna.

Me doy cuenta demasiado tarde del error que acabo de cometer. Puede ver mi espalda claramente. Me coge del brazo y me obliga a detenerme. El ambiente está cargado y silencioso.

—Darling, ¿quién te ha hecho esto? —pregunta con un gruñido.

Me giro, quedando de cara a él, pero me coge por los hombros y vuelve a girarme. Sus dedos rastrean las cicatrices y, aunque quisiera, no puedo evitar sentir un escalofrío.

—¿Quién? —repite—. Dame un nombre para que pueda arrancarle la piel.

—Nadie.

—Winnie.

—¡Fue mi madre!

Su mano se extiende por mi nuca y los dedos me rozan el hombro. Percibo su sosiego y reticencia.

—¿Merry te hizo esto?

—No directamente. Contrató a gente para que lo hiciera.

—¿Pagó dinero por esto?

La ira hace que su voz tiemble y, cuando me giro hacia él, vuelve a tener los ojos negros.

—Cuando Pan se entere…

—Ya lo sabe.

—¿Y por qué no me lo contaste?

—No lo sé. No quería tu compasión. Quería tu respeto.

Tan pronto como lo admito, la cara se me pone roja de vergüenza. No tenía intención de decir tanto.

Se le descompone el rostro e inmediatamente me arrepiento de haber dicho esas palabras.

—¿Querías mi respeto y por eso has dejado que te folle contra un árbol?

Me pongo aún más roja.

—Tal vez. No lo sé.

Me dirige de nuevo hacia la playa y, por encima de nuestras cabezas, un relámpago sigue al estruendo de un trueno. Cuando volvemos a la laguna, coge su camiseta negra y me hace pasar la cabeza por el cuello y los brazos por las mangas. Me queda enorme, pero creo que él disfruta de la visión más de lo que le gustaría, porque no puede dejar de mirarme. No mira mi cuerpo desnudo, pero se regocija al verme vestida con su ropa.

Nunca he sido tan consciente de mi cuerpo como ahora. Cruzo los brazos sobre mi barriga y clavo los dedos de los pies en la arena fría.

—Cuando nos enteramos de que Merry estaba embarazada, no deberíamos haberla obligado a regresar —dice—. No tendríamos que haber dejado que te criara sola.

—¿Y qué? ¿Se hubiera quedado aquí? ¿Para que todos la ayudaseis a criarme? Suena espeluznante —digo, burlona.

Desvía la mirada. Sabe que tengo razón.

—Creo firmemente que todo pasa por alguna razón, y yo estaba donde debía. —Vuelve a mirarme, su ojo violeta le brilla y añado—: Y ahora estoy exactamente donde debo estar.

Se sube los pantalones y se guarda la polla. Debe de oler a mí, y eso me provoca una ridícula oleada de alegría.

—Tú *deberías* estar en casa —dice, y cuando termina de abrocharse los pantalones, me empuja hacia el camino—. Estás temblando, es tarde y ahora tienes aún más moratones.

Le sonrío.

—Me gusta que seas un bruto conmigo.

—Para.

—Tengo derecho a que me guste.

—No si el precio es quedarte sin oxígeno en los pulmones —refunfuña.

—Mmm, habla por ti. No me importaría experimentarlo bajo circunstancias controladas.

—¿Quieres que te asfixie?

Me mira con el ceño fruncido.

Lo pienso durante un segundo.

—Sí.

—Me cago en la puta, Darling. —Me pone la mano en la parte baja de la espalda y vuelve a empujarme, como si esa idea lo horrorizara—. Vuelve a la casa antes de que te dé exactamente lo que quieres.



# 26

## Cherry

Estoy llorando tanto que no puedo respirar.

Vane ha caído a sus pies.

¿¡A sus pies!?

Corro por el bosque. No sé en qué dirección voy, pero no importa.

Vane se ha rendido a los pies de Winnie, y la forma en que la miraba…

No tenía intención de espiar. Espío mucho, pero esta vez no era mi intención espiarlos a ellos. Estaba buscando a Vane y luego lo oí… y cuando caminaba por el bosque y los vi…

Las lágrimas llegan rápido y me resbalan por la cara.

Durante todos los años que he estado en la casa, lo he intentado todo. Incluso capturé a la sombra y pensé que…

Me detengo en el camino que va del Puerto de Darlington a la casa. Me miro el brazo y observo el corte, ahora cubierto de sangre seca.

*Yo* capturé a la sombra. Yo tengo a esa tenebrosa y peligrosa sombra atrapada en mi habitación.

Y si una Darling entrara ahí…

Vale, no, no puedo hacerlo. Eso estaría mal.

Me viene a la memoria la cara de Vane mientras se follaba a Winnie contra aquel árbol. Lo estaba disfrutando. Ahora lo tiene comiendo de la palma de su mano. Si ella se queda aquí, nunca volveré a tener a Vane.

—¡Todo esto es una puta estupidez! —le grito al cielo con los puños apretados.

Pero siento como si mis entrañas intentaran salir por mi garganta. Tengo el estómago en un nudo, los ojos me echan chispas, la garganta obstruida y…

Se suponía que Vane era *mío*.

Y se suponía que Winnie tenía que regresar a su mundo y quedarse allí.

No creo en las coincidencias.

Me seco los ojos con la manga de mi camisa y regreso a la casa.

Tal vez el universo me dio la sombra por un motivo.

Después de todo, tal vez tenga que usarla.



# 27

## Peter Pan

Los gemelos están teniendo un ataque de risa.

—Lanzaste a ese cabrón por las nubes —dice Bash.

Kas se enjuga las lágrimas de la cara mientras la brisa marina le arroja el pelo sobre el rostro.

—¿Viste cómo daba vueltas mientras caía?

El Niño Perdido en cuestión, el que metí en el enorme tirachinas y lancé al cielo, camina fatigosamente por la playa. Su ropa está empapada y le cuelga del flacucho cuerpo como si fuera musgo de un árbol. Él también está borracho. Todos lo estamos.

Necesitaba esto más de lo que me pensaba.

—Eso ha estado bien —dice el Niño Perdido, y me sonríe.

—Estupendo —le digo—. Y ahora vete de aquí de una puta vez.

Regresa corriendo al fuego, donde el resto de los Niños Perdidos están bebiendo, jugando a las cartas y jugueteando con las chicas de la ciudad.

Bash, Kas y yo hemos estado notablemente ausentes de la fiesta. Inevitablemente, las chicas acabarán por rodearnos y tendremos que rechazarlas. No quiero que me arruinen el buen rato que estoy pasando. Busco a *mi* chica entre la multitud, pero ella también está notablemente ausente.

—¿Dónde está nuestra Darling? —les pregunto a los gemelos.

Bash me tiende una botella de ron recién descorchada.

—Creo que hace un rato la he visto entrar en la casa.

Las ganas de ir a verla son casi insoportables, pero hay algo de lo que tengo que hablar con los gemelos mientras sigamos los tres a solas. Doy un largo trago de la botella color ámbar y luego se la paso a uno de ellos.

—¿Qué os ha ofrecido vuestra hermana?

Se miran entre sí y puedo oír el repique de campanas sobre el estruendo del océano.

—Ni hablar, capullos. Me lo decís a la cara.

Bash suspira.

—Así, por encima, nos ofreció recuperar nuestras alas y la posibilidad de que nos aceptaran en la corte si nos poníamos de su lado o le dábamos algo que pudiera usar en tu contra.

Puede que Tilly sea joven en comparación conmigo, pero tengo que reconocer que sabe cómo motivar a sus hermanos. Ellos pueden fingir que el destierro no es más que un recuerdo lejano, pero yo sé que es como una astilla clavada profundamente bajo la piel, una que rascan y rascan mientras la herida se infecta y la piel se pudre.

Este asunto con Tilly —perder sus alas, abandonar su hogar— es algo que tienen pendiente, y cuanto más lo ignoren, peor será.

—Yo no tengo el poder de devolveros vuestras alas, pero si consigo mi sombra, tendré el poder de ayudaros a dar un golpe de estado, si es lo que queréis.

Fingen valorar la oferta, pero no son estúpidos. Siempre ha estado destinado que ocurriera así. Creo que, en el fondo, siempre supe que algún día acabarían en el trono. Tal vez por eso me los llevé cuando los desterraron. Siempre tuvieron algún valor para mí, pero ahora los considero mis hermanos. Unos gilipollas, sí, pero mis hermanos al fin y al cabo.

El tintineo de las campanas interrumpe en la noche. Esta vez les dejo tener su conversación secreta.

—De acuerdo —dice finalmente Kas—. Considéralo nuestra última palabra. Estaremos de tu lado si nos ayudas a recuperar las alas y la corte.

Asiento, sintiendo cómo los últimos rastros de alcohol se disipan. Como soy inmortal, la borrachera no me dura demasiado.

—Creo que nos lo vamos a pasar bien —digo—. Derrocar a la reina fae tiene cierto encanto.

Bash resopla.

—Estás hablando de nuestra hermana.

—Perdón. —Paso los brazos por sus cuellos y los atraigo hacia mí—. Deja que me corrija: derrocar a vuestra hermana será divertido.

Kas tira del pelo que ha quedado bajo mi brazo.

—Eres el mayor gilipollas que existe.

—En eso estamos de acuerdo.



# 28

## Winnie

Cuando llegamos a la casa, Pan está en el vestíbulo.

—Aquí estás. ¿Dónde coño te habías metido?

—Estaba follando —digo orgullosamente.

Vane emite un quejido.

La mirada de Pan pasa de uno a otro, y noto que se fija en los moratones frescos de mi cuello.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Tremendamente bien.

—Deja de fanfarronear —dice Vane—. No te queda bien.

—Al contrario. Me queda muy bien.

—¡Bash! —grita Pan a través de la casa.

—¿Sí? —responde Bash desde el ático.

—Coge el bálsamo. —Pan me señala con un dedo—. Esta vez te lo vas a poner. Fin de la discusión.

Pongo los ojos en blanco, pero con estos hombres tan poderosos no siempre puedo salirme con la mía.

—Vale.

Subimos por la escalera de caracol y Bash ya nos está esperando con el bálsamo. Entrecierra la mirada en dirección a Vane.

—No habrás roto a nuestra pequeña Darling, ¿verdad, Tenebroso?

—No —respondo yo.

—Eso es discutible —dice Vane.

Pan coge el bálsamo y se acerca a mí, pero Vane se lo quita de las manos y luego me agarra por la cintura, empujándome hacia su habitación.

—¡Vane! —chilla Pan.

—Esta noche es mía —dice Vane mientras sigue empujándome.

—No sabía que podíamos reservar turno con la Darling —dice Bash, su voz se va desvaneciendo a medida que Vane me guía hasta su habitación y cierra la puerta detrás de nosotros.

Esta es la primera vez que estoy en su habitación *y* lo suficientemente consciente como para observarla. Él rodea la estancia y enciende varios faroles; la luz dorada ilumina el espacio.

La habitación es más o menos lo que esperaba, aunque con alguna que otra sorpresa. La cama es grande, los cuatro postes son gruesos y tanto el cabecero como el pie están tallados delicadamente. Está hecha, con un suave edredón de lino y varias almohadas mullidas.

Frente a la cama hay una chimenea. El hogar revestido de piedra está frío, a pesar de la temporada cálida en Nunca Jamás. Sobre la repisa hay una pila de libros, una maqueta pequeña de un barco y otros objetos variados.

Colgando sobre la chimenea hay un gran cuadro al óleo de un prado con una niña de pie en el centro. El vestido blanco le ondea por el viento. Está de espaldas, así que es imposible saber qué aspecto tiene o qué está pensando, pero la soltura de su cuerpo me hace pensar que está feliz.

—Siéntate —ordena Vane, así que voy hacia la cama y me siento en el borde.

Abre el tarro de bálsamo, me alza el mentón con el filo duro de su nudillo y luego mete los dedos en el mejunje verde. Me frota la piel con un toque suave y, cuando siento el calor, cierro los ojos y dejo salir un suspiro.

—¿Mejor? —pregunta.

Abro los ojos y tardo un segundo en volver a concentrarme en él. Está rodeado de luz, como una visión tenebrosa hilada en oro. Tiene el torso desnudo, dejando al descubierto sus líneas marcadas y músculos firmes. Su tamaño es abrumador, pero también

reconfortante, como si siempre estuviera protegida mientras él esté cerca. Esta comprensión, lo que me hace sentir, se me atasca en la garganta y sale en forma de jadeo.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Nada, es solo que…

Espera pacientemente a que responda.

—Me preocupa que esto sea algún tipo de ilusión —confieso—. Que tal vez los gemelos me estén engañando y haciéndome creer que estás aquí. Y me aterroriza pensar que esto pueda terminar.

Sé cómo sueno: como una chica patética y desesperada por la atención y la polla del Tenebroso. Me ha follado una vez y ya no puedo estar sin él.

Pero todo esto es cierto. Más que Pan, más que Bash y Kas, quería a Vane porque reconocí algo familiar en él. Ambos estamos rotos y nos aterra que alguien pueda darse cuenta.

—Levanta —ordena, y me pongo de pie. Deja el bálsamo a un lado y retira el edredón—. Métete.

Me meto rápidamente en su cama. El corazón me late con fuerza y siento mariposas revoloteando en mi ombligo. Se acomoda a mi lado y me acerca a él, luego nos tapa con la manta.

Rodeada de su olor y acurrucada en sus brazos, estoy tan feliz que duele. No quiero que esta burbuja estalle. No quiero llorar como una idiota.

—Estoy aquí —dice él. Su voz es ronca contra mi oído mientras me sujeta firmemente a su lado. Me acaricia el brazo con los dedos —. ¿Lo sientes?

—Sí. —Me estremezco.

—Estoy aquí, y soy real. No me voy a ir a ninguna parte.

Recuerdo que Pan me dijo que Vane estaba pensando en volver a su isla. No estoy segura de si sabe que yo lo sé, pero decido usar eso a mi favor.

Vane me parece el tipo de persona que no hace promesas a la ligera, porque siempre cumple su palabra.

—Prométeme que no te irás a ninguna parte.

Gruñe.

—Me obligaste a prometerme que te apuñalaría en la cara. Ahora es tu turno. Por favor.

—Vale. Lo prometo, Darling.

—¿Prometes el qué?

—Que no voy a ir a ninguna parte.

Esas palabras resuenan en mi cabeza mientras el bálsamo feérico se extiende por mi sangre y alivia la tensión y dolor de mi cuerpo.

Me aferro a esas palabras con todo lo que tengo. Y me aferro a él un poco más.



# 29

## GARFIO

—Jas.

Una mano me agarra del hombro y me zarandea.

Me despierto de un salto y muevo el garfio violentamente, casi alcanzando la cara de Smee con la afilada y curvada púa. Lo esquiva por poco y me mira con el ceño fruncido, decepcionada. Como si fuera mi culpa.

—Santo cielo. —Me froto los ojos con el pulgar y el índice—. No hagas eso.

—¿Cómo se supone que debo despertarte, eh? ¿Con una vara de tres metros?

—Puede, si quieres conservar tu cabeza pegada al cuello, claro. —Cuando la miro, está tensa de impaciencia—. ¿Qué pasa?

—Han encontrado la sombra de Pan.

Me pongo de pie de un salto.

—¡Smee! Tendrías que haber empezado por ahí.

Salgo corriendo de la casa y oigo cómo murmura algunas obscenidades detrás de mí.

—¿Dónde? —pregunto por encima del hombro.

—Junto al río.

El Río Misterioso está a poca distancia al noreste de la casa. A medida que me acerco, puedo oír el agua correr por el lecho y a varios hombres gritándose entre ellos.

—¡Fuera de mi camino! —grito, y empujo a varios piratas.

La sombra de Peter Pan está contra el tronco de un roble. Es difícil verla cuando la miras directamente, ya que es más una insinuación que una forma. Pero puedo sentirla. El aire está cargado de poder.

Por primera vez en mucho tiempo, estoy rebosante de esperanza.

La cara del Cocodrilo cuando se dé cuenta de que tengo la sombra de Nunca Jamás…

—¿Y ahora qué, mi capitán? —pregunta uno de los hombres.

Excelente pregunta. Nunca había pensado en el plan a partir de aquí. Tal vez fui demasiado imprudente en ese sentido.

¿Cómo se captura una sombra rebelde? O, mejor, ¿cómo se reclama?

Miro a Smee. Ha pasado varios años en otras islas estudiando la magia. Es mortal y aterrizó en la cadena de islas cuando tenía diecinueve años, pero siempre ha sentido fascinación por estas cosas y tiene una memoria que supera a la de cualquiera.

—Nadie que tenga una sombra ha sabido cómo la ha reclamado —dice.

—Maldita sea.

La sombra se lanza hacia un lado y todos nosotros nos abalanzamos sobre ella. Vuelve hacia el árbol y se esconde entre las ramas.

—Necesito un cofre —les digo.

Nadie se mueve.

—Bueno, ¡no os quedéis ahí parados, cabrones!

Dos hombres salen corriendo hacia el bosque, de vuelta a la casa. Yo me acerco a la sombra.

—Cuidado, Jas —dice Smee.

—Sé lo que estoy haciendo.

Los bordes de la sombra tiemblan cuando intento alcanzarla con el garfio. Si es violenta, mi arma podrá resistir. Mi cuerpo es otro asunto.

He oído algunas cosas horribles sobre la sombra tenebrosa, y es difícil predecir lo que hará la Sombra de la vida. Rebota de un lado a otro, estirándose.

Los hombres regresan con un cofre del tamaño de un perro grande.

—Abridlo —les ordeno—. Y sujetadlo.

Se colocan cada uno a un lado del cofre y ponen una mano en la base y la otra en la tapa, de modo que el baúl parece un enorme agujero frente a la sombra.

No necesito saber cómo reclamarla ahora mismo, pero no puedo dejar que se me escape.

—Preparaos para cerrar la tapa —les digo, y me escabullo sigilosamente tras el árbol.

Smee lo rodea por el otro lado, con los brazos sueltos a los lados y las rodillas dobladas, lista para lanzarse.

—A la de tres —le digo.

—Vamos —dice ella.

—Uno —digo.

Los piratas se quedan quietos.

—Dos.

Los hombres que están sujetando el cofre se mueven nerviosos y les lanzo una mirada asesina. Vuelven a enderezar el cofre y, esta vez, lo sujetan con fuerza.

—¡Tres!

Smee y yo nos abalanzamos. La sombra salta hacia delante y se estrella con fuerza contra el fondo del cofre. Los hombres lo dejan en el suelo y este se balancea.

—Cerradlo, ¡idiotas!

El más corpulento de los dos se lanza hacia la tapa mientras la sombra golpea el fondo, intentando escabullirse, y el segundo hombre echa el pestillo.

Una vez cerrado, por fin puedo respirar. Luego miro a Smee y sonrío. Ella niega con la cabeza.

—Esto no me gusta, Jas.

—No te pago para que te gusten las cosas, Smee. Solo para encontrarlas. Ahora vámonos. Tenemos que descubrir cómo reclamar esta maldita cosa antes de que llegue Peter Pan.



# 30

## Winnie

Estamos todos en el ático, esperando a que el rey de Nunca Jamás despierte. Hoy es la noche que irá al territorio de Garfio para buscar su sombra y todos parecen convencidos de que la encontrará.

Vane está sentado en una esquina del sofá leyendo un libro. Tengo la cabeza sobre su regazo y estoy estirada a lo largo del sofá, con Bash entre mis muslos. Inhala profundamente mi aroma y pone los ojos en blanco.

—Hueles tan bien, Darling —dice—. ¿Te importa si como un poco?

—Estoy llena del semen de Vane —le digo—. Pero adelante.

—Por Dios —refunfuña Vane.

Finalmente se ha rendido a mí, pero no está del todo satisfecho, lo que me hace aún más feliz.

—Tengo hambre —dice Bash—, pero no *tanta* hambre.

Vuelve a acomodarse entre mis piernas y yo le paso los dedos por su oscuro y sedoso pelo.

Al otro lado de la habitación, Kas está en uno de los sillones de cuero con las piernas apoyadas sobre el reposabrazos mientras intenta resolver uno de esos ingeniosos rompecabezas de madera. Tiene el ceño fruncido de lo concentrado que está, la misma expresión decidida que cuando me tenía atada al Árbol de Nunca Jamás y me provocaba un orgasmo tras otro.

Me cuesta creer que esta sea mi nueva realidad: que he encontrado a cuatro buenorros y son todos para mí. Que no solo quieren follarme, sino que también parece que les gusto tal y como

soy. Y por quien no soy.

¿Será esta mi vida a partir de ahora? ¿Relajarme en la playa y follarme a cualquiera de ellos cuando quiera? ¿Dejar que Bash cocine para mí mientras Kas me cuenta un cuento, Vane medita a mi lado y Peter Pan se fuma un cigarro siendo más *sexy* de lo que un hombre debería tener permitido ser? Tengo tantas ganas de que esta sea mi realidad que me duele el estómago.

A medida que el sol va cayendo, me vuelvo más impaciente. Y cuando oigo la puerta de la tumba de Pan abrirse, siento un remolino de emoción en el vientre.

—Lo he conseguido —dice Kas, alzando el rompecabezas de madera, satisfecho consigo mismo.

—Bien hecho, hermano —dice Bash, y pasa un brazo por mi muslo—. Has resuelto un juguete para niños.

—Oh, cállate la puta boca —dice Kas.

—Cerrad la puta boca los dos.

El rey de Nunca Jamás ha despertado.

Joder, qué bueno está.

Tiene el pecho desnudo y los pantalones le caen por las caderas, dejando al descubierto las líneas firmes que se extienden hasta perderse bajo la cinturilla. Al igual que Vane, no está tan fornido como los gemelos, pero es el más alto y su presencia llena el espacio. Creo que todos estamos un poco pillados por él. Incluso Vane.

Levanto la vista del regazo de Vane y Pan me mira a los ojos. La arruga entre sus cejas se suaviza cuando ve lo relajados que estamos, como si hubiera estado llevando la tensión entre Vane y yo justo ahí, en ese pliegue.

No sé por qué, pero su alivio al comprobar que todos nos llevamos bien me provoca un calor extraño en el pecho.

*Por favor, que esto sea real.*

—Levantaos, todos —dice—. Nos esperan.

—¿Yo también? —pregunto.

—Tú te quedarás cerca con los gemelos, pero fuera de la vista. No voy a dejarte aquí sola para que Garfio envíe a sus hombres a secuestrarte.

Kas y Bash también tienen el pecho desnudo y llevan pantalones cortos —su atuendo de playa—, así que se levantan y desaparecen por el pasillo para vestirse.

—¿Bash ha hecho café? —pregunta Pan.

—Sí —respondo.

—Vosotros dos, venid conmigo.

Se dirige a la cocina.

Me levanto. Vane cierra su libro, lo deja a un lado y se incorpora conmigo. Me dedica una mirada cargada de deseo que hace que el estómago me dé un vuelco y sienta un hormigueo en la cabeza. Y luego me empuja hacia la cocina.

Pan está junto a la encimera llenándose una taza de arcilla con café caliente. De la cafetera sale vapor.

—Cuéntame cómo estás —dice, aunque no queda claro a quién se refiere.

Vane apoya la espalda en el borde de la encimera y cruza los brazos sobre el pecho.

—Estoy bien —respondo—. Mejor que bien.

Con la taza en la mano, Pan se gira hacia mí. Su mirada se clava en mi cuello y luego recorre mi cuerpo como si estuviera buscando una mentira. Cuando parece satisfecho con lo que ve, se vuelve hacia Vane.

—¿Encontraste la solución?

—Sí —responde Vane.

Pan no pide más detalles, y admiro su confianza al dejarnos guardar nuestros secretos. Debería haber sabido que la manera de llegar al corazón del Tenebroso era con sangre y dolor, pero, sobre todo, vulnerabilidad.

Vane y yo nos entendemos mutuamente porque ambos estamos rotos. Y ambos odiamos admitirlo. Así que no lo haremos. Diremos esas verdades con sexo, dolor y sangre hasta quedarnos saciados.

Pan asiente y bebe de su café. El vapor se enrosca sobre sus afilados rasgos y siento envidia de que pueda tocarlo. Sé que tiene una misión que completar, una sombra que reclamar, pero, de repente, yo también tengo hambre de él.

—Nos iremos pronto —dice Pan—. Ponte más ropa, Darling —añade—. Solo nosotros podemos apreciarte.

—¿No vamos a añadir al Capitán Garfio a nuestro harén? —lo provoco.

Tanto Pan como Vane ponen mala cara, como si acabara de sugerir que añadiéramos un pulpo.

—No vuelvas a pronunciar esas palabras —gruñe Vane.

Pan inclina su taza hacia él.

—Lo secundo. Ahora ve, Darling. Tienes diez minutos.

—Vale, está bien.

Empiezo a alejarme, pero Pan me agarra de la muñeca y me tira hacia él. Planta sus labios en los míos y abre la boca para que su lengua se deslice y se encuentre con la mía.

Aunque su cuerpo arde contra el mío, siento un escalofrío. Cuando se separa, me empuja hacia Vane, que acepta el reto.

Me gira para que mi espalda quede contra su pecho, luego me pasa un brazo por la cintura y, con la otra mano, me rodea la garganta. Me voltea hacia él y reclama mi boca, su lengua hundiéndose más profundamente que la de Pan.

Me aferro a su brazo, intentando mantenerme firme mientras la cabeza me da vueltas y la respiración se me acelera. El coño me palpita en busca de atención, y Vane desliza una mano hasta mi pecho, lo aprieta con fuerza y termina en mi pezón con un pellizco tan intenso que gimo en su boca.

Cuando Vane termina el beso y me endereza, estoy mareada, delirante y tambaleándome. Pan se lame los labios, claramente disfrutando del espectáculo, pero, por una vez, está más concentrado en su misión que en mi coño.

—Ve —dice, señalando mi habitación con la cabeza.

Tal vez, cuando volvamos, puedo tomarlos a los dos: a la Sombra de la muerte y a la Sombra de la vida.

Oh, Dios, pensar que ambos podrían llenarme es orgásmico. Con estos crueles hombres no aguantaré ni cinco minutos.

Al salir de la habitación, me aseguro de mover las caderas con descaro. Quiero que sepan qué les espera después de esta misión.



# 31

## Peter Pan

Vane y yo miramos a nuestra Darling salir de la habitación como si fuera un sol poniéndose en el horizonte y llevándose el calor con ella. Si recupero mi sombra, podré volver a vivir durante el día, pero tal vez Darling sea toda la luz que necesite.

—¿De verdad lo tienes dominado? —le pregunto a Vane.

Desvía la mirada de la figura de Darling.

—Lo suficiente. —Luego frunce el ceño—. Parece que necesito dolor y sangre para volver en mí.

Eso tiene sentido. Aunque sigue sin gustarme.

—La devolveré —añade—. Ya no quiero ni necesito la sombra. La devolveré…

Su voz se va apagando y no termina la frase.

—La devolverás por ella.

Resopla y desvía la mirada, pero no lo niega.

Darling nos tiene a todos venerándola. Sigo sin entender cómo lo ha hecho. Es una maga que no deja de hacer trucos que no logro descifrar.

Tal vez su húmedo coño sea el truco, porque, joder, cada vez que envuelve mi polla me deja maravillado.

—No sé cómo es tener la Sombra de la vida, pero la Sombra de la muerte duele. Es una carga que ya no quiero soportar. Este es el final. Estaré bien sin ella.

—¿Y la Sombra de la muerte de Nunca Jamás? —pregunto—. ¿Qué hacemos con ella?

—Dásela a uno de los gemelos.

—Kas podría controlarla. Es pragmático, paciente, fiable. Creo que de los dos es el que mejor la manejaría.

—Coincido.

—Pero tú vas a quedarte con la tuya hasta que derroquemos a la reina fae, ¿vale? Hazlo por mí.

No lo digo como si fuera una pregunta, pero creo que él sabe que tampoco es una orden.

—No nos dejaré en una posición vulnerable. Pero que mi hermano esté viniendo a la isla complica las cosas. Desenterrará nuestro pasado.

—Lo sé.

Aunque no es cierto. No conozco su historia en profundidad, solo por encima, y hasta eso está borroso.

—Un problema a la vez —repito.

—Tenemos demasiados putos problemas. —Se aparta, mirando hacia la isla—. Hablando de problemas… ¿Has visto a Cherry? Si nos presentamos en la puerta de Garfio sin ella, puede que tengamos un problema.

—No la he visto. En algún momento aparecerá y luego la enviaremos a casa como un gato salvaje.

Asiente.

—Vayamos a darles una paliza a los piratas y recuperemos tu sombra. Estoy cansado de ser el más poderoso de este grupo.

—Puto gilipollas —digo, riéndome mientras le paso el brazo por el cuello. Él también se ríe—. Cuando la recupere, correremos por las nubes.

Su ojo violeta se ilumina con la promesa de un desafío.

—Disfrutaré ganándote.



# 32

## Kas

Caminamos hacia el territorio de Garfio. Tenemos a nuestra Darling a salvo entre mi hermano y yo, con Pan y Vane a la cabeza. La noche es fresca y los lobos aúllan. La energía en el aire es extraña y no sé qué pensar.

Pero los lobos son una buena señal. Nani siempre decía que eran un símbolo de protección y fuerza. Más nos vale que lo sean esta noche. Si vamos a ir contra Tilly, Pan necesita reclamar su sombra, y rápido.

Tal vez eso es lo que se siente extraño: enfrentarse a nuestra hermana es como llevar un traje demasiado entallado que raspa la piel. No quiero odiarla y, aun así, la ira que siento está demasiado cerca del odio. Ella conocía las intenciones de padre y estaba dispuesta a aceptarlas: desheredarnos, casarse con un pirata y derrocar a Peter Pan.

¿Es que Bash y yo no hicimos todo lo que debíamos para convertirnos en reyes? Pasamos interminables horas en clases de decoro y etiqueta en la corte. Estudiamos textos antiguos para aprender las costumbres de nuestros antepasados. Practicamos magia feérica y dedicamos horas en el jardín a blandir espadas y ensayar posturas de combate hasta que las piernas nos temblaban y los músculos nos dolían. ¿Y qué hacia nuestra querida hermana mientras? Aprendió a bordar tapices y a convertir los cotilleos de la corte en armas afiladas.

En cierto modo nos utilizó, y no estoy seguro de que algún día pueda llegar a perdonarla. Pero todo este tiempo que he estado con Pan, siempre ha habido una pequeña semilla de esperanza: que rescindiría nuestro destierro y volvería a aceptarnos, sin condiciones ni contratos. Ahora, esa esperanza ha muerto y esta pérdida se siente como si me hubieran arrancado una costilla, como si no pudiera encontrar una postura cómoda para mantenerme en pie.

Darling recula un paso y pasa su brazo por el mío.

—Puedo sentir que estás melancólico.

—No estoy melancólico —digo, melancólico.

—¿Qué pasa?

Miro hacia el camino. El territorio de Garfio ya está cerca, lo que significa que, en cualquier momento, podría girar a la izquierda y llegar a territorio fae. La atracción sigue siendo muy real, y su cercanía me duele.

La luz de la luna ilumina el rostro de Darling cuando me mira a través de sus pestañas.

—Estoy enfadado con mi hermana —admito—, y desearía no estarlo.

Bash se coloca al otro lado de Darling y le pasa un brazo por los hombros.

—Odia el hecho de que tengamos que matarla.

—*Espera*… ¿vais a hacerlo?

A Darling parece que le disgusta la idea tanto como a mí.

—No va a parar hasta que la matemos —añade Bash—. A mí me parece bien. He hecho las paces con esa idea.

—Ojalá yo pudiera ser igual de impasible —respondo.

—O ella o tú, hermano. Siempre deberías elegirte a ti.

Lo miro con el ceño fruncido por encima de la cabeza de Darling.

—Es nuestra hermana.

—Y nos traicionó.

Cierto. Yo solo quiero coger a Tilly por los brazos y zarandearla hasta que vuelva a ser nuestra querida hermana pequeña, la que nos miraba como si fuéramos sus héroes. En ese momento, lo

éramos. Hubiéramos hecho cualquier cosa por ella. De hecho, lo hicimos.

—¿Qué pasará con la corte fae si muere? —pregunta Darling.

Bash y yo volvemos a mirarnos.

«Esa es la pregunta», dice Bash. «¿Tenemos pensado regresar al palacio? ¿Enviar a Darling de una casa a otra como si fuera una niña con padres divorciados?».

Me giro hacia el camino y veo que Pan tiene la oreja hacia nosotros. Creo que ya no puede hablar nuestro idioma, pero a veces sospecho que recuerda una palabra o dos.

No haré nada que pueda traicionarlo. De eso estoy completamente seguro.

«El tiempo corre y, cuando llegue el momento, encontraremos la solución».

«Pues claro que corre. Igual que nos corremos nosotros dentro del coño de la Darling».

Le doy un golpe en la nuca, lo que le arranca una carcajada mientras mira al cielo.

—Silencio —ordena Pan justo cuando cruzamos al territorio de Garfio.

Una vez en tierra pirata, la atmósfera cambia por completo. Es más caótico, pero a la vez menos salvaje que el territorio de Pan. Como un *joker* embutido en un traje de tres piezas: la energía de la tierra de Garfio es un eco de él mismo. Siempre ha intentado ser algo que no es. Menos pirata, más caballero.

He oído que nació en Inglaterra, hijo de una familia noble, pero hay un motivo por el que está aquí, en Nunca Jamás, con unos piratas como tripulación y no en su país natal viviendo una vida respetable. El hecho de que aún no haya aceptado esa realidad puede ser parte del motivo por el que es un capullo de primera clase.

Seguimos caminando, la grava crujiendo bajo nuestras botas.

Cuanto más nos acercamos, más caótica se vuelve la energía de la noche, y se me eriza el vello de los brazos.

—¿Sentís eso? —digo a nadie en concreto.

Hemos ralentizado el paso.

—¿Qué es? —pregunta Bash, buscando en la oscuridad.
—Es mi sombra —responde Pan—. Está inquieta.
—¿Qué quiere decir eso? —pregunta Darling.
—Que alguien la tiene acorralada —dice Pan.



# 33

## Peter Pan

Desde que mi sombra cruzó al territorio de Garfio, no me ha preocupado demasiado que él pudiera atraparla. Siempre lo he considerado una mala hierba que brotó de la tierra de Nunca Jamás. Un hierbajo que, haga lo que haga, nunca logro arrancar de raíz.

Él es, o *era*, más una molestia que una amenaza.

Hasta me quitó a Wendy. Entonces mi opinión sobre él cambió *levemente*. Y después cambió a Cherry por Smee, lo que no hizo más que confirmarlo. ¿Quién coño intercambia a su propia familia como si fuera mercancía?

Siempre hubo una pequeña parte de mí que sintió lástima por Cherry. Obligada a moverse de un lado a otro, como una hoja atrapada en un remolino, sin poder escapar de la corriente que la arrastra.

No estoy seguro de que devolverla sea lo mejor para ella. Tal vez ninguna de las dos opciones lo sea. Ella quiere a Vane, pero ya no puede tenerlo. No desde que encontró el camino hacia nuestra Darling.

Y Darling ya es de él. Cuando Vane decide que algo será suyo, nada lo detiene.

Ahora, mientras avanzamos por el camino que lleva a la bahía y a la casa de Garfio, me pregunto si lo subestimé. Quizá debería haber traído a Cherry. Ella era una póliza, una cuya utilidad claramente he pasado por alto. Porque tengo la puta certeza de que Garfio tiene mi sombra. Puedo sentirla. Tiembla, se resiste. Y también siento pánico… como si estuviera… ¿atrapada?

Me paso las manos por la cabeza y giro en círculos, mientras los demás esperan que decida qué coño vamos a hacer. Si Garfio tiene mi sombra, entonces ya no hay dudas: sabe por qué estoy aquí. Sabe que mentí sobre mis razones. Y si la tiene, solo le quedan dos opciones: o usarla contra mí o intentar reclamarla.

¿De verdad ese imbécil pretencioso cree que puede reclamar *mi* sombra? Todo el mundo siempre intenta lo mismo: quitarme lo que es mío por derecho.

—Chicos —digo, deteniéndome bajo la luz de la luna—. ¿Qué os parece si matamos a unos cuantos piratas?

Vane ladea la cabeza.

—Obviamente no voy a rechazar la oportunidad de derramar sangre pirata.

Bash se ríe.

—Derrama la sangre de Garfio y seguro que se desmaya al verla.

—Tengo otra idea. —Miro a Vane—. ¿Qué tan rápido puedes volar de vuelta a casa?

Vane recupera el objeto de uno de los cajones de mi cómoda y regresa en menos de quince minutos. Para entonces, ya estamos a medio camino de la bahía, en el extremo de la isla de Garfio.

—¿Es esto? —pregunta Vane, sosteniendo el objeto.

El cristal reluce bajo la luna como si ardiera por dentro.

—Eso es.

Me lo guardo en el bolsillo, junto con la caracola de la laguna.

—Hay algo más que deberías saber —añade Vane—. Cuando volvía, he visto a unos piratas escabulléndose por la playa hacia la casa del árbol.

—Mierda.

Por eso trajimos a Darling. Aunque meterla en territorio pirata tampoco es precisamente brillante. Igual que con Cherry: no hay una buena opción.

—Bash, Kas. Cuando nos acerquemos a la casa de Garfio, os quedáis en el bosque con nuestra Darling. Vane y yo entraremos. Si mi sombra está ahí, lo sentiré en cuanto nos acerquemos.

Los gemelos asienten.

—¿Todo el mundo sabe lo que tiene que hacer? —pregunto.

Todos asienten. Incluso Darling. Y yo no puedo esperar a que todo esto acabe, reclamar mi sombra y estar otra vez lleno de poder. Porque en cuanto amanezca, pienso hundir mi polla en ella hasta que tiemble de placer.

Sobre la bahía, en la ladera de una colina, se levanta una pequeña ciudad. La casa de Garfio corona la cima, erigida como un trono desde el que pretende reinar sobre su territorio.

El camino se bifurca: a la izquierda, la casa de Garfio; a la derecha, la ciudad y la bahía. A pesar de lo tarde que es, la ciudad brilla como un faro en la noche, y por la colina suben ecos de voces y risas. Siempre he oído que la ciudad de Garfio está hecha para hombres y mujeres con pocas expectativas… y aún menos honor.

Nos dirigimos hacia la izquierda, donde mi sombra tiembla en algún lugar fuera de mi alcance. Abandonamos el sendero a mitad de la colina y nos internamos en la oscuridad.

—Esperad aquí —ordeno a los gemelos—. Si tenéis que moveros, silbaré. ¿Entendido?

Ambos asienten y se llevan a Darling hacia un bosquecillo de abedules.

—Buena suerte —dice Kas.

Antes de irme, Darling me abraza. Me pilla desprevenido y sé que percibe lo rígido que está mi cuerpo. Tardo unos segundos en rendirme y hundirme en sus brazos.

—Volveré —le digo.

—Lo sé.

Cuando se separa, mira a Vane, pero ninguno de los dos hace ademán de tocarse.

—*Volveremos* —corrijo, y Darling asiente antes de que Vane y yo nos demos la vuelta.

Garfio me está esperando. Cuando divisamos su casa, regresamos al camino. Si no lo odiara tanto, hasta podría apreciar que la construyera imitando a una gran casa del árbol.

Se alza en la ladera, sostenida entre tres robles enormes, con varios balcones, algunos privados y otros compartidos, que se abren hacia la bahía. A medida que subimos los anchos escalones de la entrada, el aire se impregna de olor a cigarros. Un grupo de piratas fuma alrededor de una mesa de hierro forjado.

—¿Ya podemos empezar a matar? —pregunta Vane en voz baja.

—Será mejor que nos guardemos esa baza para cuando de verdad la necesitemos.

Los piratas nos siguen con la mirada fija, como si supieran algo que nosotros aún ignoramos. El nudo en mi estómago se aprieta.

Con Vane a mi lado, entro en la casa de mi enemigo. La piel se me eriza; las manos me piden destrozar jarrones y arrancar lámparas de cuajo. Ya ni recuerdo cómo empezó mi guerra con Garfio. Y da igual. El odio es tan vívido que parece una criatura viva que respira y me acompaña.

Detesto a ese hombre y todo lo que representa.

—¿Por dónde? —pregunta Vane susurrando.

La sensación de que estamos cayendo en una trampa me cala hasta los huesos. Aun así, me muevo hacia la izquierda. Mi sombra está tan cerca que el aire vibra, cargado como una tormenta eléctrica a punto de estallar.

—¿Qué posibilidades hay de que podamos entrar y salir sin que nadie se dé cuenta? —pregunta Vane.

—Sospecho que…

—*Peter Pan.*

Se me eriza el vello de la nunca. Los dientes me rechinan. La voz de Garfio me raspa como papel de lija contra los nudillos. Cada músculo de mi cuerpo se tensa.

—Puedo asegurarte que tu *perdido* Niño Perdido no está aquí, en mi casa.

Garfio desciende por la gran escalera con las manos a la espalda. Viste con uno de esos ridículos capotes con bordados dorados en el cuello y las solapas. Ha dejado atrás los putos

leotardos y los estúpidos zapatos con hebillas; ahora lleva pantalones más prácticos y botas de cuero.

—Creo que los dos sabemos que no estoy buscando a un Niño Perdido —digo.

Garfio me sonríe, los dientes blancos le relucen como un desafío.

—¿Qué quieres decir?

Hay una energía en Garfio de ego inflado y ceguera voluntaria. Él cree que es mejor que yo, cuando en realidad solo es un hombre plagado de debilidades, tantas que necesitaría páginas enteras para enumerarlas.

No es mejor que yo. Aunque puede que sí sea más ambicioso.

Echo un vistazo rápido a la casa.

—¿Dónde está?

Desde mi posición solo alcanzo a ver el vestíbulo, media sala de estar y, a la izquierda, un gran salón que conecta con lo que parece ser una biblioteca. Si alguna vez he puesto un pie aquí, no lo recuerdo.

—¿Dónde está el qué?

Garfio se detiene en el último escalón. Retira las manos de la espalda, dejando que su garfio brille bajo la luz. Resulta difícil apartar la mirada.

Yo soy parte de la razón por la que lo lleva. Eso sí que lo recuerdo. Recuerdo sus gritos al ver su propia sangre. Recuerdo al Cocodrilo deslizar un dedo por el líquido carmesí y luego pasarse la lengua por él, saboreándolo como un manjar. Recuerdo cómo Garfio se desmayó y la risa del Cocodrilo, como si todo fuera una broma privada.

Ese cabronazo da más miedo que Vane. Lo admiro casi tanto como lo temo. Aunque a Garfio lo aterra todavía más, y yo sé aprovecharlo.

—Te lo voy a preguntar una vez más, James. ¿Dónde coño está mi sombra?

La mandíbula de Garfio se tensa. Me mira con esa inclinación aristocrática de nariz que tanto detesto.

—Ya te lo he dicho: no lo sé. Además, ¿no falta alguien? ¿Dónde está Cherry?

Su voz se quiebra al nombrarla. Un estremecimiento le sacude el cuerpo, disipando la emoción que había intentado ocultar.

Mi sombra se agita con más violencia. No hay duda: está encerrada en algún lugar de esta maldita casa. La siento cerca. Pero no lo suficiente.

Avanzo hacia la izquierda, en dirección a la biblioteca, cuando una explosión revienta el aire. Los adornos de madera que revestían las puertas dobles se astillan bajo el impacto de las balas de mosquete.

Me detengo en seco.

—Yo que tú no daría ni un paso más —advierte Garfio.

Me giro despacio.

Smee está detrás de Vane, presionando una pistola contra la base de su nuca. Sus dientes rechinan, y lo peor: el ojo violeta de Vane se ha vuelto negro. La sombra lo muerde desde dentro. Tras Smee, una fila de piratas armados bloquea cualquier salida.

Vane y yo podríamos deshacernos de Garfio y de Smee en cuestión de segundos. Quizá incluso abrirnos paso entre unos cuantos piratas. Pero mi mirada busca a Vane, tratando de calcular cuánto le falta para soltar su sombra y dejar que haga su puto trabajo.

Está temblando de puro esfuerzo por mantenerla a raya.

Le hago un gesto apenas perceptible. Pero justo cuando la sombra tenebrosa sale a jugar, la reina fae entra por la puerta. Y en sus manos tiene atrapada a nuestra Darling, indefensa.



# 34

## Peter Pan

Los gemelos parecen drogados, tienen los ojos vidriosos, como perdidos en otra parte. Me lleva un instante darme cuenta de que están atrapados en una ilusión. Pero Darling no, ella está consciente, atrapada bajo las largas uñas de Tilly, que le aferran el pelo y le presionan la cabeza.

Alzo las manos.

—Está bien. Soy vuestro. ¿Qué planeáis hacer conmigo?

La verdad, me da igual. Solo necesito ganar algo de tiempo.

Tilly se ríe.

—¿Qué vamos a hacer? Queremos verte muerto. Considéralo una invitación formal a tu funeral.

—Espera —gruñe Garfio con los dientes apretados—. Antes de que te lo cargues necesito saber cómo se reclama la sombra.

—No te preocupes, Garfio. Estoy segura de que lo descubriremos.

—Tilly, siempre has sido demasiado orgullosa para tu propio bien —digo.

Se ha traído refuerzos. Faes vestidos con armaduras oscuras: cuero en hombros y codos, y telas bordadas con hilos iridiscentes. Muy formales para venir a matarme.

—Menudas pintas lleváis —digo—. Decidme, ¿también os dais cera a las estupendas botas de cuero antes de cada pelea?

Tilly aprieta los labios. Y entonces todo se tambalea a mi alrededor.

—Sé lo que intentas —escupo, mientras la oscuridad flota y el aire adquiere el olor de tierra mojada—. Tus ilusiones no funcionan conmigo.

Tilly lucha contra mi mente durante medio minuto más hasta que se rinde y suelta un resoplido frustrado.

—Muy bien. Matadlo.

—¡Espera! —interviene Garfio—. Mi hermana. No la has traído.

—¿Es eso lo que te preocupa? ¿No ves que estos de aquí son mis hermanos? Literalmente estoy arriesgando sus vidas por esta guerra. ¿Y tú solo piensas en tu hermanita? ¿La que lleva años viviendo con ellos?

Garfio abre las aletas de la nariz, respirando hondo, intentando dominar su expresión.

—Me gustaría tener alguna prueba de que está bien o de que está cerca. ¿Y si le han hecho algo? ¿O la han escondido? ¿Cómo podría encontrarla?

—¿Ha sido así? —me pregunta Tilly—. ¿Le habéis hecho algo a Cherry?

Sin duda merece la pena marcarse un farol.

—Supongo que lo descubriréis cuando esté muerto, ¿verdad?

Tilly le enreda aún más los dedos en el pelo a Darling. Ella grita, el dolor se dibuja en las finas líneas de sus ojos.

El corazón me da un vuelco.

—¡Para!

Me lanzo hacia delante y, al instante, los piratas alzan las armas y los fae tensan sus arcos.

Me detengo. Tilly tira de Darling hacia atrás.

—Responde a la pregunta para que podamos seguir con esto.

Miro a Garfio. No quiero ver emoción en su rostro, pero está ahí: el miedo. Cuando cambió a Cherry por Smee parecía que su hermana no le importaba. Pero eso fue hace tiempo. Ahora, en el presente, lo aterroriza la idea de que hayamos podido hacerle algo. Quizá siempre supo, en el fondo, que mientras estuviera en nuestra casa algún día podría recuperarla. Ahora ya no sabe qué creer, y no tiene manera de saber la verdad.

Y me alegro de haberla dejado atrás.

—Por favor —dice Garfio.

No me gusta que me coaccionen con algo tan humano como la empatía.

La desesperación en su rostro casi consigue hacerme cambiar de opinión.

*Casi*.

—Está en una caja de metal en el fondo del océano.

—¡No! —grita Garfio, y luego se abalanza sobre mí.



# 35

## Peter Pan

Esta es la distracción que necesitamos.

Cuando Garfio se lanza sobre mí, Vane vuela hacia Darling y Tilly. El Tenebroso siempre ha sido rápido, pero lo es aún más cuando Darling está en peligro.

Antes de que Tilly se dé cuenta de lo que ocurre, ya la tiene en brazos.

Bien.

Garfio me embiste y dejo que me arrastre hacia atrás, atravesando las puertas de la biblioteca. Mi sombra me percibe y empieza a temblar donde quiera que esté.

Se oyen gritos en la habitación contigua y varias armas se disparan. Justo antes de que Garfio me estrelle contra un sofá, alcanzo a ver a los gemelos en pie, diezmando a los guerreros fae a base de puñetazos.

Caemos al suelo.

Garfio se coloca encima de mí, con los ojos desorbitados y la boca apretada por la cólera. Yo tengo mal temperamento, pero el suyo es legendario.

Con una mano me agarra del cuello y con el garfio me corta la cara.

La sangre brota de inmediato. Aprieta con más fuerza y se me escapa una bocanada de aire que despeina el pelo pegado a su frente.

—¡Cómo has podido! —grita.

—Ella… no paraba de dar patadas… y… gritó… durante todo el camino.

Eso lo enloquece más. El garfio se hunde en mi costado y la púa me perfora la carne. El dolor es agudo, me atraviesa hasta los huesos.

Pero yo sigo concentrado y Garfio está cegado por la ira.

Con esfuerzo, meto la mano en el bolsillo de mis pantalones y saco un reloj. El garfio se clava aún más; noto cómo me arranca las lágrimas.

A tientas, busco la corona del reloj y la aprieto.

*Tictac.*

Garfio se estremece.

*Tictac, tictac.*

El terror se apodera de su rostro.

—No —dice con voz entrecortada—. *Él* está aquí.

*Tictac, tictac…*

Se aleja a trompicones y se lleva el garfio al pecho.

—No, no, no.

La sangre me corre por el costado y me empapa la camisa. Me pongo en pie tambaleante y examino la habitación.

Mi sombra está aquí, lo sé. Puedo sentirla.

Garfio se arrastra hasta una esquina y se desploma, protegiéndose la cabeza con los brazos. Sería tan jodidamente fácil acabar con él ahora.

En la otra sala, Kas está destrozando a un pirata con un busto de mármol. La sangre impregna el aire. Tilly gira alrededor de Bash, sus alas desplegadas brillan en carmesí.

Pero no hay rastro de Vane ni de Darling.

Avanzo hasta el fondo de la biblioteca. Debajo de cada fila de estanterías hay varios armarios. Los voy abriendo uno a uno. En el tercero, encuentro un cofre rectangular. Cuando me agacho, tiembla.

—Aquí estás, capulla.

El cofre vuelve a sacudirse.

Agarro una de las correas de cuero y tiro hacia mí. Con la otra mano saco la caracola del bolsillo por precaución.

—Vamos, joder. No te atrevas a volver a escapar de mí.

Deslizo el pestillo.



# 36

## Winnie

Vuelo en los brazos de Vane, sujeta contra la dureza de su pecho.

—No mires abajo, Darling —grita por encima del viento.

No sé a qué velocidad vamos, pero parece más rápido que un avión de reacción. Me aferro a él con todas mis fuerzas y cierro los ojos. No estoy preparada para este tipo de magia: volar sobre las nubes con el vacío rugiendo bajo mis pies. Algún día, quizá lo esté. Pero hoy no.

Aterrizamos frente a la hoguera apagada. La casa parece silenciosa, aunque se vislumbran algunas sombras moviéndose tras las ventanas.

—Piratas —gruñe Vane.

—¿Qué hacemos?

—No *hacemos* nada. *Yo* voy a matarlos de una puta vez.

Me agarra de la mano y me guía hasta el patio trasero. Subimos las escaleras y cruzamos el balcón. Se mueve en silencio, con la seguridad de quien ha nacido en las sombras, calculando cómo asesinar antes de que la presa lo note.

Abre la puerta despacio y entramos.

El primer pirata nos espera en el comedor. Vane lo sujeta de los brazos y deja que las tinieblas penetren en su piel. El hombre convulsiona, gime y se ahoga en su propio terror.

Otro pirata lo escucha y viene hacia mí.

—¡Darling! —chilla Vane, soltando a su víctima.

Retrocedo hasta chocar contra la isla de la cocina. El hombre me mira con ojos brillantes de lujuria; le falta un diente y apesta a mugre y sudor rancio.

—¡Ven aquí!

Se lanza sobre mí, pero lo esquivo, rodeo la isla y agarro un cuchillo del bloque de madera.

Me acorrala y no pienso en lo que estoy a punto de hacer.

Lo apuñalo.

El cuchillo se hunde. Algo caliente y espeso me empapa el brazo. El pirata abre los ojos de par en par y una tos sanguinolenta le tiembla en los labios.

—Suéltame, joder —digo, y lo empujo.

El hombre cae al suelo justo cuando Vane llega a mi lado. Mira al hombre desplomado, luego a mí, con el cuchillo todavía en la mano.

—Bien hecho, Darling.

Dios, debo de estar corrompida, porque oírlo elogiarme tras haber asesinado a alguien me hace brillar por dentro.

—¡Cuidado!

Otro pirata aparece por detrás de Vane. Le lanzo el cuchillo y él lo atrapa en el aire con total facilidad. Lo agarra con fuerza, se gira y se lo clava al pirata como si fuera un picahielo. Una, dos, tres veces. Lo apuñala tantas veces que pierdo la cuenta.

*Pum, pum, pum.*

La sangre brota en chorros, salpicando por todas partes como un géiser, y el hombre se desploma en el sitio.

Vane se gira hacia mí, cubierto de sangre.

Joder. Qué vista tan magnífica.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Estoy bien.

Se acerca a mí, me levanta los brazos, me examina el torso y luego el cuello.

—He dicho que estoy bien.

Aprieta la mandíbula.

—Has estado a punto de no salir viva.

—Tienes que regresar —digo.

Aprieta los dientes al recordarlo.

—Ve. Pan te necesita.

—Resguárdate en su tumba. Cierra la puerta con llave. Prométemelo.

Tiene el ceño fruncido.

—Lo prometo.

Asiente y se da la vuelta. Y luego… Vuelve corriendo hacia mí, me agarra de la mandíbula y me besa bruscamente. Deja escapar un suspiro de satisfacción, vuelve a besarme y nos estrellamos contra la pared más cercana.

Estoy completamente loca. Es oficial. Porque yo estoy cubierta de sangre, Vane está cubierto de sangre y hay piratas muertos repartidos por el suelo, y lo único en lo que puedo pensar es en las manos de Vane sobre mi cuerpo. Estoy excitada, con el corazón latiéndome con fuerza.

Pero no.

*No.*

Lo empujo y él me gruñe.

—Vete de una puta vez y ayuda a Pan.

Su boca se crispa.

—A la tumba. Ya.

—Ya voy.

Sale por la puerta y echa a volar.

Y como cumplo mis promesas, cruzo el ático, paso por el Árbol de Nunca Jamás y…

—Winnie.

La débil voz de Cherry me toma por sorpresa y el corazón me da un vuelco.

—Joder, Cherry. Me has asustado.

—Perdón.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás bien?

Se lame los labios.

—Así que… ¿tú y Vane?

Uf. Mierda.

—Ehm…

—No pasa nada. Sabía que no duraría con él. Quiero decir, durante mucho tiempo lo intenté. Y luego llegaste tú. Estaba claro que te escogería a ti antes que a mí.

—Cherry, yo…

—No pasa nada.

Pero su cara dice lo contrario.

—Lo siento mucho.

—Lo sé. —Parpadea y se pasa un nudillo por debajo del ojo, enjugándose una lágrima—. ¿Puedes ayudarme con algo? He oído un ruido en mi habitación.

—Oh, no. Puede que sea otro pirata. Deberíamos ir a…

—No, solo he visto a estos tres —dice Cherry—. Creo que es uno de los periquitos. Parece que está atrapado en mi habitación. ¿Puedes ayudarme a sacarlo?

Paseo la mirada entre ella y el pasillo que lleva a la tumba de Pan.

Solo será un momento, ¿verdad? Y me siento tan mal por Cherry… Si me está pidiendo ayuda, es lo mínimo que puedo hacer.

—Vale. Lo haremos rápido y luego debemos bajar a la tumba de Pan.

—Por supuesto —dice ella, siguiéndome por las escaleras hasta su habitación—. Ya verás, será muy rápido.



# 37

## Peter Pan

Tilly me golpea por detrás, la tapa del cofre se abre de golpe y la sombra sale disparada.

Hija de la gran puta.

La reina fae me clava la hoja en el vientre y se me escapa todo el aire de los pulmones.

—Se te ha acabado el tiempo, rey de Nunca Jamás —dice, apretando los dientes.

Es fácilmente medio metro más baja que yo, pero he subestimado su fuerza. La hoja me atraviesa hasta los huesos y la vista se me desenfoca.

—¡Bash! —grito—. ¡Kas!

Tilly entrecierra los ojos y la habitación se desvanece. Estoy de vuelta en la laguna, pero el agua es oscura y los árboles están muertos.

—No —le digo a Tilly, y nado para regresar a la realidad.

Me pone una mano en la frente y me devuelve a la ilusión. El cielo se oscurece y el viento se levanta. Este es el Nunca Jamás que me aterroriza: el que no tiene sombra ni rey.

Agarro a Tilly de la muñeca y la conexión me arrastra de vuelta poco a poco.

—Me has traicionado —le digo a Tilly—. Igual que la zorra de tu madre.

Me grita, hunde la hoja aún más y escupo sangre.

—¡Dame la caracola! —grita Vane, y verlo me alivia tanto que casi lloro.

La saco del bolsillo y se la lanzo. Él la alza y mi sombra se queda inmóvil en una esquina de la biblioteca.

Tilly me saca el cuchillo y corre hacia Vane justo cuando sus hermanos entran en la habitación y la encaran.

Mi sombra da un salto desde la esquina y desaparece dentro de la caracola.

Vane se gira hacia mí y me la devuelve.

Cuando la atrapo en el aire, mi brazo vibra por la conexión energética.

Dejo la caracola en el suelo, la aplasto con la bota y me pongo a cuatro patas sobre ella.

Y, por fin, mi sombra vuelve a casa.



# 38

## Bash

Nuestra querida hermana observa cómo Pan reclama su sombra y, acto seguido, se escabulle por la ventana más cercana. Nunca hubiera pensado que vería a la reina fae huyendo con el rabo entre las piernas, pero, joder, qué placer siento al verla derrotada.

Estoy cubierto de sangre pirata y fae, que resplandece con la cantidad justa de luz. No estoy seguro de cómo me siento por luchar con mi propia gente, pero supongo que tendré que superarlo rápidamente si quiero derrocar a mi hermana.

Pan sigue a cuatro patas, respirando con dificultad y arqueando la espalda.

El aire a su alrededor se agita. No recuerdo cómo era él con su sombra. Eso fue mucho antes de mi tiempo. Pero no me sorprende que la diferencia entre Pan con su sombra y sin ella sea como un día de sol y una tormenta desatada. Es una energía que me recorre los brazos y la columna.

De repente, siento la necesidad de ponerme de rodillas. Me recuerda a la misma sensación que tuve cuando nuestro padre se vistió con su uniforme real de la corte en un solsticio fae. Es algo más grande que yo. Algo terriblemente mágico.

Cuando Pan se pone de pie y se yergue lentamente, contengo la respiración.

Jodeeeeeer.

Parece el mismo, y es el mismo en cuanto a altura y al espacio que ocupa, pero, de alguna manera, ha crecido.

La piel de los brazos se me eriza. El vello de la nuca también.

Ahora sé que he escogido el bando correcto.

En un buen día, Pan hace que te cagues de miedo. Pero ¿con su sombra?

En la isla siempre ha habido rumores de que es un dios. Nadie sabe de dónde vino, ni siquiera él.

Ahora me creo los rumores. Ahora creo que podrían ser ciertos.

Antes de darme cuenta de mis movimientos, estoy de rodillas en el suelo. Mi hermano está a mi lado, también de rodillas, y detrás de nosotros, Garfio está hecho un ovillo, como un cobarde.

—¿Qué coño estamos haciendo? —susurra Kas.

—Y yo qué cojones sé.

—Si crees que me voy a inclinar ante ti —dice Vane—, vas a llevarte un chasco.

—Levantaos —nos ordena Pan.

Kas y yo nos levantamos y Pan se acerca a nosotros. Intento no volver a arrodillarme como un tembloroso gilipollas. Yo soy un rey por derecho propio. Ni de coña voy a ser el sumiso de nadie.

Ahora que Pan tiene su sombra de nuevo, tengo que recalibrar lo que pienso y sé de él.

—Gracias —dice Pan, y juro que sus ojos azules brillan un poco más.

—Hemos hecho nuestra elección —dice Kas, y yo asiento.

Pan nos agarra a ambos por los hombros y nos da un apretón. Luego se acerca a Garfio, lo sujeta por el cuello y lo levanta.

—Me cago en la puta —gruñe Garfio.

—Tú eres un hombre libre de tomar tus propias decisiones —dice Pan—, pero si escoges estar en mi contra, será la decisión equivocada.

La cara de Garfio se vuelve roja por falta de aire.

—Ayúdame… a enfrentarme… al Cocodrilo y tendremos… un trato.

—Esto no es ninguna negociación —responde Pan.

—Valía… la pena… intentarlo.

Pan mira a Vane por encima del hombro, pero él se encoge de hombros.

—Me lo pensaré.

Suelta a Garfio y este cae al suelo como un saco de huesos. Tose y escupe.

—¿Y qué pasa con Cherry?

Resoplo.

—Todo este tiempo ha estado en la casa. ¿Deduzco que no eres muy bueno jugando al póker?

—Cabronazos…

—Alégrate de que siga viva —dice Pan mientras se dirige a la puerta—. Vamos —nos dice—. Hay una Darling con la que tengo que volver.

—Eso va por todos —le recuerdo.

Me mira a los ojos y tengo que reprimir un escalofrío.

—Sí —responde—. Volvamos con nuestra Darling.



# 39

## Cherry

Las manos me sudan tanto que tengo que limpiármelas en los pantalones mientras Winnie baja las escaleras.

¿Qué estoy haciendo? Tal vez debería detenerla. Después de todo, se ha disculpado.

Pero no dejo de ver la imagen de ella con Vane en el bosque, y eso me hace querer gritar, llorar y vomitar. Duele tanto que siento que podría morirme.

Y quizá sea mejor que muera Winnie antes que yo. Antes de que ella llegara, la situación no era tan mala. Los gemelos a veces me compartían y, de vez en cuando, pillaba a Vane mirándome como si quisiera devorarme.

Quiero volver a eso.

Winnie lo cambió todo.

Bajamos por el pasillo hasta la puerta cerrada de mi habitación.

—Espera —digo, con voz temblorosa—. Déjame a mí.

Winnie frunce el ceño, pero se aparta.

No puedo respirar.

Giro el pomo y abro la puerta.

Winnie se acerca al umbral.

La empujo dentro.

—*¡Eh!* ¡Cherry!

Cierro la puerta tras ella, sujeto el pomo con fuerza y me inclino hacia atrás con todo mi peso.

—¡Cherry! —grita, tirando del pomo.

Aprieto los dientes. Cierro los ojos.

No puedo. *Sí* que puedo. Tengo que hacerlo. ¿A quién le importa una Darling? Ha habido tantas… Con el tiempo se olvidarán de ella, tal y como se olvidaron de las demás.

—¡Cherry!

Su voz está llena de pánico.

Algo ruge.

—Oh, por Dios… Cherry. ¡Abre la puerta!

Grita. Algo golpea contra la pared.

Aguanto. Sigo aguantando. Solo un poco más.

—¡Cherry, por favor!

Se oye un rugido ensordecedor. Cristales estallan contra el suelo. Los ojos se me llenan de lágrimas y el corazón me retumba en los oídos.

Y luego…

Silencio.

Sigo sujetando la puerta.

Me da miedo abrirla.

¿La sombra saldrá disparada hacia mí? ¿Debería preocuparme? ¿Habrá sangre? ¿Encontraré algún pedazo de Winnie?

Tal vez si me aparto de su camino…

Veo luz colándose por el hueco bajo la puerta.

Una sombra se extiende.

Pero ¿qué…?

Me enderezo, me limpio las manos en los pantalones y agarro el pomo.

Me tiembla todo. La camisa me aprieta el pecho, el corazón me va a mil.

Giro el pomo y abro la puerta. Las bisagras chirrían y veo a Winnie en medio de la habitación, de pie entre los escombros de mis cosas favoritas.

Está de espaldas a mí.

—¿Winnie?

No dice nada.

Me lamo los labios y tomo una profunda bocanada de aire.

—¿Winnie?

Se gira hacia mí lentamente.

Prácticamente estoy temblando.
Y cuando finalmente queda de frente y alza la barbilla…
Sus ojos son del negro más oscuro.

# AGRADECIMIENTOS

Estos libros no serían posibles sin la ayuda de varios lectores.

Todos estaremos de acuerdo en que, en la historia original de *Peter y Wendy*, la representación de los personajes nativos resulta sumamente problemática. Cuando me dispuse a escribir un *retelling* de Peter Pan, para mí era fundamental conservar la presencia de nativos en la isla, pero aún más importante hacerlo bien.

Debo agradecer a varios lectores de sensibilidad por ayudarme a retratar a los gemelos y la historia de su familia en *La Sombra de la muerte* de una manera rigurosa y respetuosa con la cultura nativa aunque los gemelos vivan en un mundo de fantasía.

Así que, muchísimas gracias a Cassandra Hinojosa, DeLane Chapman, Kylee Hoffman y Holly Senn. Fuisteis de mucha ayuda, ¡muchas gracias por vuestro tiempo, energía y *feedback*!

Cualquier error o imprecisión que pudiera existir en este libro es exclusivamente mío.